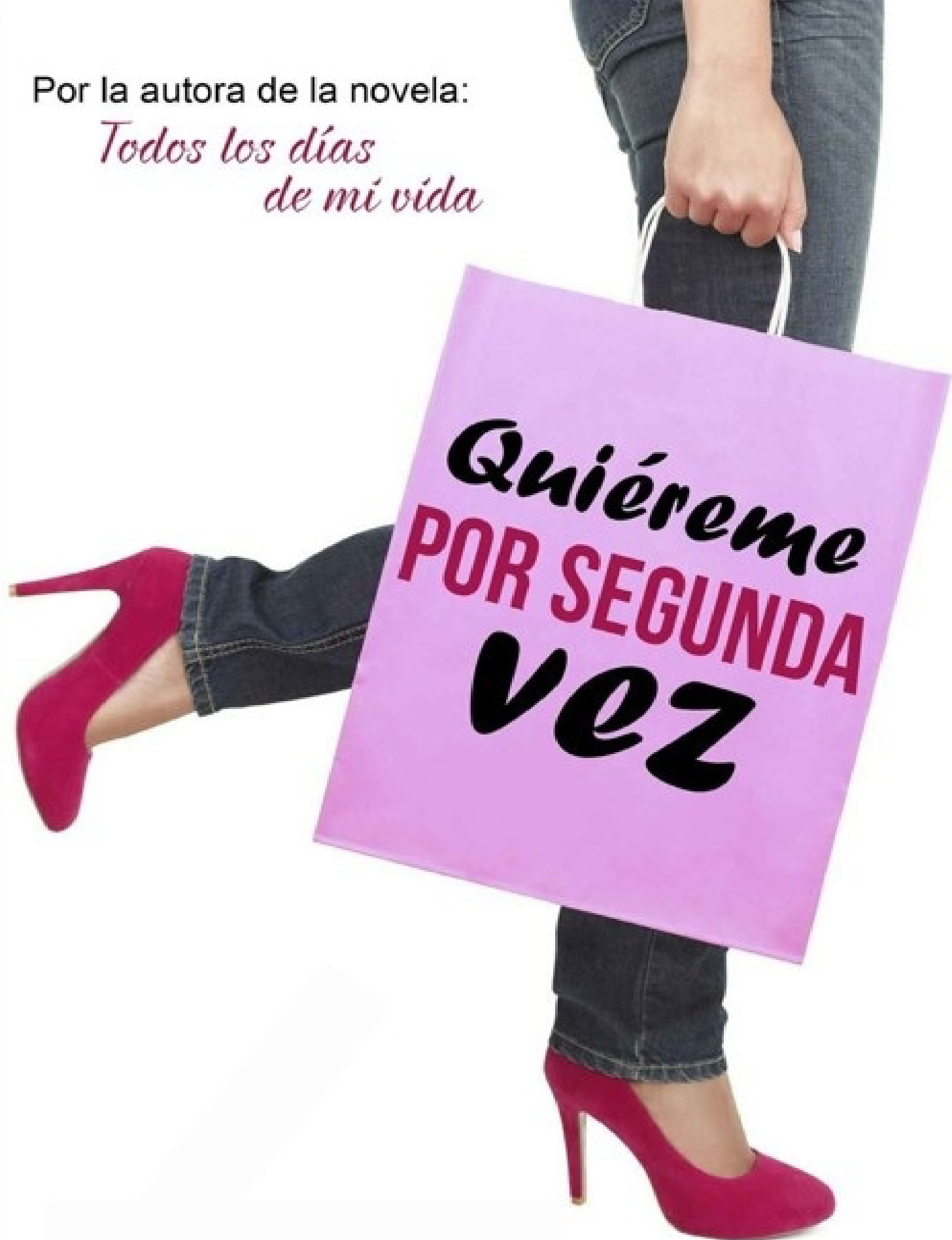


Por la autora de la novela:

*Todos los días
de mi vida*



Águeda Hewson



Águeda Hewson

Quiéreme por segunda vez

ePUB v1.0
SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org

© Águeda Hewson, 2015
© Amazon, 2015
© Imagen de la cubierta: Alexia Jorques
Primera edición: Diciembre de 2015
ISBN-13: 978-15197788712
Maquetación: Chris Axcán

Capítulo 1

“Las manecillas del reloj se ralentizaban a medida que pasaban las horas, el calor sofocante entrando por la ventana se hacía cada vez más insoportable. Las paredes de la habitación de un tonofrío pálido se convertían en llamas vivas entre mezcladas con partículas del sol abrasador reflejado en los cristales. Sonidos de uñas en la mesa con tono de nerviosismo y voces elocuentes al fondo del pasillo. Aturdida por el ardor de ese día, se levantó con un movimiento de caderas de lo más sensual dejando caer su larga y morena melena y dirigiéndose hacia el baño de la primera planta. Nada más entrar llenó la pica con agua fría e hundió su cabeza en el charco que brotaba de sus manos una y otra vez hasta dejar correr el rímel por sus mejillas. No fue hasta que se miró en el espejo, cuando vio como esa llama de color rojo intenso se había apoderado de ella. Pasó sus manos por el cuello intentando refrescar cada poro de su piel sin éxito. Repitió otra vez lo mismo, ahora deslizándose con cuidado sus dedos mojados entre el sujetador que ya permanecía mojado a causa del terrible calor de ese verano. Por un segundo se dejó llevar en aquel baño cálido de oficina cerrando los ojos y se imaginó el contacto de un hombre sediento de calor humano acariciando sus senos mientras rozaba suya potente hombría entre sus nalgas de piedra.

Ni siquiera había llegado al ecuador de su excitación cuando de repente fue interrumpida por la secretaria de su sección.

—Buenos días Julia

—Buenos días —respondió ella intentando disimular mientras quitaba su mano que seguía debajo de la falda.

—¿Que calor hace hoy verdad? — la chica entró en el lavabo sin dejar de hablar como si de lo normal mantuvieran algún tipo de conversación.

—Mucha —contestó Julia sin apenas inmutarse de su presencia y en ese momento notó una fuerte quemazón en la garganta como si de una vampiro sedienta se tratara. —nos vemos luego Kate. —se despidió sin dejar que hablara más.

—¡Claro! —contestó la chica —¡hasta luego Julia!

Pero ella ya se había ido.

Al volver a su puesto de trabajo no dejó de mirar el reloj una y otra vez esperando a que las agujas del reloj avanzaran con mayor velocidad. Se sentía extraña y de alguna manera sentía que debía huir de ese lugar lo antes posible. Cuando llegó la hora, sin mediar palabra, apagó su ordenador y con el bolso en mano salió como si no hubiera un mañana. Ya en el ascensor su ardiente cuerpo le suplicaba desnudarse retomando el ardiente juego que había empezado en el baño, pero una segunda interrupción antes de desabrocharse la camisa entró en el ascensor. Sus ojos verdes se abrieron como un puente abriendo camino a un barco de grandes dimensiones, su vello erizado envolvió cada gota de sudor que corría por su piel, su fuego interno a punto de explotar conllevó aun movimiento de lengua con su respectiva mordida de labio. Allí estaba él, tremendamente atractivo y envuelto por su traje de Armani. No pudo evitar mirar cada rincón de su cuerpo posado a un lado del ascensor con una mano reposada en el bolsillo derecho del pantalón, Su mirada era oscura y penetrante, sus labios lo suficientemente carnosos como para morderlos con furia ...todo ese conjunto de alteraciones en su cuerpo le producían un sinfín de sensaciones exóticas difíciles de controlar. Un simple cruce de miradas fue suficiente, él inicialmente sorprendido, la observó con delicadeza y detalle, ella dispuesta a saciar su deseo, lo observó como una presa enlatada en una caja de sardinas.

Una segunda mordida de labios antes de atacar a su presa. Ella no lo pensó dos veces, apretó el botón de STOP y el ascensor se paró en seco. Él la volvió a mirar sorprendido esperando una reacción cualquiera, ella con una sonrisa maléfica se abalanzó hacia él y empezó a besarle con brusquedad, con ansias. Excitada hasta el extremo, le quitó la chaqueta dejándola caer al suelo y desabrochó su camisa con más furia. Él no dudó un segundo en seguir el juego que ella había empezado y empezó levantando su falda con la misma brusquedad que había impuesto aquella mujer hasta empujarla al otro lado del ascensor mientras la subía a la altura de su hombría. Ni siquiera hizo falta bajarse el pantalón. Su erección asomó de inmediato en el momento en que

ella se dispuso a ser penetrada con brusquedad y alevosía en aquel ascensor del infierno. Los gemidos por parte de los dos eran rebotados entre esas cuatro paredes de la cabina, mientras sus cuerpos sudorosos resbalan por ellas.

Las embestidas dignas de ser orgásmicas, se repetían sin cesar a ritmo de galope. Sólo podían oír las voces procedentes del exterior del ascensor en grito de socorro, todo aquello hacía que el morbo y la excitación de aquellos dos individuos consumados por un acto plenamente sexual, gozaran con mayor intensidad de su encuentro siendo los gemidos más pronunciados y eufóricos conducidos por el ardiente deseo de una loba en celo. Sus pechos expuestos a la húmeda lengua del cordero estaban siendo mordidos y lamidos rodeando la aureola que los presidía. Siguió lamiendo cada rincón de su cuerpo, nuevamente recorriendo la aureola de sus pezones que le estaba volviendo loco. Mientras sumirada con furia ardiente se cruzaba con la de ella, llegaron al clímax en forma de grito celestial.

Nada más salir del ascensor, Júlia se dirigió hacia la salida mientras todas las miradas se centraban en ella, incluso la de que aquel hombre misterioso de la oficina que había quedado agotado y perplejo apoyado a un lado del ascensor aun con la bragueta bajada ante lo que acababa de suceder en ese momento. Ella sin más, giró su cabeza para verle por última vez y se despidió con una terrible y fugaz sonrisa....”

—¡No puedo! Hoy no tengo el día... —Jessica se levantó de la silla y fue directamente al frigorífico a beber un buen trago de zumo de arándanos.

—¿Qué te pasa?—su amiga Annily y compañera de piso alzó la vista de su revista para observar a su amiga.

—No lo sé, hoy no estoy inspirada. Creo que lo dejaré estar por un tiempo, o para siempre... — bufó

—¿De qué trata esta vez?

—No tengo ni idea... he empezado a escribir pero después de las dos primeras páginas creo que me he bloqueado totalmente.—cerró el frigorífico dejando la botella terminada de zumo encima de la encimera y volvió frente al ordenador donde las fatídicas líneas la volvían a esperar.

—¿Crees que es muy fantasioso que una mujer después de mantener una relación sexual en el ascensor con un compañero al que ni siquiera conoce puede después formar una familia y volver a ser... normal?

—¿Tu protagonista ha tenido un encuentro sexual en el ascensor? —quiso saber.

—Más o menos. Más bien ha sido una explosión sexual no resuelta.

—¡Déjame ver! —Annily se levantó del sofá a toda prisa para ver lo que había escrito su amiga. Empezó a leer y a medida que lo hacía fruncía el ceño o reía. Su amiga la miraba con cara de pocos amigos.

—¿Qué te parece? — quiso saber ella. — di la verdad.

—Bueno... digamos que la mujer es un poco ligera, no? O eso estás dando a entender...

—Te parece mal. —volvió a bufar.

—Para nada, me parece bien que le des ese toque exótico. Además, ¿por qué no se pueden tener momentos de este tipo? Quién sabe, a lo mejor algún día me pasa a mí.

—Vale, lo he captado. Voy a borrarlo.

—¡No! —gritó apartando el dedo de su amiga de la tecla “Supr” —¡No hagas eso! De verdad que está muy bien.

—¿Pero?

—Pero nada, que debes terminarlo. Y la respuesta a tu pregunta... por supuesto que después de eso una puede casarse y tener hijos. ¿Por qué no podría hacerlo? Solo es sexo... — Annily se volvió a sentar en el sofá adentrándose de nuevo en las historias de su revista de moda. Por el contrario Jessica intentó retomar la escritura.

Jessica, una mujer Neoyorkina de 29 años, soltera, divertida, insegura, y una gran escritora, (al menos eso pensaban sus amistades y su entorno). Tenía las suficientes cualidades para llevar una vida formal y alegre. Era trabajadora a tiempo parcial en una pastelería y en su tiempo libre lo dedicaba siempre a sus amigas y sus libros. Desde pequeña le gustaba escribir, pero no fue

hasta los 20 años que decidió tomárselo un poco más en serio. Con dos novelas en el mercado, algunos premios literarios, algún que otro trabajo en el periódico de la universidad y una novela erótica por terminar, Jess, que así la llamaban las amigas, tenía una vida de lo más sencilla. Y digo sencilla porque aparte de todos los logros profesionales y personales, además también era una soltera de pura cepa. Deseosa de encontrar el amor de su vida, cosa que hasta entonces no había tenido éxito, Jess escribía sobre novelas de amor para remediar lo que a ella le faltaba.

Annily, Ann para los amigos, la típica chica rubia de ojos claros, de cuerpo escultural, sana y deportista, era su compañera de piso favorita. Más bien, su única compañera de piso. Vivían juntas desde hacía ya dos años, pero se conocían desde la infancia. Cuando quisieron independizarse y vieron lo caro que costaba aquella libertad, decidieron dar el paso juntas, y por el momento no les iba nada mal.

Alquilaron un loft en Brooklyn. Un baño, un salón comedor y cocina en las mismas cuatro paredes y una sola habitación, que al ser grande la convirtieron en dos, la decoraron al estilo urbano complementado con objetos de distintos estilos, desde pijos a totalmente reciclados, como la mesa donde escribía Jessica. Mesa larga y estrecha, suficiente para trabajar en ella, de madera pura barnizada y un sillón viejo que le había dado su tía Sophie de New Jersey. La ventaja que tenía ese Loft era la presidencia de dos grandes ventanales que daban a la calle y por los cuales entraban luz natural durante casi todo el día. El baño era enano, demasiado para dos mujeres que a la hora de arreglarse se pasaban horas frente el espejo. Las discusiones para secarse el pelo eran casi a diario. Al tener casi el mismo horario y salir juntas, hacía que coincidieran siempre con la hora de la ducha.

A pesar de esas discusiones diarias que no tenían mucha importancia, se llevaban realmente bien. Se complementaban la una a la otra y se ayudaban siempre sin pedir nada a cambio.

—Definitivamente voy a dejarlo por hoy. —Jess se volvió a levantar cerrando el ordenador y se sentó junto a su amiga que seguía inmersa en la revista. —¿cómo puedes ver estas cosas?

—¿Qué cosas?

—Estas— señaló la foto de una famosa a la que le habían señalado como algo horrible unas cuantas arrugas en la frente.

—¿Qué le pasa?

Quiso saber.

—¿No te molesta que critiquen tanto estas cosas? ¿Qué importa si tienen arrugas? Esta mujer tiene por lo menos 50 años, digo yo que alguna debería tener...

—53 para ser exactos. —matizó Ann.

—Pues mejor me lo pones. No sé cómo te puede gustar esto de verdad Ann.

—Me entretiene. Por cierto, ¿vas a ir al final a la peluquería?

Cambiaban de tema como si nada.

—No lo sé, no tengo claro si cortarme la melena... me gusta —pasó sus dedos por su largo y negro cabello con pena como si ya se lo hubiesen cortado.

—Sanéalo y ya está. Aunque un cambio también te iría bien. Total, siempre llevas esa cola de caballo y no luces el pelo.

—En eso tienes razón, pero para trabajar he de llevarlo recogido.

—¿Y para el resto del día? — musitó

—Para escribir me es más cómodo.

—Y para el resto?—volvió a repetir.

—¡Vale! Lo cortaré, Pero solo un poco. — las amigas quedaron en silencio y Jess se apuntó a leer la revista con su amiga. —¿qué hora es? — preguntó de pronto.

—Las seis y cuarto, ¿porqué?

—he de llamar a mi editora.

—Tienes ya fecha límite?

—Bueno, me dijo que por lo menos entregara los 6 primeros capítulos antes de acabar el mes. Pero visto lo visto, tendrá que esperar mucho más...

—No te agobies, ya te saldrá la inspiración cuando menos lo esperes.

—Sí, supongo que sí... por cierto, ¿tienes hambre?

—Un poco, ¿y tú?

—Bastante, creo que me comería una buena hamburguesa con queso y patatas fritas a rebosar. ¿Llamamos a las chicas y salimos?

—¡Claro! Mientras tú llamas, yo me ducho. —Se levantó de un salto.

—Primero llamo a mi editora y después a las chicas, igualmente no tardes, que después iré yo.

—¡Que sí...! —“pesada”. Pensó y se metió en el baño dando unos paseitos de modelo.

Dos horas más tarde, Jess y Ann ya estaban listas para salir, habían quedado con sus amigas, May, Alice, Denise Y Megan para ir a la hamburguesería Shake shak que estaba entre la 23rd y madison Ave en Manhattan. Lugar donde siempre iban siempre que les apetecían hamburguesa. Estaba considerada una de las mejores de la ciudad. Aunque la mayoría de veces acudían a sitios más cools, cuando les entraba el hambre voraz se dejaban llevar por la comida típica americana, llenando sus estómagos de carne, patatas y sobre todo cerveza.

Cuando llegaron a la hamburguesería, Megan y Alice ya estaban allí, seguidamente llegaron May con un humor de perros y por último Denise. Los saludos eran eufóricos, como si hiciera meses que no se veían, y casi siempre quedaban más de una vez entre semana, para cualquier cosa, un café, una charla, una cena... cualquier cosa era una buena excusa para quedar.

—¿Qué te pasa hoy May?—preguntó Denise después de pedir una jarra fría de cerveza.

—¿Te puedes creer que no encuentro mi agenda?

—¿La has perdido? —se interesó Megan después de haber pedido también su cerveza.

—No sé que he hecho con ella, lo último que recuerdo es que estaba este medio día en el taxi y mi jefa me ha llamado para apuntarme la reunión de mañana... —a medida que hablaba de ausentaba en su búsqueda.

—Quizás te la has dejado ahí. —concluyó Denise sin darle más importancia.

— No lo creo, recuerdo haberla metido de nuevo en el bolso. —Siguió buscando desesperadamente sacando todo lo que llevaba dentro del bolso de Mary Poppins.

—Ya aparecerá, no te preocupes.

—Sí, si me preocupo. Ahí dentro está toda mi vida, el trabajo, los teléfonos... ¡Un día de estos también perderé la maldita cabeza! —dijo junto a un espasmo de ira y tiró el bolso al suelo que acto seguido volvió a recoger para seguir buscando.

— Tu tranquila, el día que pierdas la cabeza haremos un cartel de “se busca” para encontrarla junto a tu agenda. —Rió Denise y las demás se unieron a su risa.

—Sois muy gracias— balbuceó. —Ya veremos como acaba esto.

—Acabará como siempre. —alzó la vista al cielo en plan súplica. —¿Pedimos ya? ¡Tengo un hambre que me muero! —el sonido del estómago de Jees lo confirmaba.

—Vamos, ¿qué queréis?—hizo un gesto con la mano para que se acercara la camarera.

Tardó dos segundos en llegar.

—Yo...—May miró la carta de bocadillos, —una hamburguesa doble con cebolla, sin tomate y con

mucho peperoni —dijo.

—Yo tomaré lo mismo prosiguió Denise. Y la camarera apuntó en su libreta de notas.

—Pues yo...—Megan se mordió el labio mientras leía y pensaba, estaba indecisa. —Yo quiero una

hamburguesa italiana con lechuga y tomate.

—¿Tú qué quieres Jees?—le preguntó su compañera de piso.

—Creo que tomaré lo mismo que May pero sin peperoni, eso sí, con mucho queso.

—Yo también —copió su compañera de piso.

—Falto yo no? —alzó la vista de la carta.

—¡Vamos Alice! —animó Jess— pídete una de esas triples que tanto te gustan.

—No hoy no... No tengo el estómago para tanta comida. —Pasó lo que pareció una eternidad hasta que al fin se decidió. —Yo quiero una hamburguesa sencilla, con queso y algo de cebolla caramelizada, por favor.

—Yo también, Mi cebolla caramelizada, —rectificó May.
—¿Alguna cosa más? — preguntó la camarera con una dulce sonrisa.
—Tráenos jarras de cerveza para todas, y un par de cuencos con patatas fritas y aros de cebolla.
—

prosiguió May.

—Perfecto, ahora mismo vuelvo. —la camarera cerró su blog de notas y se fue con la misma sonrisa con la que había permanecido todo el rato.

—Gracias- dijeron todas a la vez pero ella ya se encontraba lejos.

Esa chica era como un rayo.

—¿Y bien? ¿Alguna novedad, chicas? —quiso saber Ann.

—Por el momento ninguna. ¿Y vosotras dos? —se refería a las únicas que compartían piso.

—Lo de siempre, no hemos cambiado nada. Bueno sí, que Jees va a cortarse el pelo y quizás nos compraremos un perrito para que nos haga compañía.

—¿Un perro? ¿Para qué queréis un perro ahora? —quiso saber Denise.

Ann le lanzó una mirada matadora por el tono de voz que había puesto al decir perro.

—Pues para lo que he dicho Deni, por la compañía —resopló como si la pregunta viniera de una tonta.

—¡Que absurdo! ¿No tenéis suficiente con vosotras que necesitáis un perro?

—¿Y a ti que más te da? Nos apetece tener un perro y punto.

Ann empezaba a cabrearse.

—Vale, vale... solo digo que...

—Más vale que no digas nada.

—Y tu Jess, ¿al final te apuntaste a lo de las citas en 7 minutos? —Alice se encontraba sentada al lado de Jessica y le empezó hablándole flojito ausentándose de lo que podría ser una discusión animal.

—Que va Alice, para ir allí creo que sería mejor ir con alguien.

—¿Porqué?

—Por si es un desastre, por lo menos tendría a alguien con quién reírme después.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció sin más.

—¿Lo harías? Sé que no te gustan estos sitios...

—No me gustan. No creo que se pueda encontrar el amor en una cita de 7 minutos pero quien sabe.

O a lo mejor pasamos una buena noche descojonándonos de los individuos que hemos visto.

—En eso tienes razón. ¿Pero entonces qué? ¿Lo miramos?

—Venga, ¿para el próximo fin de semana?

—Sí, ¿para el sábado noche?

—Perfecto.

Las cenas como era habitual empezaban con algunas rencillas pero siempre acababan tarde y con risas. Y de vez en cuando alguna que otra borrachera.

¿Y quién eran esas chicas? Eran un conjunto de mujeres solteras entre los 28 y los 35 años, que habían coincidido en momentos clave de la vida y que por suerte habían compenetrado tanto entre ellas que se habían vuelto inseparables. Entre ellas se hacían llamar las guerreras de Sexo en nueva York versión ampliada. (eran fans de la serie y siempre se comparaban)

Jess y Ann, como habíamos dicho antes eran amigas de la infancia. Un día salieron a comprar por el centro comercial y se quedaron atrapadas en el ascensor durante casi tres horas. En el mismo ascensor estaban Denise y May que entre ellas tampoco se conocían. Las tres horas en las que estuvieron atrapadas, para amainar el tiempo entablaron una conversación como si se conocieran de toda la vida y se encontraran en alguna cafetería del centro tomando un café y hablando de sus cosas como de costumbre. Rápidamente se dieron cuenta que entre ellas había química. Después del mal trago de permanecer encerradas, decidieron darse los teléfonos y llamarse para volver a quedar en un lugar más apropiado. Y así lo hicieron unos días después. Las cuatro nuevas amigas quedaron en una cafetería para charlar y conocerse mejor. Al terminar

el café que también duró sus horas, salieron de compras por el mismo centro comercial donde quedaron atrapadas, fueron de tiendas, y en una de ropa íntima toparon con Megan, que en ese momento estaba teniendo un problema con la dependienta. No se ponían de acuerdo con el precio de una de las prendas. Megan decía haber visto un precio colgado del perchero donde cogió la prenda y la máquina de cobrar marcaba otro precio diferente y mucho más elevado del que ella había visto. Por lo que la disputa acabó en que Megan dejara la prenda a regañadientes y de mala manera en el mostrador por no llegar a un entendimiento. Finalmente conocieron a Alice otro día después en un supermercado. Alice se giró bruscamente a mirar de arriba abajo a un joven que estaba tremendamente bueno que acababa de pasar por su lado y al hacerlo topó con un estante lleno de latas de atún en escabeche. El ruido y el desastre que provocó, además de su subida de color por la vergüenza, hizo que Jess y Denise que habían quedado para comprar juntas y salir a comer, la socorrieran y ayudaran a arreglar el desastre. Aquel encuentro gracioso terminó en una comida a tres.

Y así es como se fueron conociendo. De modo casual, pero de forma curiosa hasta complementarse unas a otras y unirse en un círculo de amistad.

Cada una de ellas tenía algo especial. Denise, era realmente guapa. Lucía una melena rizada caoba teñida para tapar sus tempranas canas, que no eran muchas pero si lo suficientes como para no gustarle, su piel era clara por lo que el color de pelo le favorecía mucho. May con su pelo corto como un chico pero con un toque moderno, presumía siempre de su carisma. No le importaba mucho la moda, siempre prefería llevar unos buenos vaqueros que le realzaran el culo al igual que Jess, y camisas elegantes para compensar su parte más informal. De vez en cuando lo combinaban con tacones o deportivas según la ocasión. Las demás eran más presumidas en ese sentido, Alice y Megan.... Bueno ellas eran las típicas niñas de papá. Adineradas y pijas. Bolsos de marca, joyas, faldas y camisas carísimas, ropa de punto, colores pasteles, cabellos lisos recién peinados por la peluquera... en definitiva, eran las París Hilton del grupo. Con trabajos de alto nivel, coches de alta gama...zapatos que valían lo mismo que un mes de alquiler del loft de Jess y Ann... y sobre todo una vida de ensueño sin preocupaciones. Pero tener ese estatus no les hacía repudiar a un estatus menor. Todo lo contrario. Incluso a veces se adaptaban a las circunstancias y a sus amigas. Lo importante era compartir momentos, risas y amistad. Lo demás les importaba.

A media noche, con Ann en la cama, Jessica intentó retomar la novela que había empezado a escribir. Sentada en su sillón a la luz de una lámpara en miniatura, intentó seguir de forma esporádica a ver qué ocurría....

“Cuando llegó a casa, no puedo evitar el desnudarse y mirar fijamente al espejo lo que aquel hombre había lamido con su viperina lengua diabólica. Júlia sentía que era una diosa del sexo y que aquel encuentro inevitable había sido la primera experiencia sexual que abría campo a un sin fin de encuentros religiosamente sensoriales. Deslizó sus dedos por sus pechos mientras que con la otra mano lamía su dedo índice al igual que el miembro erecto de un macho hambriento. Masturbó su cuerpo asiduamente, jadeante loba complacida derrochando gritos de soledad. Cansada y aturdidamojó su cuerpo desnudo para limpiar el olor a sexo impregnado en cada rincón de su delicada y víbora piel. Su sed era cada vez más evidente y no creía encontrar un cordero solitario que la saciarade ahora en adelante.”

Cansada era como se encontraba Jessica, escribir le encantaba pero debía reconocer que a veces era un trabajo duro psicológicamente, pensar en la vida de alguien, construirla y definirla era un trabajo costoso si además su inspiración no la acompañaba en ese momento. No tardó en ir a la cama, había que madrugar a la mañana siguiente para ir a trabajar. Vivir de la escritura no era fácil, y si quería la vida que llevaba debía trabajar además de escribir. La pastelería no era el trabajo definitivo, lo tenía claro, pero era el único que le permitía tener un horario razonable y a media manzana de su casa. Además de poder comer pasteles siempre que le apeteciera. Jessica era una chica muy golosa.

El despertador sonó puntual como siempre, abrir los ojos fue un trabajo duro después de una noche larga. Con pocos ánimos de levantarse, consiguió poner un pie en el suelo. Al salir del

baño, fue directamente a despertar a su amiga marmota que todavía seguía durmiendo plácidamente.

—¡Ann! ¡Despierta! Son las 7 y llegas tarde.

—No llego tarde... —abrió medio ojo y lo volvió a cerrar.

—Llegarás tarde si no te levantas.

—Ya voy... —de su garganta salió una voz ronca y resacosa.

Aprovechando que a Ann se le habían enganchado las sábanas esa mañana, Jess se duchó y se arregló sin tener que compartir el baño a regañadientes. Al terminar, su amiga la marmota y resacosa ya se encontraba sentada en el taburete de la encimera de la cocina esperando el café hecho por su amiga.

—Algún día podrías hacerlo tú —se quejó.

—A ti te sale mucho más bueno Jess, te lo aseguro —dijo mientras alzaba un poco la vista, ni siquiera podía hablar decentemente.

—¿Tanto bebiste ayer?

—No, creo que nunca había bebido tan poco, pero no sé. Me habrá sentado mal.

— Parece que te haya atropellado un camión

—Siento como si me hubiese atropellado un camión —murmuró con la cabeza escondida entre los brazos.

—Aquí tienes el café. —Ann se lo agradeció con una media sonrisa, y Jess tomó su café sin azúcar con la mirada perdida en la ventana y se dispuso a salir por la puerta—. En 25 minutos deberías estar en el trabajo. Tú verás que haces. Dejó a su amiga medio muerta y tumbada en la encimera, recogió sus llaves, móvil y bolso y salió dando un portazo para acabar de despertar a su amiga.

No podía quedarse más tiempo para espabilarla, pero sabía que dejándola ahí tendida acabaría llegando tarde y ella se sentiría mal.

Al llegar a la pastelería lo primero que hizo fue comerse un bollo recién hecho de crema fundida que le había dejado preparado el pastelero. Sabía cuánto le gustaban esas cosas y cada mañana le dejaba su mejor bollería para que la probara. La pastelería era de lo más curiosa. Era mitad pastelería y mitad cafetería, todo de madera, las paredes de ladrillos envejecidos y cristaleras repletas de repostería. Al fondo del local había habilitada la zona de desayunos, 6 mesas para ser exactos con 2 sillas por mesa y una larga y amplia barra de madera también donde se servían los pedidos. Jess permanecía siempre detrás, atendiendo al público que venía cada mañana.

Cada día a la misma hora, las mismas caras, los mismos cafés y las mismas propinas. Era la hora punta para salir a trabajar y al ser la mejor pastelería del barrio todos desayunaban en el mismo sitio.

—Buenos días Jessica.

—Buenos días Peter. ¿Lo de siempre?

—Por supuesto. Aquí te dejo el dinero —dejó un billete de un dólar y unos centavos por el café y la propina—. ¿acabando tu novela?

—Estoy en ello Peter, estoy en ello... —rebufó al pensar en su novela, le entregó el café y recogió el dinero—. Como siempre gracias por la propina. ¡Que tengas una buena mañana!

—Quiero leerlo —dijo él mientras salía por la puerta con su café

—Por supuesto —murmuró ella al mismo tiempo que esbozaba una sonrisa—, cuando lo termine

—
siguió murmurando.

Durante esa hora las colas eran devastadoras, al ser clientes habituales, la mayoría de cosas ya estaban casi preparadas para perder menos tiempo, además que los clientes vecinos siempre aparecían con el tiempo justo, por lo que era de agradecer. Después todo se tornaba más tranquilo, y acudían más bien la gente mayor o algún grupo de madres después de dejar a sus hijos al colegio. Era el momento “zen” para ellas.

—Por fin todo más tranquilo —dijo su compañera Eve Thomas visualizando todo el local. Eve era compañera y también amiga, congeniaron bien desde el principio y el trabajo y la buena relación las unió aún más. Pero Eve estaba muy acomplejada por su gordura, no es que estuviera gorda del todo, pero sí que le sobraban unos kilos de más. Además no era muy coqueta, por lo que parecía ser menos agraciada de lo que realmente podía llegar a ser—. ¿Cómo llevas la novela? ¿Has empezado ya?

Cambió de tema rápidamente.

—Empezarla sí, ahora sólo falta que la termine...

—Un día de estos te harás famosa, ya lo verás.

Jess no pudo evitar sonreírle.

—Gracias por creerlo. Pero dudo que eso vaya a suceder. Aunque con escribir y que algunas personas lo lean es suficiente —le esbozó una tierna sonrisa.

Su compañera le transmitía mucha ternura.

Un brinco de Eve la alertó.

—Mira, ahí viene —susurró para que solo ella lo oyera a la vez que señalaba a la puerta con la mirada—. Es tan guapo...

En ese instante entró un chico, alto, trajeado, cabello corto y oscuro y algo serio. Hacía pocos días que se dejaba ver por esa zona, y por lo que creían era nuevo en el vecindario.

Los pocos días que había venido, había pedido lo mismo, un café largo con dos de azúcar y se sentaba en un rincón del local mientras leía su periódico sin mediar palabra, y de la misma forma dejaba el valor de su café en la barra y de marchaba.

—Será todo lo guapo quieras Eve pero parece un prepotente.

—Aunque sea un prepotente, yo firmaba por ser el vaso de su café.

Jess rió en alto al ver la cara de idiota que se le había puesto a su compañera. Los pocos clientes que quedaban se dieron la vuelta para mirarla.

—Sírvele el café Eve, y dile algo —la animó

—¿Para qué? Jamás se fijaría en alguien como yo.

—No digas tonterías. Cualquiera se fijaría en ti. Solo debes valorarte un poco más. ¿Sabes? Te valoras muy poco y eso no me gusta nada Eve. Si no te quieres tú ¿como quieres pretender que te quieran? Eres súper guapa, y no te sacas ningún partido. Créeme...

—Si solo fuera eso... mejor ve tú a servirle.

—¡No!— Se enfadó Jessica ¿Porqué?

—Porque no quiero tirarle el café, me pondría nerviosa.

—¡No digas tonterías! Debes ir segura, firme y con paso ligero, sonríe y deja que el karma haga el resto.

—No me hagas reír, yo no sé lo que es el karma. — Eve le dio el café a Jess y la empujó hasta la otra punta de la barra.

—Que tonta eres... de esta forma pierdes oportunidades, ¡que lo sepas!

Llevó el café al chico misterioso y aparentemente prepotente. Lo dejó con sumo cuidado encima de la mesa y decidió preguntar.

—Buenos días, ¿desea algo más?

El hombre alzó la vista para mirarla

—¿Tan mayor me ves como para tratarme de usted?

Esbozó una leve sonrisa.

—No es cuestión de edad, es cuestión de educación.

Ella medio sonrió.

—Buena respuesta —sonrió él también—. Por el momento no. Gracias.

—Cualquier cosa que quieras estoy ahí —señaló la barra.

Pero él ni siquiera miró.

Jess volvió junto a su compañera refunfuñando.

—¿Lo ves? Será todo lo guapo que quieras, pero es un prepotente de mierda.

—¿Por qué? Yo no lo veo así.

—¡Tú que vas a ver! Es mejor que cierres la boca Eve, o te entrarán moscas. —Jess empezó a limpiar un poco.

El final de su turno se acercaba y deseaba volver a casa para tumbarse un rato y descansar, o escribir. Todo dependería de la inspiración que tuviera en ese momento.

Poco después, el chico prepotente del café se acercó a ella, dejó el periódico a un lado y se dispuso a pagar el café.

—¿Cuanto te debo? —se dirigió personalmente a ella.

Eve permaneció a su lado mirando boquiabierta.

—Un dólar.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

—¿Hace mucho que vives aquí? —le contestó ella con otra pregunta.

El silencio reinó por un segundo.

—¿Tengo pinta de ser nuevo?

—Sí —interrumpió Eve, pero este ni siquiera la miró y permaneció visualizando a Jess sin pestañear.

—Nunca te habíamos visto por aquí.

—La verdad es que acabo de llegar no hace mucho.

—¿De dónde vienes?

—De Los Ángeles.

—Ah...

Jess no sabía que esperaba que contestara. Oh! ¿Qué maravilla?

Su mente se estaba volviendo sarcástica.

—No has constado a mi pregunta.

La hizo volver de sí.

—¿Acaso me has preguntado algo?

—Te ha preguntado si hace mucho que trabajas aquí. —Volvió a interrumpir la amiga.

—Gracias, Eve...

En ese momento le hubiese cerrado la boca de una hostia, pero se contuvo.

—Hace un par de años. ¿Porqué?

—Quería saber algo de ti. —Ahora la que quedó boquiabierta fue ella ante la respuesta—. Me alegro de haber hablado contigo —dijo.

—Ah... ¿Pero hemos mantenido algún tipo de conversación?

—Muy buena esta también. Además de guapa, chica lista.

—¿Está intentado ligar conmigo?

—Está volviéndome a tratar de usted?

—Perdona, es la costumbre

—¿Chica de costumbres?

—Quizás.

Sus repuestas eran claras y contundentes. Sin extensiones.

—Un placer...

—Jessica —se presentó.

—Jessica —sonrió—, me gusta.

Acto seguido salió por la puerta no sin antes volver a sonreírle por detrás de la cristalera. Jess quedó inmovilizada por unos segundos.

—¿Qué coño acaba de pasar aquí? —quiso saber su amiga aunque parecía por el tono de voz que sabía lo que acababa de ocurrir.

—¿Que quieres decir?

Ella seguía con la mirada clavada en los cristales.

—Creo haber notado una atracción por aquí.

—¿Siempre tienes que decir tonterías? —deslizó su mano para coger el billete e introducirlo en la caja.

—Sé lo que he visto. Y cuando yo veo algo pocas veces me equivoco. ¿Sabes? Y si no, ya me lo

dirás cuando te des cuenta tú misma.

Jessica no le hizo ni caso. A la hora puntual dejó el delantal en la cajonera que había bajo la máquina de café y se marchó a casa despidiéndose hasta el día siguiente. Al llegar lo primero que hizo fue encender el ordenador, pero al ver que su inspiración seguía perdida entre las nubes, lo volvió a dejar como estaba, así que se relajó y se tumbó un rato mientras esperaba a que volviera del trabajo Ann.

No tardó en llegar, y ella que también se encontraba cansada se tumbó al lado de su amiga.

—¿Qué tal el día?

—Bien, lo de siempre. ¿Y tú?

—Lo de siempre también.

Tumbadas en el sofá mirando una serie policiaca de pago se quedaron dormidas, pero no por mucho tiempo. El teléfono de Ann empezó a sonar insistentemente.

—¿Diga? —su voz era ronca.

—¿Estás durmiendo?

—¿Quién eres? —se incorporó un poco para despejarse.

—¿Quién voy a ser? ¡Soy May! ¿Ya no reconoces mi voz?

—Ah... May, perdona, me he quedado traspuesta. —Rugió la garganta para aclararse la voz y finalmente se sentó en el sofá para hablar—. Dime.

—¿Que vamos a hacer para el cumpleaños de Jess?

—No lo sé, ¿habéis pensado algo?

—Algo hemos pensado pero será mejor que lo hablemos todas juntas.

—Pues entonces ya lo hablaremos. No es buen momento —su amiga seguía tumbada en el sofá.

—Acuérdate que es dentro de dos semanas.

—Lo sé. Pero he dicho que ahora no es buen momento...ya me entiendes... —a medida que hablaba

cada vez más bajo observaba a su amiga que aún seguía con los ojos cerrados en el sofá. Aunque eso no significara que durmiera.

—Ah vale, ¿está ahí?

—Sí —carraspeó

—Quedamos mañana después del trabajo donde siempre y ahí lo acabamos de hablar. ¿Entendido?

—Vale, hasta mañana May. —Se despidió

—Que descanséis chicas.

El 30 aniversario de Jessica se acercaba. A ella no le gustaba cumplir años, y los 30 se le hacían demasiado pesados. Notaba que su vida pasaba fugazmente y no quería avanzar más en el tiempo por miedo a perderlo. Si por ella fuera pararía el tiempo a esa edad y se convertiría en inmortal. Pero a pesar de su negatividad con la edad, eso no impediría que sus queridas amigas hicieran algo para celebrarlo. Le gustara o no.

Capítulo 2

Al día siguiente tal y como habían quedado las chicas para hablar del cumpleaños de Jessica, se vieron en un restaurante japonés a las afueras de Brooklyn para hablar del tema. Lugar donde quedaban siempre cuando había algún tipo de reunión sin que una de ellas lo supiese.

—No me digas que eso es un listado para la fiesta... —abrió los ojos como platos y se asustó Ann al ver tanto papel dentro de una carpeta donde decía bien claro y en letra grande y cursiva “Cumpleaños Jess”.

—Más o menos.

Hizo una mueca

—A ver, sentémonos —dijo.

May era la organizadora oficial del grupo. Incluso para sus eventos sorpresa, tenía el morro y la capacidad de dejar las cosas medio listas o incluso dejar pistas a sus amigas por si lo necesitaban. De ahí a su trabajo. Era organizadora de bodas y de ahí su mal humor cuando creyó perder la agenda. Su vida estaba demasiado organizada.

—He pensado en organizarle una fiesta sorpresa en la terraza de la casa de los padres de Megan. La aludida saltó al acecho.

—¿Das por hecho así sin más que vas a utilizar la casa de mis padres?

—¿El qué?

—A ver... repito para los oídos sordos, ¿Das por hecho que lo harás en casa de mis padres?

—Sí, es evidente ¿No?

—Por lo menos podrías pedir permiso, ¿no?

—Si te pido permiso, ¿pondrás algún impedimento?

—Sabes que iba a aceptar de todos modos... —refunfuñó—, pero la próxima vez pregunta, por si

algún día me da por decir que no.

—¡Eso ya lo sabía! Lo que no entiendo es para qué rechistas...

—Por opinar en algo, digo yo... sigue, sigue.- vaciló con un gesto de manos.

—Pues bien —continuó—. Había pensado en hacer la fiesta en la terraza de casa de los padres de Megan. Es grande, luminosa y lujosa. He hecho un listado de posibles invitados —mientras hablaba sacó de la carpeta una hoja donde decía claramente “lista de invitados”, las demás se miraban de reojo. —Ahí cabemos todos. Podríamos poner un poco de música de fondo y una mesa larga y amplia donde un camarero el cual vamos a contratar, o dos, sirvieran las bebidas y la comida, en plan bufete pero sin pasarnos de presupuesto que no está la cosa para gastar... podríamos adornar la terraza y... lo más importante, encargar el pastel que tanto le gusta de esa pastelería de New Jersey. Cada uno traerá su regalo y lo dejará en otra mesa que habrá puesta en un lado de la terraza. Así hará de adorno y no molestará durante la fiesta. ¿Qué os parece?

—¿Debemos contestar ahora o lo dejamos para después de la publicidad?— se burló Ann, que conocía demasiado bien a su amiga y sabía que no le gustaban esa clase de fiestas.

—No tienes por qué ser tan egocéntrica, Ann.

—¿Egocéntrica yo? ¿Sabes que significa esa palabra?

—Es evidente. Yo no soy una abogaducha como tú, pero sé que significa esa palabra. Y te describe perfectamente, que lo sepas.

—Dejad de discutir, ¿queréis? —se interpuso Denise harta de escucharlas, y eso que acababan de empezar.

—No estamos discutiendo —replicaron las dos al unísono.

—Solo estamos hablando —concretó Ann

—Dirás más bien vejando —contestó May.

El ambiente empezó a caldearse.

—¡Vale! Vale! Dejadlo ya —intervino ahora Alice—. Estamos aquí para montar una fiesta, no una guerra de haber quién puede más. Vamos a ver May, supongo que lo que quiere decir Ann, es que a Jessica no le gustan este tipo de fiestas y todas lo sabemos — siguió hablando rápidamente para que no la interrumpiera—. Y seguro que tú lo organizarías todo perfecto. De

eso no tenemos duda, pero quizás podríamos pensar en algo que le hiciera gracia a ella y no se sintiera incómoda.

—Algo menos aburrido —se volvió a burlar Ann, pero May no le hizo ni caso.

—Quizás —siguió ella hablando que tampoco había hecho caso de la burla—. Podríamos quedar unos cuantos amigos, salir a cenar y después a bailar. Seguro que nos lo pasamos bien, ya que lo importante es estar juntos.

—Como queráis. Yo ya lo he dicho, si creéis que no es lo mejor pues organizadlo vosotras, yo me limitaré a escuchar y punto.

May se cruzó de brazos como una niña pequeña

—No te lo tomes así, no seas tonta. Venga va, propuestas sobre la mesa. —intentó animar la situación.

—Yo opino que podemos ir al restaurante italiano de la Quinta Avenida. Y después a ¡bailar salsa!

—A mí me parece bien también esa idea Denise —musitó Megan—, es la opción más acertada para

Jessica.

Todas excepto May asintieron a la nueva idea de cumpleaños.

—Tema regalo, ¿Qué podemos hacerle?

—Si me dejáis —se atrevió a hablar de nuevo May. —Yo estuve mirando un viaje para hacer todas juntas a México, en un hotel “Todo incluido”, que como dijimos de hacer un viaje este año, pensé que podríamos aprovechar la ocasión del 30 cumpleaños de Jess. Nos saldría por unos 600 dólares cada una.

Pero bueno, vito lo visto...

Permanecieron en silencio pensando en la posibilidad de realizar el viaje.

—Si no queréis no pasa nada, era solo una sugerencia más...

—Creo que hablo por todas —dijo Denise, que fue la que se atrevió a hablar primera—, que la idea del viaje es buena y que decimos, ¡¡VIVA MEXICO!!

—Seeeeeeee!!!! —gritaron a la vez empuñando los nudillos por encima de sus cabezas.

En algo habían coincidido con la pobre May. Al menos realizarían un viaje a México, durante 6 días con todos los gastos incluidos en un buen hotel, y ya que también la idea había sido suya, las chicas le dieron el privilegio de organizar todo el viaje.

Dos días después May acudió a la agencia de viajes para reservar los vuelos y el hotel. Como se trataba de un regalo, los gastos de Jess corrieron de sus cuentas a repartir.

El fin de semana llegó y como habían quedado, Jess y Alice se arreglaron aquella tarde de sábado para acudir a las 7 citas en 7 minutos. Se vistieron con los mejores vestidos. Jess de color negro y hombros caídos y Alice otro color gris perla de cuello alto y hombros al aire. Tacones de vértigo y melenas bien alisadas. Al entrar en la recepción del hotel donde iban a tener lugar las citas programadas, fueron recibidas por una chica esbelta y guapísima que les indicó donde debían sentarse colocándoles una etiqueta con un número a un lado del pecho. Acto seguido les indicó que debían rellenar un cuestionario de contacto antes de empezar. El juego era muy sencillo. 7 mujeres y 7 hombres. Las mujeres permanecen sentadas en la mesa mientras que los hombres son los que se mueven cambiando de mesa, cada vez que suena el timbre. Cada pareja tiene 7 minutos para hablar y conocerse antes de que toque la campana, y una vez que haya sonado, cambiarían de cita con otros 7 minutos, y así sucesivamente hasta volver a la primera.

Una vez haya acabado el juego, se entregan los cuestionarios rellenos con las opiniones de cada candidato. Si dos de los candidatos, hombre y mujer coinciden, la agente que organiza el evento pone en contacto a la pareja para que puedan seguir conociéndose fuera.

Mientras se posicionaban y esperaban la entrada de los hombres, Jess y Alice empezaban a rellenar los datos de contacto del cuestionario. Cuando sonó la primera campana, los 7 hombres salieron por una puerta y empezaron en orden a sentarse en cada mesa. Jess los miró uno en uno rápidamente para ver que se iba a encontrar, cuando llegó al cuarto de la fila, se paró en seco reconociendo de inmediato al hombre misterioso y prepotente que tomaba el café en la pastelería

todos los días mientras leía el periódico. No pudo evitarlo y empezó a silbar con la mano tapándose la boca a su amiga para que le prestara atención inmediatamente.

—Tsssss! Tsssss!

—¿Qué pasa? —susurró ella apoyándose en la silla de su amiga.

—Mira a ese, el número cuatro.- señaló con la mirada hasta el número cuatro.

—¿Qué le pasa? —miró sigilosamente—. ¡Madre mía Jess! ¡Qué bueno está el hijo puta!

Realmente estaba bueno, como para que Alice dijera esa palabra con ese tono. Ella la miró viendo que no apartaba la vista de él.

Sonrió.

—Lo conozco —dijo con un poco de orgullo.

—¿Cómo?

La conversación fue interrumpida por otra mujer que estaba situada frente a las mesas.

—Bien, ha sonado la primera campana, conocéis las reglas, 7 minutos por cita. Cuando vuelva a sonar la campana, vosotros chicos deberéis levantaros y dirigiros a la siguiente mesa. Y así hasta finalizar el recorrido. ¿De acuerdo? Podéis empezar.

El primer hombre que se sentó con Jess, el pobrecillo era bastante feo. Tenía poco pelo y quizás tenía más edad de la que decía tener. Según él, era médico, algo de lo que ella dudaba realmente. Y si lo fuera seguro que no se pondría en sus manos por nada del mundo. No por su aspecto, que ya de entrada no le gustaba, si no por su forma de hablar, como médico no le convencería.

Estaba siendo muy injusta...

Los siete minutos no dieron para mucho, pero agradeció que sonara la primera campana.

El segundo tal para cual, un chulo piscinas como ella solía llamar a los chicos de este tipo, de 28 años el cual solo estaba interesado en su cuerpo. Monitor de fitness y poca inteligencia.

El tercero... bueno, ese no estaba mal del todo. Sam, de 33 años, ingeniero y deportista. Le fallaba el modo que tenía de combinar la ropa. Por lo demás no daba la sensación de ser un bicho raro.

—¿Y de dónde eres Jessica?

—New Jersey. Mi familia sigue ahí. Pero yo vivo en Brooklyn. ¿Y tú, Sam? Cuéntame algo de ti...

—Yo soy del mismo Manhattan, he nacido y crecido aquí. He viajado mucho, pero lo que es vivir me gusta donde estoy. ¿Qué aficiones tienes?

—Pues me gusta mucho escribir la verdad.

—¿En serio? ¿Has publicado algo que pueda leer?

—Sí, tengo dos novelas publicadas y estoy acabando una tercera

Mentira.

Se gritó ella misma interiormente, ni siquiera has pasado de la tercera página bonita.

—Puedes encontrarme en cualquier librería.

—Seguro que lo buscaré. ¿Y cómo es que no tienes pareja siendo tan guapa?

La campana sonó de nuevo. Menos mal.

—Vaya... ahora que se estaba volviendo interesante... seguro que volvemos a vernos Jessica. Un placer charlar contigo.

—Seguro —lo dudó.

La cuarta cita de la que llevaba 21 minutos esperando al fin había llegado. A pesar de estar algo atenta a sus citas, Jess deseaba que llegara ese momento para preguntarle un par de cosas. Empezó decidida a hablar, pero fue él el que dijo la primera palabra.

—Me alegro de verte Jessica. —El chico prepotente por aquel momento de nombre desconocido se sentó de forma elegante a la silla mientras desabrochaba el botón de su americana. —¿Que hace una chica como tú, en un sitio como este?

—¿No se te ha ocurrido una frase mejor para preguntar?

—Me ha parecido interesante esta.

—Yo podría decir lo mismo. ¿Qué hace un hombre como tú en un sitio como este?

—Vaya... he pasado de usted a hombre. Interesante también.

—¿No eres un hombre?

Abrió la boca como si se asombrara. Burlándose claro.

—¿Crees que no soy un hombre?

—Yo no creo nada.

—Es mejor así.

—Si tú lo dices....

Él esbozó una pequeña sonrisa pícaro enseñando los dientes blancos de marfil.

—Ahora dime, ¿qué haces aquí? ¿qué has venido a buscar?

—Mi amiga —señaló a Alice con la cabeza—, me ha liado

Volvió a mentir.

—Vaya... —entornó los ojos—. Amiga que es liada por su amiga... interesante.

—¿De veras?

Alzó una ceja

—¿Tú no lo crees? Acabas de decirlo tú misma.

—¿Es esto un juego de palabras? ¿Me estás vacilando? O... Porque se supone que debemos conocernos y preguntarnos cosas, y sinceramente, parecemos dos tontos hablando sin sentido.

—Pues hablemos, nos quedan unos 4 minutos escasos diría yo.. ¿Quieres preguntarme algo?

—Tu nombre por ejemplo.

—James

—James... ¿A secas?

—James Cooper, ¿Cuál es el tuyo?

—Ya lo sabes. Jessica, Jess para los amigos.

—Jess para los amigos, ¿tienes apellido? ¿O es sencillamente a secas?

—Eres muy gracioso. No sé cómo no te he conocido antes, me hubieses venido muy bien para la fiesta de cumpleaños de mi sobrino.

—Ni soy gracioso ni pretendo serlo.

—Jones, Jessica Jones.

—Encantado de conocerte Jessica Jones. Y dime

Empezó a ponerse más cómodo sin perder la compostura

—Aparte de ser arrastrada por tu amiga, ¿que es lo que estás buscando?

—No estoy buscando nada. Simplemente he venido por curiosidad. ¿Y a ti? ¿Te ha arrastrado alguien a venir aquí? ¿O simplemente también tenías curiosidad?

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer.

—¿Estás seguro?

—¿Lo pones en duda?

—Simplemente digo que midas bien tus palabras. De momento estás sentado en una mesa donde aquella señorita —la señaló y él sigilosamente giró la cabeza para mirar lo que señalaba—, de falda de tubo y camisa blanca —continuó— te ha dicho que te sientes.

—Eres buena...

Su mirada se tornó bravía.

—¿Lo pone en duda señor Cooper? —y su tono se tornó más sensual de lo habitual.

Esto ha sonado a 50 sombras de grey. Este no te atará a la cama para azotarte Jessica. O quizás sí...

Borrando eso de la mente...

—Sabes Jess para los amigos, Tengo curiosidad en conocerte mejor. Puesto que no me importa si escoges mi número ya que sé dónde trabajas, sé que pronto volveremos a vernos y no será para servirme precisamente un café. La campana está a punto de sonar —miró su reloj.

Un gran reloj. Y caro.

—Ha sido todo un placer poder conversar contigo. —James, se levantó de la mesa, agarró su mano y la besó con total delicadeza sin dejar de mirarla. Ella que no supo cómo reaccionar en ese momento se dejó cautivar por esos encantos poco habituales en un hombre. Por lo menos que ella haya podido conocer.

Curiosamente, James se había convertido también en una curiosidad para ella. Había pasado de ser el hombre misterioso y prepotente a un hombre con nombre y apellido, arrogante y estúpidamente atractivo. Y eso sin conocer absolutamente nada más de él que su supuesto nombre.

Las demás citas hasta llegar a la séptima fueron interminables, después de pasar por Cooper, los demás candidatos se habían convertido en un estorbo. Solo deseaba acabar lo antes posible y ver si él la había escogido a ella. Una vez entregó su cuestionario relleno con el número 4 bien grande para por lo menos recibir sus datos de contacto, la chica encargada de proporcionarlos en caso de ser mutuos los intereses, la fulminó diciéndole que no había coincidido con ningún candidato. Para sorpresa de Alice, ella si había coincidido con el número 6, por lo que le cedieron una cuenta de email y un teléfono. Una salió contenta, la otra pensativa y sinceramente bastante furiosa. No entendía por qué no la había escogido si le había dicho que tenía curiosidad en conocerla con más profundidad.

—¡Madre mía Jess! ¡Hemos coincidido! ¡Estoy emocionadísima! ¿Qué te parece a ti? ¿Jess? ¡JESSICA COÑO! —le dio un codazo—. ¿Dónde narices estás?

—Perdona Alice, estaba pensando en mis cosas...¿Que decías?

—He dicho que, qué te ha parecido.

—¡Ah...! Muy bien Alice, muy bien. Me alegro mucho por ti, de veras.

—Gracias. Bueno no hay que tirar cohetes todavía, solo ha sido un primer contacto. Lo que ahora me pregunto, si yo tengo su teléfono, ¿es evidente que él tendrá el mío, ¿no?

—Supongo.

Se encogió de hombros.

—¿Entonces qué hago? ¿Lo llamo yo primero o es mejor esperar?

—Como tú prefieras Alice. Hagas lo que hagas será lo correcto.

—En serio Jess, ¿donde estás? Te noto ausente, ¿estás bien?

—Sí, sí. Sólo que tengo algo de hambre.

El rugido de su estómago lo confirmaba.

—¿Quieres que vayamos alguna pizzería?

—Me parece bien. — le sonrió mientras seguía inmersa en sus pensamientos.

De camino en la pizzería Alice no dejaba de hablar de su cita de 7 minutos con el número 6, llamado Eric Sullivan de Manhattan.

—¿En serio que estás bien?

Se sentaron en una mesa junto a la ventana que daba a la calle, de primero pidieron unos Spaguetti para compartir, y de segundo cada una de ellas pidió una pizza. Jessica una cuatro estaciones con doble de anchoa y Alice una vegetariana con suplemento de queso. A pesar de haber dicho que estaba hambrienta, Jess casi no comió nada. Su estómago se había cerrado por completo aquella noche.

—Algo te pasa y veo que no quieres contármelo.

—No me pasa nada, en serio. —quiso tranquilizar a su amiga—. Solo que me he quedado un poco

aturdida, eso es todo.

—¿Pero por qué? —insistió

—Si te digo la verdad no lo sé. Ese chico que te he dicho que conocía me ha dejado un poco...

—Un poco ¿Qué? —quiso saber más

—Es cliente de la pastelería. Solo ha venido unas cuantas veces a tomar un café, y creía que era un tipo de persona, pero hoy al hablar con él, bueno... me ha dejado con la duda. Eso es todo.

—El chico guapo trajeado ¿no?

Alice se acordaba perfectamente.

—El mismo.

—Si era guapo sí. Y educado. Inteligente, atractivo y una sonrisa...

Ya vale Alice.

—Ahora que pienso, tú también has tenido tu cita con él. ¿Cómo te ha ido? ¿Te ha contado algo?

—No la verdad es que no. —Se quedó pensativa unos instantes— lo he visto demasiado reservado quizás. De pocas palabras. Eso sí, muy observador—. En fin...

Sopló.

—Querías que te escogiera ¿verdad?

Su cara era de complicidad.

—Creo que sí —se sinceró— antes de irse me dijo que tenía curiosidad por conocerme. Pero luego se ha ido sin más y ni siquiera ha dado la oportunidad.

—Pero dices que es cliente de la pastelería ¿no?

Jessica asintió

—pues entonces no tienes por qué preocuparte, quizás lo que quiere es eso, que acabes deseando conocerlo tú a él. Además sabe dónde encontrarte. Tonto no es. No te preocupes.

Insistió para tranquilizarla y pasó su mano por su hombro.

—Visto así... quizás tengas razón. ¡Venga va! —Se espabiló un poco y empezó a devorar la pizza que le quedaba en el plato —hablemos de otra cosa.

Finalmente la noche acabó bien. Terminaron de cenar y fueron a tomar unas copas y a bailar un poco.

En la discoteca conocieron a un grupo de chicos estudiantes, algo pasados de copas que no dejaron de molestarlas e insistir que acudieran a una fiesta privada. Al principio les hizo gracia seguirles el juego, pero a medida que pasaba el rato, el grupo se estaba volviendo demasiado pesado y agotador, así que entre ellas congeniaron un plan para que las dejaran en paz. Alice cogió a su amiga mientras esta bailaba y la empezó a besar como si nunca la hubieran besado. Por su puesto Jess le devolvió el beso apasionado. El grupo de chicos petrificados ante aquel espectáculo lesbiano decidieron retirarse no sin despotricar lo malvadas que habían sido por seguirles el juego cuando en realidad eran lesbianas. El juego terminó en carcajadas para ellas. El beso había sido espectacular. Incluso después de salir de la discoteca, de camino a casa estuvieron hablando de ello, catalogándolo como el mejor beso de la historia de sus vidas. Por supuesto sabían que el beso solo sería una anécdota, a las dos les gustaban los hombres más que a un niño un caramelo, pero por si las cosas se cruzaban, bromearon sobre dónde acudir si algún día les faltaba cariño.

Acordaron no contar nada de lo ocurrido a las demás. Pensaron que a veces valía la pena tener algún secreto que haría que las uniera más. Entre todas se llevaban bien, pero entre ellas siempre había un grado más de confianza que con el resto. Incluso Jess con Ann, que aunque se conocieran desde pequeñas, Jess sabía que había cosas que su amiga del alma no debía saber. No por no considerarla lo que era, su mejor amiga, si no porque a veces actuaba como una madre y Jess muchas veces intentaba evitarse los sermones.

Esa noche le costó dormir. No pensaba en nada en concreto, pero aun así le costaba conciliar el sueño. Se levantó varias veces para intentar escribir, debía enviar a su editora los primeros capítulos y ni siquiera había finalizado el primero.

“Bajó las escaleras que la llevaban al sótano, una brisa fría invadida entre la oscuridad de aquellugar recorrió todo su cuerpo. Estaba nerviosa y una voz en su interior le decía que no lo hiciera.

Pero su instinto de loba la incitó a bajar sin pensar en las consecuencias. Entre la oscuridad solopudo ver una sombra, una imagen borrosa que se movía al mismo tiempo que lo hacía ella. Ante tantomisterio, empezó a excitarse y a perder el aliento sin control. Parecía un hombre, un caballero oscuropidiendo un grito de guerra. Ella que empezaba a sentir el calor infernal de su intimidad, siguióbajando con cautela y paso firme hacia ese ser que la esperaba impaciente.

Solo se podía escuchar el respirar de la sombra, hambrienta y deseosa de que se acercara más y más. Ella llegó hasta él, y su mano temblorosa acarició su cuerpo casi desnudo. Bajó hasta encontrarlo que más deseaba, una erección de bienvenida. Para ella, solo y exclusivamente para ella.

—Se alegra de verte —susurró la sombra desnuda.

La voz era conocida para ella, y el tacto de su piel era algo que ya conocía. Se

acercó suavemente hasta introducir su regalo de bienvenida en la boca y lamió cada centímetro de él hasta hacer rugir a la bestia de placer. Antes de hacerle llegar el éxtasis, se levantó para besar esa boca que tanto ansiaba. Invadiendo con su lengua juguetona parte de su ser encendido por la lujuria.

—Hazme tuya. Hazme tuya ahora —ordenó en un susurro.

—Tus deseos son órdenes —le contestó la bestia.

Acto seguido, él arrancó la camisa de ella con fuerza dejando en libertad sus pechos erectos y firmes, ella retrocedió unos centímetros para que él se acercara en su busca con la intención de ser atacada con su miembro viril sediento de su cuerpo. Un grito oscuro...

—¿Una novela erótica? —Jess dio tal brinco que casi le hace caer de la silla.

—¡Ann! —gritó— ¡Que susto me has dado!

—Perdona, pero te he visto ahí concentrada y no he podido evitar leer lo que escribías detrás de ti.

—¿Y te ha parecido gracioso darme un susto de muerte no?

—Para muerte lo de esta mujer, qué es, ¿una sádica del sexo?

—Más o menos. ¿Qué te parece lo que has leído?

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Solo vas a decirme eso? ¿Está... bien?

—Perdona, te diré que, la mujer que se hallaba detrás de la cortina desnuda de un cuerpo plenamente concentrado en unas líneas sedientas de éxito...

—Vale, déjalo —se molestó.

Ann se rió

—Que no tonta, Está genial, de verdad. Me gusta como escribes.

—Si claro, ahora hazme la pelota.

—No es hacerte la pelota. Que mal pensada eres ¡por dios! Este seguro que llega a ser un *Best-Seller*.

—Eso, ahora búrlate de mí.

—¡Joder Jess! Que idiota eres chica, Pues vale... será una mierda pinchada en un palo y lo único que harán será limpiarse el culo con tu libro, ¿te parece mejor así?

—¡Vete a la mierda! Tampoco hace falta pasarse...

—Yo también te quiero —le dijo mientras la besaba por detrás, pero esta intentó resistirse medio enfadada—. Te dejo que sigas escribiendo. Capúlla.

—No, yo también me voy a la cama. Estoy muerta.

Jessica se levantó cerrando el ordenador y fue hasta el baño para lavarse los dientes otra vez.

—¿Cómo ha ido con Alice y las 7 citas en 7 minutos?

—Normal, bien, bueno una mierda.

—¿Por qué?

—No sé. Ya te contaré mañana.

—Como quieras.

—Que descanses Ann, mañana no te duermas.

—descansa tú también.

Finalmente, pasadas las 3 de la mañana, Jessica se quedó dormida en un profundo sueño. Un sueño raro y conocido. Por un momento se vio vestida de rojo en la parada de un autobús. Las calles vacías.

Era a plena noche y hacía muchísimo frío. A lo lejos, un hombre se acercaba a ella. Tenía miedo. Se sentía desamparada y no entendía que hacía allí de noche y sola. El hombre se acercó y le preguntó por el horario del autobús. Ella no podía hablar, su boca se encontraba congelada por el frío de aquella noche.

El hombre sin mediar ninguna palabra más se dio la vuelta y sin más desapareció. Jess en su propio sueño no entendía nada. Esperó. Al cabo de un rato de espera, a lo lejos, vio a una pareja desnuda que reían sin cesar. Al pasar por su lado, la observaron y volvieron a reír. Cada vez tenía más frío. Volvió a esperar sin saber qué hacer, hasta que al final llegó un autobús de color negro

y paró frente a ella, al abrirse la puerta vio otro hombre vestido con una capa negra que le cubría todo el cuerpo y parte de la cabeza. Se lo pensó dos veces si debía entrar o no, cuando se decidió y subió el primer escalón, de pronto cayó al vacío.

Capítulo 3

El despertado aún no había sonado, y un rayo de luz atravesó por la ventana hasta despertar a Jessica que dormía plácidamente como si la hubiesen atracado por la noche. Las sábanas por el suelo, el cojín en los pies, y ella cruzada en lo ancho del colchón. Estaba tan cansada que por las noches luchaba contra su activa forma de ser y casi siempre ganaba la Jessica de armas tomar, solo había que ver como se levantaba.

Cruzó la habitación hasta llegar a la cocina. Ann por muy raro que pareciera ya estaba levantada y vestida. Jess abrió el frigorífico, bebió de la botella un trago de leche fría y se metió en el baño sin mediar palabra.

—Prepárame un café —dijo a grito pelado.

—Un buenos días no estaría mal —se quejó Ann también gritando.

Jess sacó la cabeza por la puerta del baño.

—Buenos días, prepárame un café.

La ducha fue interminable. No había modo de salir de debajo del chorro de agua, estaba caliente como a ella le gustaba, ya fuera invierno o verano. Se vistió y se arregló como cada mañana para ir a trabajar aun sin mediar palabra. Desde la pasada noche del sábado no había vuelto a escribir, quizás por el susto de Ann, que le cortó la poca inspiración que tenía. Habían pasado cuatro días desde entonces, y no había forma de centrar la cabeza, así que se planteó encerrarse en casa esa misma tarde para avanzar con el dichoso capítulo olvidado. Lo que ella no tenía en cuenta era que por mucho que planeara las cosas, no siempre salían como uno quisiese... en ocasiones salían incluso mejor, según se mirara.

Eve esa mañana estaba enferma. Fiebre para ser exactos. Así que fue sustituida por la hija del jefe.

Joven, agradable y simpática. Esa mañana Jess se sintió cómoda trabajando con ella. Todo concurrió como de costumbre, los mismos clientes, los mismos pedidos, las mismas conversaciones con los clientes, las mismas cantidades marcadas en la caja... excepto una variación, Jess no había vuelto a ver a James desde la noche de citas.

—¿Has acabado?

—Sí. Ya está todo. También he preparado una bandeja con los bollos de fresa para la señora Calvin que supongo que vendrá ahora. Aquí está anotado el encargo para las 10, y llega tarde.

¿Lo dejó mejor en la cámara?

—No, déjalo aquí a un lado, a la señora Calvin no le gusta la repostería muy fría.

—Vale.

Fay que así es como se llamaba la joven hizo caso de inmediato. Los minutos transcurrían lentos y Jess al no haber movimiento en la tienda decidió tomarse un respiro y sentarse en una mesa para tomarse un café y escribir un poco en una hoja. Ya en casa, si era lo suficientemente bueno, lo pasaría a limpio en el ordenador. A los pocos minutos de sentarse la puerta de entrada se abrió. Ni siquiera alzó la vista para ver quién era, estaba tranquila porque Fay atendería al cliente perfectamente, pero tuvo que hacerlo cuando una voz le habló.

—¿Ese es el modo que tienes de trabajar?

—¿Te supone algún problema como trabajo? —esbozó una sonrisa para ella misma al reconocer su voz.

Jessica se giró para verle.

—En absoluto. ¿Me sirves un café?

—Te lo puede servir mi compañera.

—Prefiero que lo hagas tú —su voz se tornó seca y dulce a la vez.

—¿Crees que por hablarme así haré lo que tú quieras?

—Soy un cliente, y el cliente siempre tiene la razón.

—Pero al igual que tú, —para seguir hablándole se levantó de la silla y se puso a su casi misma altura— no cumplo órdenes de nadie.

Sonrió profundamente un tanto irónica.

—No es una orden, es una obligación. Tú estás aquí sentada, escribiendo papelinas de colores

cuando en realidad deberías estar detrás de esa barra sirviendo a tus clientes. Y yo soy un cliente muy exigente que ahora mismo quiere un café.

Jessica se quedó boquiabierta. No supo ni que contestar. Pero su mentalidad de escritora reaccionó a los pocos minutos. Por suerte para ella. (Dicen que más vale tarde que nunca) e hizo lo que tenía que hacer.

—Fay —la llamó—, sírvele un café a este señor por favor.

Lo miró fijamente desafiante y volvió a sentarse como si nada.

—Eres buena... sí señor. Me gustan las mujeres como tú, ¿sabes? —James se sentó frente a ella del mismo modo que lo hizo en la cita a 7.

A Jess le empezaron a temblar las piernas de repente...

—¿Como yo?

No entendía a qué se refería.

—Ni siquiera sabes cómo soy yo —matizó

—Me hago una idea.

—¿Quieres decir? ¿Por verme servir una café? —se burló

—No, por la forma que tienes de mirarme.

—¿Y cómo crees te miro Si se puede saber? —dijo con un hilo de voz atragantándose con su propia saliva.

—Algún día te lo contaré.

Guiñó un ojo muy sutilmente.

—¿Ya empezamos con los juegucitos?

—No es un juego. Puedo captar las sensaciones que otra persona transmite. —James entornó los ojos mirándola fijamente, ella empezó a ponerse nerviosa de verdad. —Y tengo mucha curiosidad por saber hasta dónde eres capaz de llegar. —El volumen de su voz era tan sereno y tan bajo que solo ella podía llegar a escucharlo.

—No entiendo por qué tanta curiosidad.

—La misma que tú tienes conmigo —contraatacó.

—Yo no tengo curiosidad. No sé de dónde has sacado esa estúpida idea.

—Todo a su tiempo Jessica. Todo a su debido tiempo...

Volvió a sonreír.

—Me produces escalofríos ¿lo sabías?

—¿De verdad?

Ni siquiera cambió el tono de voz.

—¿Qué quieres? —en ese momento apareció Fay con el café de James

—Gracias señorita. —Ahora su tono de voz había cambiado y se había vuelto más formal y callejero. —Seguro que está buenísimo— miró a Jess de forma penetrante.

—Gracias Fay, puedes retirarte.

—¿Te gusta dar órdenes?

Jess lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Que eres, un obseso sexual o algo parecido? —bufó

—¿La palabra orden te da por pensar en sexo? —volvió a cambiar el tono.

—No. Pero no entiendo nada. Y ya me estoy hartando de tanto juegucito. —Se levantó de la mesa y recogió todo su papeleo.

—Cena conmigo —le dijo sin ni siquiera mirarla justo cuando ella ya se disponía a retirar.

Ella paró en seco y permaneció de espaldas a él.

—¿Y por qué debería de hacerlo?

—Por qué lo deseas al igual que yo.

—No creo que sea buena idea...

—Tú misma —dijo sin más, y la hizo pensar

—Si acepto, ¿se acaban aquí los juegucitos de palabras?

Él esbozó una leve sonrisa triunfadora.

—Te lo prometo.

—Entonces...

—¿Entonces? ¿Eso es un sí? —Ella quiso acabar la frase pero James la interrumpió—. Te pasaré a recoger sobre las 8 —James se levantó y tomó el último trago de café que le quedaba, se dirigió a la barra dejándola bloqueada y plantada ahí de pie sin reaccionar y pagó con un dólar dejando una propina considerable y se marchó.

Y así se quedó, con la boca abierta y sin saber cómo reaccionar. Algo que no le solía pasar muy a menudo. Cuando volvió en sí se dio cuenta de lo que había sucedido. Había quedado para esa noche con el hombre misterioso y prepotente llamado James Cooper. Pero sin saber por qué, deseó que llegara la noche para volverlo a ver.

Sus planes de quedarse encerrada en casa escribiendo se le habían truncado de nuevo. Ahora tenía que pensar que ponerse para salir a cenar. Tocaba arreglarse, ducharse, peinarse... Buf! Todo para estar perfecta.

Le contó toda la historia a su amiga Ann de principio a fin, desde que él empezó a venir a tomar el café, lo que sucedió el día de las citas a 7 y lo que había sucedido esa misma mañana. A medida que lo contaba se sentía eufórica. Su amiga y madre a la vez, en ocasiones era así, le aconsejó sobre lo que haría ella en su situación. La ayudó a escoger el mejor vestido y le arregló el pelo para estar radiante esa noche.

Las 7:25. Cada vez estaba más nerviosa y sus piernas temblaban sin control. No era una chica de fumar cigarrillos, pero si hubiese tenido alguno a mano seguro que se lo habría fumado de una sola calada.

—Tranquilízate, es una cita y no es la primera que tienes.

—Lo sé, pero esta no sé por qué me pone nerviosa, no puedo evitarlo. Tengo un nudo aquí...

Se apretó al boca del estómago con fuerza como si así desaparecieran los nervios milagrosamente.

—Ve con cuidado y recuerda todo lo que te he dicho.

—Sí, mamá

—No, sí mamá no. Que después si te sale mal vienes a casa de mal humor y lo pago yo.

—Ya te contaré a la vuelta.

Dio unos saltitos de emoción.

—Eso espero.

Al salir del ascensor, respiró hondo y como no sabía donde habían quedado exactamente ya que solo le había dicho que pasaría a recogerla sin decir si quiera donde vivía, decidió esperarle en la pastelería.

Pero para su sorpresa, al salir del portal se encontró con James de cara. La estaba esperando, apoyado en un Mercedes negro con los vidrios tintados.

Su boca se abrió de par en par.

—¿Como...?

Quiso acabar la frase pero él la volvió a interrumpir.

—Soy un hombre de recursos —sensualmente se acercó a ella y la llevó hasta la puerta del coche—

¿Nos vamos? —Abrió la puerta al igual que un caballero y Jess se sentó dentro aun sin saber que decir

—. Estás preciosa le susurró en el oído nada más sentarse a su lado.

—Gracias...

Miró a su alrededor.

—¿Tienes chófer? ¿O lo has alquilado para impresionarme?

James soltó una carcajada

—Tengo chófer, de hecho... tengo dos, pero creo que hoy con uno tendremos suficiente.

—Ah... ¿Y a dónde vamos?

—A cenar, ¿no?

—Si claro...pero...

—Qué.

—A mí los lujos... no... no me va mucho —hizo un mohín

—Aquí lo único que hay lujoso eres tú. Lo demás es pura fachada. No te preocupes.

—No me vaciles.

—No lo hago.

—¿Entonces lo has alquilado?

—No.

—No lo entiendo.

—Es un cumplido, y deberías tomártelo como lo que es. Tengo dinero, sí, pero eso no implica que nos rodeemos de él si no quieres. Puedo tomarme una hamburguesa en el parque si lo prefieres. También soy persona y me gusta lo mismo que a cualquier otra.

—Perdona.

—No tienes por qué disculparte.

Llegaron al restaurante, para no querer lujos, James le había llevado a uno tremendamente lujoso. El restaurante estaba en la cima de un edificio, ocupaba toda la planta superior del hotel en el que se encontraban en el mismo centro de Manhattan. Las vistas a través de las cristaleras gigantes eran espectaculares. Jessica nunca había visto la ciudad desde esa perspectiva y sentada en una mesa justo en la ventana y con una decoración tan bonita.

—Si te preguntas si estamos en un hotel, te diré que sí. Ya lo has visto. Pero tranquila, soy un hombre muy respetuoso y no vengo con segundas intenciones. Simplemente que me gusta mucho la cocina de este restaurante.

—¿Le sirvo señor? —el camarero sirvió una copa de champagne a James para que lo probara y al asentir el camarero la sirvió a ella.

Ella se fijó en la etiqueta.

—Una botella de *Louis Roederer* cuesta más de 600 dólares —se alarmó.

—No te angusties y disfruta del sorbo.

—Con eso vivo yo casi un mes...

James volvió a sonreír.

—Relájate y disfruta del momento. ¿Quieres? —dio otro sorbo pequeño mojándose un poco la lengua. ¿Estás bien?

—Sí, pero todavía quiero saber por qué yo.

—¿Y por qué no? Me gustas, no te conozco pero me gustas. Por eso voy todas las mañanas a tomar un café donde tú trabajas.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y que te llevó hasta allí? Quiero decir, ¿cómo llegaste a Brooklyn? Dudo mucho que un hombre con tu estatus trabaje o pasee por ahí.

—Fui a ver a un amigo, y antes de irme me apeteció tomarme un café. Cuando te vi supe que allí era donde debía tomármelo siempre.

—¿A que te dedicas?

—Trabajo para la firma *Jonson & Jons*.

—¿Bromeas?

—¿Porqué iba a hacerlo?

—¿Entonces eres abogado?

—Sí, aunque en el bufete soy más bien inversor capitalista.

—¿Y eso que significa?

—Que parte de la firma es mía.

—Curioso.

—¿Por qué?

—¿Sabes que mi amiga Ann es abogada y trabaja en tu empresa?

—¿De verdad ?

—Sí.

—Pues eso solo puede significar que soy el jefe de tu amiga.

—Por lo visto sí.

Jess sonrió al pensar la cara que pondría cuando se lo contara a su amiga Ann.

James sin decir nada observó cómo se reía, y como sin darse cuenta coqueteaba con su pelo.

—Y dime, ¿Desde cuando eres pastelera? —bebió otro sorbo de champagne sin dejar de mirarla. Era terriblemente atractivo.

—No soy pastelera. Solo trabajo de dependienta por las mañanas.

—¿Y te gusta?

—No está mal. No es el trabajo de mis sueños, pero de momento es lo que tengo.

—¿Y cuál sería el trabajo de tus sueños?

—Soy escritora

James la miró sorprendido

—O eso creo, y bueno... De momento no puedo vivir de ello así que decidí buscarme un trabajo cerca de casa y con un horario cómodo que me permitiera tiempo libre para escribir.

—¿Eres escritora? ¿Y que escribes?

—Novelas evidentemente, pero solo me han publicado dos.

—¡Wao!

—Y ahora estoy intentando acabar la tercera, pero no sé porqué no sé cómo seguirla. Me encuentro bastante... estancada.

—Debo decir que me ha sorprendido gratamente.

—¿El qué?

—Que seas escritora. No lo habría dicho nunca. Más bien pensaba de ti que eras una relaciones públicas o algo por el estilo. Pero esto... esto creo que me gusta aun más.

—Me licencié en economía y empresa hace unos 6 años y trabajé para una empresa de comunicación durante 2 años, después me tomé un tiempo sabático para escribir y hasta el día de hoy.

—Eres pura inteligencia.

—Y tú un auténtico pelota.

Los dos sonrieron a la vez, ella más tímidamente.

—¿Y tú? Cuéntame algo de ti.

—¿Que quieres saber?

—Primero, porqué hablas en ese tono de voz.

—¿Con qué tono hablo?

—No sé, así, como lo estás haciendo ahora —hizo gestos con las manos como si con eso fuera suficiente para que él entendiera a lo que se refería—. Hablas flojo, pareces frío pero suena dulce, eres cortante y misterioso, eres... no sé

Se rindió, no sabía cómo expresarlo con palabras.

—¿Y no te gusta?

—Yo no lo diría así...

James acercó su cara hacia la suya para susurrarle:

—¿Sabes que ahora mismo acabas de poner el mismo tono de voz que dices que pongo yo?

Ella abrió los ojos de par en par, no se había dado cuenta.

—¿Y sabes que eso es algo que me encanta?

—¿Te ha gustado mi tono de voz, o te gusto yo?

—Jessica... Jess para los amigos, cruzo Manhattan hasta Brooklyn todos los días para tomar un café.

¿Crees que no hay donde escoger por aquí?

—No vienes todos los días. Esta semana solo has venido hoy.

—Estando fuera de la ciudad se me hace bastante difícil coger un avión para venir a tomar un café.

Pero créeme que si pudiera lo haría.

—¿Eso es lo que haces?

—¿Y qué es lo que hago?

—¿Alagar así a las mujeres para que tengan ganas de besarte?

—¿De verdad tienes ganas de besarme?

—Desde luego que sí...

Jessica no pudo apartar los ojos de sus labios imaginando como sería besarlos.

—Yo también quiero besar los tuyos, te lo aseguro

Se miraron fijamente sin poder apartar la vista del uno del otro.

—Pero no creo que eso te guste tanto como esperas.

—¿Por qué? ¿Eso tendría que decidirlo yo, no crees?

—Digamos que no soy hombre de relaciones serias ni duraderas.

Jessica vaciló unos segundos, después rebobinó hasta captar lo que acababa de decir.

—O sea, ¿que me estás diciendo que toda esta patraña es para llevarme a la cama porque no eres un hombre de relaciones serias pero si hombre de una sola noche? —abrió la boca atónita a lo que acababa de oír. Esas palabras le acababan de perforar el tímpano. Miró a su alrededor, se levantó con furia de la silla y lanzó la servilleta a la mesa.

—¡No me lo puedo creer! Que idiota he sido —se recriminó a ella misma—. Te felicito por tu gran papel, ¡me has engañado como a una boba!

—Creo que te estás confundiendo

—¿Que me estoy confundiendo?

—Sí.

—Mira niño rico, si querías llevarme a la cama, solo tenías que decirlo. Así nos hubiéramos ahorrado perder el tiempo, al menos el mío, y tú... imbécil, tú te habrías ahorrado esta mierda de botella tan cara.

Jame empezó a reír.

—Me encanta cuando te pones así. Se nota que eres una chica con carácter.

Jessica se puso las manos en la cabeza

—Serás... ¡idiota! —Jessica empezó a andar hacia la salida a paso ligero. Lo único que quería era salir de allí lo antes posible. Al no encontrar el ascensor, empezó a bajar las escaleras saltándolas de dos en dos con los tacones puestos, que le estaban matando los pies, y nada más ni nada menos que 37

plantas hasta la salida. Pero estaba tan furiosa y confundida que casi ni se dio cuenta de las que habían. .

Llegando a la planta 22, James que había bajado por el ascensor le interrumpió el paso.

—¿Cómo coño has bajado tan rápido?

—Deja de decir palabrotas. El ascensor, señaló al fondo —me alegro que hayas decidido bajar por las escaleras.

—Déjame pasar.

—Sigo diciendo que has interpretado mal mis palabras.

—Yo no he malinterpretado nada, he entendido perfectamente lo que has querido decir.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—¿Cabezota yo? ¡Y tú un capullo!

De pronto James acorraló a Jessica hasta la pared acercando su cara a la suya, ella ni siquiera puso resistencia.

—Te he dicho que yo no soy hombre de relaciones serias ni duraderas, no que no quiera una contigo.

—Déjame salir... —susurró casi como una súplica apartando su cara de la de James que estaba pegada a la suya. Su cuerpo empezó a temblar descontroladamente. Notar su aliento a pocos milímetros de ella la estaba dejando sin armas, impotente. Pero aun con la intención de querer irse, se moría de ganas por besar su boca. —Por favor, déjame salir.

—¿Estás segura que es lo que quieres? ¿Irte?

—Sí —dijo con un hilo de voz ahogado.

—Yo creo que no.

De pronto James acercó totalmente sus labios en la boca de Jessica y empezó a besarla como

nunca la habían besado, como nunca antes lo habían hecho, ni siquiera cuando se besó con su amiga Alice. Este sin duda fue el beso más húmedo y apasionado de la corta historia de Jessica. Derretida, se atrevió a posar sus manos dentro de la chaqueta americana para sentir el contacto de su cuerpo por encima de la camisa. Se dejó llevar por aquel tórrido beso que la estaba llevando a la locura por momentos sin saber que más hacer y sin poder resistirse a ello, sin poder abrir los ojos para verle mientras la besaba.

Durante el beso sintió un fuerte escalofrío electrizante que bajó desde su nuca hasta la cintura dejándola inmovilizada hasta el final del primer beso.

—¿Sigues queriéndote ir? —le preguntó jadeante.

—Sí —dijo firme pero con otro hilo de voz ahogado.

James se apartó para que pudiera irse. Pero Jess que se acababa de mentir a ella misma dando esa respuesta y arrepentida de lo que había dicho, se abalanzó hacia él para volver a besarlo. Esta vez el beso fue mucho más largo e intenso que el primero.

No sabía si había sido confusión o si era eso lo que James buscaba. Lo que si tenía claro era que durante la noche había estado deseando por alguna razón desconocida un primer beso con él, y lo que ella no imaginaba era que finalmente había sido un gran e intenso primer beso. James cumplió su palabra, diciendo que era un hombre respetuoso y aun sin haber cenado la volvió a llevar a casa. Durante el camino de vuelta, casi ni se hablaron, simplemente cruzaban sus miradas soltando alguna media sonrisa.

Ya en el portal de Jess, James se disculpó por el mal entendido. Pero ella no contenta con una disculpa decidió preguntar.

—¿Que quieres James? Dime la verdad. No quiero que jueguen conmigo.

—No estoy jugando. Siento haberte hecho cabrear, aunque he de decir que me gusta cuando sacas tu genio.

—No bromees James, no estoy para bromas ahora mismo.

—Te quiero a ti, quiero conocerte. Eso es todo.

—Has dicho que no eres hombre de relaciones serias y yo no soy mujer de relaciones de una noche.

—Y no lo soy, por alguna razón no he tenido suerte en ese sentido y eso no me ha permitido tener una relación decente con ninguna mujer.

—¿Como no vas a tener suerte? Lo tienes todo.

—Pues ya ves que no. El dinero no lo es todo Jess. A veces un hombre millonario también necesita ser querido.

—¿Eres... millonario?

—¿Eso te ha gustado eh?

Jess estaba seria, pero ante esa pregunta se puso todavía más seria.

—No me importa el dinero. No soy materialista, soy autosuficiente, independiente y hago lo que me gusta. Y si con eso puedo vivir, me basta.

—Siento que no hayas cenado —cambió de tema suavizando totalmente su tono como si fuera un cordero degollado.

—No te preocupes por eso, picaré algo en casa.

—¿Quieres que nos volvamos a ver? Donde y como tú quieras.

—¿Quieres volver a verme?

—Por supuesto.

Ella sonrió y pensó unos segundos.

—Te diré algo. ¿De acuerdo?

—¿Vas a dejarme con la intriga?

—Es posible.

—Me parece bien. ¿Me avisarás entonces? Cuando te apetezca quedar o volverme a ver...

—Claro. Emm... una pregunta que se me pasa ahora por la cabeza... ¿cómo has sabido donde vivía?

—El padre de la chica.

—¿Cómo?

—El padre de la chica que me ha servido el café esta mañana.

—¿Gordon?

—El mismo. Después de irte tú, he vuelto a entrar y le he preguntado donde podía encontrarte después del trabajo.

—¿Y te lo ha dicho así sin más?

Jessica estaba alucinando

—Soy un hombre de recursos ¿Recuerdas?

Ella hizo una mueca. No sabía si eso le había gustado o por el contrario debía tomar precaución.

—Se va a enterar mañana cuando lo pille... —empezó a despotricar en voz muy baja pero no lo suficiente como para que James no lo oyera.

—No te enfades con él. Lo he sobornado un poco.

—Claro. Tú que puedes... ¿Con dinero?

—Con dinero no. —Ella lo miró confusa— he dicho que le encargaría un pastel de 4 pisos para el cumpleaños de mi hermana.

—¿Tienes una hermana?

—En realidad dos. Y yo soy el pequeño.

—¿Cuántos años cumple?

—40.

—Vaya... yo voy a cumplir 30 la semana que viene —al decir esa cifra su cara se descuadró como si acabara de comerse un limón.

—¿30? Pensaba que tenías más.

—¿Aparento más? —abrió los ojos al oír eso. Fue como si le acabaran de echar un jarrón de agua helada.

—Físicamente te habría puesto unos 25, pero por tu forma de hablar... unos 35 quizás.

—No sé si tomármelo como un cumplido.

—Deberías.

Jess sonrió de nuevo. Él le devolvió la sonrisa.

—¿No quieres saber mi edad?

—Hay muchas cosas que me gustaría saber de tí. ¿31?

—Casi, tengo 35.

James esperó una reacción por su parte.

—No es mucha diferencia.

—No lo es.

—Bueno... que descanses —se despidió.

—Tu también.

Los dos se quedaron inmóviles hasta que sin poder evitarlo, se acercaron cuidadosamente el uno al otro para volverse a besar. Esta vez fue un beso más corto y suave. Si Jess tuviera que catalogarlo, lo haría como un beso de película en el portal de la casa de la protagonista después de la primera cita.

Tímido y prometedor.

Ya en su cama, Jess con la mirada perdida en techo de su mini habitación, no pudo dejar de pensar en lo que había sucedido esa noche con James. De parecerle un hombre arrogante y prepotente del que estaba segura no se iba a fijar nunca, a de repente y de la nada parecerle uno de los hombres más interesantes del mundo aunque seguía siendo un tanto misterioso, pero sexy y atractivo sin remedio que había conocido nunca y el que mejor besaba con diferencia. Jess, al pensar en él, notó un pequeño movimiento en su estómago, tan pequeño que no le impidió cerrar los ojos quedándose dormida al instante.

Capítulo 4

La semana transcurrió casi normal, y digo casi porque Jessica echó en falta algo. Volver a ver a James. Desde esa noche no volvió a saber nada de él. Pensó que volvería a estar de viaje y como no tenía modo de contactarle para saberlo, era lo único que podía pensar, porque de vez en cuando también le daba por pensar con un ¿Y sí...? ¿Y si no quedó contento? ¿Y si se lo pensó mejor y ella no era lo que él esperaba? ¿Y si...?

¡Dichosa mente desquiciada!

Ella había quedado tocada. De vez en cuando pensaba en el primer beso en las escaleras del hotel y su vello se erizaba al recordarlo. Sin quererlo esbozaba una gran sonrisa al mismo tiempo. Tenía ganas de verle, pero como no sabía que había pasado, prefería no pensar en ello, para no perturbarse aun más con algo que ni ella misma sabía que era realmente. Era mejor no sacar conclusiones sin estar segura.

El día tan esperado, no precisamente para ella, había llegado. Un día como el actual, un 21 de septiembre de 1983 nació la primera hija de la familia Jones. Para celebrar su nacimiento, la familia organizó una gran fiesta en el jardín en la que la presentaban en el vecindario. Era una niña buena, cariñosa y desde el primer día se hizo querer por todos. De pequeña le encantaba salir a la calle a jugar e ir en bicicleta con sus amigas, una de ellas era su mejor amiga en la actualidad Annily, y algo que les gustaba mucho en la infancia era bailar. Sus padres la inscribieron en una escuela de baile a los 5 años pero lo acabó dejando unos años después porque decía que la profesora no la dejaba bailar como ella quería. Poco después de las clases de baile, probó con la música. Aunque también le gustaba, no consiguió hacerse con la guitarra. Su padre, Joe, le regaló una a los 11 años por su cumpleaños y la perdió pocos meses después cuando según ella la dejó en el jardín mientras jugaba a correr y a parar en la calle. Ella aseguró que alguien se la había robado. No fue hasta años después que supo que el que le había robado la guitarra había sido su vecino un año menor que ella para joderla porque estaba enamorado de ella, y ella no le hacía ni caso.

Ese chico aun guardaba la guitarra por aquel entonces y se la devolvió.

En el instituto pasó bastante desapercibida, se dedicó a estudiar y le dedicó poco tiempo a salir. Lo único que quería era que su padre se sintiera orgulloso de ella. No fue hasta la universidad, que empezó a desmadrarse un poco. Siguió sacando buenas notas, pero siempre tenía alguna excusa para salir con sus amigos. Estuvo saliendo con un guaperas llamado Roger que al final resultó ser un capullo engreído y mujeriego. Jessica le plantó un bofetón al enterarse que al mismo tiempo que salía con ella, flirteaba con dos chicas más. Desde el bofetón, Jess no volvió a saber nada más de Roger.

A parte de sus fracasos amorosos, ya que después del capullo de Roger hubo alguno más que también salieron rana, su vida había transcurrido bastante normal y estaba contenta de hasta dónde estaba llegando. Era feliz, y eso era lo único que le importaba.

30 años después de su nacimiento, sus queridísimas amigas le habían preparado una fiesta sorpresa que como era evidente ella no sabía absolutamente nada. Su mañana en el trabajo transcurrió normal con la diferencia de que al medio día fue a comer a casa de sus padres en New Jersey ya que se lo había prometido a su madre y podía ser duramente sometida a un sermón mayor que el de su amiga Ann si no cumplía con su promesa.

Estaba toda la familia, su madre y su padre, su abuela de 80 años, una mujer de las de antes, sus tíos y primos, sus hermanas y algún vecino ya considerado parte de la familia. La mesa rebosaba comida y mucho colorido. Las mujeres de la casa habían estado toda la mañana preparando el manjar para ese día tan especial. No podía faltar la tarta, así que también encargaron una de una réplica de sus dos novelas. .

Aquel día su padre le dijo lo orgulloso que estaba de ella, y eso a Jess la hizo muy feliz emocionándola.

Aunque adoraba a su familia más que a nada en el mundo también se le hacía insoportable aguantarlos tantas horas a todos juntos. Se despidió de ellos con la excusa de que la estaban esperando en casa para salir a cenar y entre el viaje y el tiempo de arreglarse, si no se iba

entonces, acabaría llegando tarde.

Al llegar a casa, después de un día lleno de emociones, Ann la estaba esperando. No sabía nada de la fiesta, pero suponía que iba a salir a cenar con las chicas.

—¿Te queda mucho?

—No, ya estoy. Un momento

—¡Espabila! Llegaremos tarde como siempre.

—¿Qué prisa tienes? ¿A qué hora habéis reservado?

—A las 9.

Ann miró el reloj ansiosa. Jessica bufó al ver que se estaba desesperando por nada.

—Todavía quedan 40 minutos —dijo Jess desde el baño- Ann estaba empezando a desesperarse de verdad.

—Al paso que vas llegaremos tarde seguro —volvió a repetir.

—¿Pero por qué tanta prisa? —salió del baño aun sin maquillar—. De verdad que no te entiendo cuando te pones así...

Ann resopló profundamente.

—Estaré lista en 5 minutos, lo prometo.

—Más te vale.

En ese momento mientras Jessica volvía a entrar en el baño, sonó el timbre, Ann fue corriendo a abrir la puerta.

—¿Señorita Jones? —preguntó un mensajero con un ramo de flores en las manos.

—Sí, aquí es.

Las flores eran preciosas. El mensajero también. Un chico rubio de unos 25 años, con algo de melena caída por los hombros y una sonrisa profident. Ann coqueteó un poco con él, pero este no le hizo ni caso.

Es gay pensó.

—Traigo una entrega.

Es evidente chico.

—Si puede firmarme aquí por favor —colocó el ramo a un lado del brazo y extendió un folio en una carpeta para firmarlo. Ann lo firmó y el mensajero le entregó las flores.

—Gracias —cerró la puerta de un portazo. Se había sentido despechada por un ¡gay! Ni los gays podían hacerle ese feo.

Ann no pudo gruñir como una leona en celo. Después tampoco pudo evitar oler las flores. Olía a fresco.

—¡¡Jess!! —gritó.

—¿Qué?

—¿Puedes salir un momento? Es importante.

En cuanto salió del baño y vio las flores sonrió abriendo la boca de oreja a oreja acercándose a ella para agradecerle el maravilloso detalle.

—No son mías —le advirtió al percibir sus intenciones.

—¿Ah no? —se sorprendió aun más— ¿y de quién son?

—Hay una tarjeta. —Jees también olió las flores y las dejó a un lado para leer la tarjeta

“Siento no poder estar ahí contigo. Espero que disfrutes de mi regalo. Feliz Cumpleaños Jessica

“

—¿De quién es?—quiso saber.

—No tengo ni idea... no pone nombre. —volvió a mirar las flores y la tarjeta por detrás por si hubiese algo más escrito. Nada.

—Mías no son —aseguró su amiga — yo te he comprado una funda para el Ipad

Levantó las manos como un rehén a punto de pistola.

—Ann —miró a su amiga incrédula— no tengo ningún Ipad

—Chica... Por algo se empieza, no le pidas más camellos al monje —vaciló

—¿Qué cojones dices?

Jess que no sabía quién podía haber sido, dejó las flores en agua y acabó de arreglarse. Por culpa de las flores, salieron de casa justo a la hora que debían estar en el restaurante. Ann refunfuñó todo el camino hasta poner de los nervios a Jess.

—¿Quieres parar de hacer eso? Me irritas.

—¿Hacer el qué?

—Bufar todo el rato, ni que se estuviera incendiando el coche.

—Te recuerdo amiga mía, que llegamos tarde, muy tarde, nos esperan desde hace más de 30 minutos.

—¿Y qué pasa? Que la cena te costará más cara por eso?

—¿Bromeando Jess?

—Es mi cumpleaños, puedo bromear todo lo que quiera. Además que ellas también llegan tarde la mayoría de veces y no por eso las hemos condenado a cadena perpetua.

—Ya, pero ahora imagínate que hemos contratado una banda para que te cante el cumpleaños feliz y que cobran por horas. Ya me estás costando un riñón y parte del otro.

—¿Me habéis contratado una banda para que me cante el cumpleaños feliz? —se rió. Sabía que no hablaba en serio.

—Claro que no. No me llegaba para tanto, sólo tenía para el vocalista pero intenté follármelo y se jodió todo. .

Jess empezó a reír a carcajada y Ann no entendió que le hacía tanta gracia.

Llegaron aun con Jess casi llorando de la risa y su amiga harta de que se riera de ella, la sacó del coche a toda prisa con algún empujón de por medio. La risa se le pasó un poco cuando se dio cuenta de que no estaban donde habían quedado que irían a cenar, ahí empezó a sospechar algo...

—¿Adónde vamos? —el taxi las dejó frente el *Molly Wee* Pub en el 402 de la octava avenida.

—Nos están esperando aquí —sonrió por fin. Ella sin decir nada entró en el local para contentar a su amiga no sin antes devolverle la sonrisa con un bufido incluido. Una vez dentro una manada de locos desesperados e histéricos empezaron a cantar el cumpleaños feliz como si estuvieran en un karaoke. Jess no pudo que no evitar sonrojarse miró desafiante a sus amigas que se encontraban a primera fila. Después de sufrir vergüenza a más no poder, se abalanzaron hacia ella para besarla y abrazarla uno tras otro.

Soportó más de 2 docenas de besos y achuchones antes de echarles bronca a sus amigas.

El Pub donde se encontraban había cerrado aquella noche para la celebración de Jessica, así que disponían de todo el local para la celebración. Al fondo había una mesa con un montón de regalos, tal y como May quería desde el principio en la casa de los padres de Megan. Sólo una mesa exclusiva para los regalos. En la barra un montón de copas dispuestas a ser servidas de inmediato y varias mesas repartidas por la sala repletas de bandejas con todo tipo de comida. Después de ser felicitada por todos los amigos y compañeros asistentes a la fiesta sorpresa, los asistentes empezaron a servirse la comida a modo bufete. En principio no iba a ser así, ya que lo que las amigas de Jess querían era cenar sentadas en un restaurante, pero fue tan la insistencia de May por hacerlo de este modo aunque no fuera en plan soso, aburrido y pijo que no tuvieron más remedio que aceptar. Finalmente fue una buena opción, eran tantos que hubiese sido imposible estar en una mesa sentados todos sin alterar a los demás comensales de un restaurante. De este modo tenían más libertad para hacer lo que quisieran y moverse o salir a gusto de cada uno.

Jess no comió demasiado. Ya estaba llena de la comida familiar, y los nervios le cerraron el poco estómago que le quedaba. Habló con todos y cada uno de ellos. Sus amigas habían invitado a los más cercanos y con los que más relación tenían. Desde los compañeros de trabajo, hasta algunos amigos de la universidad, y amigos que habían ido haciendo en el paso de los años.

—Me alegro de verte Jess

—Lo mismo digo Patrick, ¿como estás de la pierna? —Patrick era antiguo compañero de universidad con el que tenía muy buena relación y del que se sabía que estaba enamorado de ella, pero Jess hacía ver que no lo sabía porque no sabía cómo darle largas sin herirlo. El chico se había fracturado la pierna jugando al fútbol con sus sobrinos, y Jess mientras él le hablaba y le contaba lo sucedido intentaba disimular lo que sabía de su amigo porque ni por asomo le

gustaba, así de sencillo.

Pobrecillo pensaba para ella misma al ver como él se la comía con los ojos.

Siempre lo había visto más como un hermano que como posible pareja, y en su momento evitaba cualquier conversación de este tipo para no estropear la buena amistad que mantenían y porque él la ayudaba en sus trabajos de clase cuando lo necesitaba. Con el paso del tiempo, Patrick había envejecido más de lo normal, había engordado y empezaba a perder algo de pelo. Su forma de vestir era muy clásica y no pegaba mucho con el estilo de ella, ni físicamente ni queriendo...

Pobrecillo se volvió a repetir. Sentía pena por él. ¿Sentía pena? Mucha.

—Mucho mejor, ya solo llevo una muleta y espero poder hacer vida normal pronto.

—Ya verás como sí. A ver si quedamos un día y me pones al corriente de todo.

—Claro Jess, cuando quieras. Siempre estoy disponible para ti —esa frase era la alarma para salir corriendo.

—Pues ya te llamaré. Voy a pedir algo para beber que estoy sedienta. Disfruta de la fiesta Patrick.

—Gracias, así lo haré.

Fue hasta la barra y pidió una jarra de cerveza. Se la bebió en 3 tragos largos. Necesitaba sentir el frescor de la cerveza pasar por el conducto de su garganta y respirar hondo antes de volver con la manada.

—¿Me invitas a una?

Jess se giró para ver quién era. No lo reconoció.

—Claro, una cerveza para él —pidió al camarero y volvió a su jarra que ya estaba vacía.

—Te veo bien —dijo él

—Gracias... perdona pero no sé quién eres.

—Soy John —alzó su mano para estrechar la suya.

—Lo siento, ahora mismo no te ubico...

—Tranquila, es lógico.

Ella lo miró extrañada.

—¿Has venido con alguien? —miró a su alrededor para ver con quién había venido ese chico.

—No exactamente.

—¿Entonces?

—Digamos que me he colado.

—¿Colado? Eso es propio de una piña.

Jess empezó a descojonarse por el chiste que acababa de hacer y que sólo ella entendió. Él en cambio sonrió.

—He visto que daban una fiesta y he decidido entrar

—Ah... pues bienvenido entonces —empezó a secarse las lágrimas que le caían. El chiste había sido tan malo que incluso le había dado por llorar de la risa.

—Gracias —John la miró fijamente. Ella no sabía ni que decir—. ¿30 no?

—Sí.

—Felicidades y por muchos años más. —Se acercó para besarla dos veces en las mejillas.

—Gracias.

Hubo un silencio en medio de tanto ruido.

—Me preguntaba si algún día te gustaría quedar para tomar un café

—Perdóname pero, no sé quién eres ni...

—John —volvió a decir interrumpiéndola.

—John —repitió ella como si hablara con un tonto— no sé por qué motivo iba a quedar contigo si ni siquiera sé quién eres. No suelo quedar así porque sí con la gente a tomar cafés.

—Lo comprendo. Quizás si nos conocemos un poco más, puedo invitarte después al café.

—Quizás.

—Veo que estás extrañada. Por mi digo.

—¿Como extrañada por ti?

—Sí, que esto te parece raro, pero verás —empezó a explicarse— voy a serte sincero

—sonrió—.

Soy el hijo de Victoria. Tu vecina. Bueno, en realidad vecina de tus padres...

Jess empezó a pensar en ¿Victoria? Victo... ¿Victoria?

—¿La mujer de la casa de enfrente? ¿La que se mudó hace unos 15 años por qué se separó? ¿La del perrito copo de nieve?

—La misma.

—¿Entonces tú eres John? ¿El pequeño John? —se asombró

—El mismo también —volvió a sonreír—. Pero yo no diría pequeño, tengo un año más que tú.

—Bueno... pequeño en el sentido... no me mal interpretes —se disculpó.

—Ya te he entendido, a si me llamaban todos, el pequeño John

—Sí... ¡Que alegría verte! —le dio un golpe suave en el hombro—. ¿Y dime que fue de ti?

—Más o menos lo que tu recuerdas, mis padres se divorciaron y mi madre y yo nos fuimos a Seattle a vivir con mis abuelos.

—¿A Seattle? —se interesó por saber más.

—Sí, mis abuelos son de allí, y después del divorcio mi madre no podía seguir manteniendo la casa... y bueno... han sido unos buenos años, aunque he echado mucho de menos todo esto

—miró a su alrededor con nostalgia.

—¿Y que te trae ahora por aquí?

—Trabajo. La empresa por la que trabajo abre una oficina aquí y me ofrecieron llevarla yo, y como comprenderás no podía perder la oportunidad de volver a la ciudad que me vio crecer.

—Claro. ¿Y como has..?

—¿Tu cumpleaños?

—Sí.

—Tu madre. Esta tarde he estado volteando por allí recordando viejos tiempos y al verme, tus padres que me han reconocido a la primera, me lo han dicho, que habías estado comiendo en casa y que te ibas porque te habían organizado una fiesta y que tú no lo sabías.

—¡Ops! Vaya con mis padres... ahora sé porqué mi madre me ha dejado ir después de comer sin poner resistencia —ella sonrió—. Pues sinceramente, ahora que sé quién eres —se acercó a él para susurrarle en el oído— pensaba que eras un sádico asesino o algo parecido —hizo un mohín—. Me alegro de que seas tú y hayas venido.

—Yo también me alegro de estar aquí, no sabes cuánto he echado de menos esto y no podía perdérmelo.

—Desde luego que no. Eres bienvenido siempre.

—Entonces, ahora que te acuerdas de mí ¿Podré invitarte a ese café?

—Por supuesto que ahora si... ahora que sé que no vas a asesinarme no nada por el estilo —rió y él la acompañó—. Siento haber sido tan estúpida.

—No te preocupes, ya está olvidado.

—¿Y donde te alojas ahora?

—He alquilado un pequeño apartamento en Brooklyn

—¿En serio? Yo también vivo allí.

—Pues a ver si vamos a ser vecinos otra vez.

—Quién sabe —guiñó un ojo— ¡oye! ¿Has visto ya a Ann?

—¿También está aquí? —miró en la sala buscándola

—¿Bromeas? ¡Claro! Raro sería si no estuviese. Vivimos juntas.

—No me sorprende. Eras culo y mierda, con perdón.

—Seguimos siéndolo. Ven.

Lo agarró del brazo arrastrándole detrás de ella.

—Vamos a saludarla.

Ann estaba en la otra punta de la sala hablando y riendo con todo el mundo. Era una chica muy “Relaciones públicas” y le encantaba hablar y mandar.

—¡Ann! ¡Ann! —le gritaba a medida que se acercaban a ella. Ann se giró de inmediato—. Mira quién ha venido, a ver si puedes reconocerle.

Ann miró al chico con vacile antes de abrir la boca.

—Ahora mismo no caigo —Jess se rió—. ¿Debo conocerle?

—¡Claro! Míralo bien. A mí también me ha pasado lo mismo, pero cuando te diga quién es caerás en la cuenta rápidamente.

—Pues lo siento. ¿Eres el de la clase de spinning?

—¿Clase de spinning? ¿Desde cuando haces tú spinning?

—¡Y yo qué coño sé! Es por decir algo

—Que idiota eres de verdad. ¡Es John!

—¿Que John?

—El hijo de Victoria, nuestra vecina en Jersey, la del copito de nieve y las luces —le recordó en voz baja en plan “Acuérdate de lo que le hicimos a copito con las luces” pero que no se entere nadie.

—¡Ostia! ¡Si me acuerdo! John... —rápidamente le dio un abrazo—. ¿Qué tal estás? Hacía años que no te veíamos.

—Bien muy bien la verdad, no puedo quejarme. ¿Y Tú que tal estás? Veo que has crecido bastante.

—He crecido igual que tú no te jode

—Que mal hablada eres a veces hija... —se quejó Jessica.

—¡Tú cállate!

John no dejaba de sonreír.

—Sí, pero tú has crecido para mejor y estás muy guapa —añadió.

—Gracias. Tú tampoco estás mal. Ya no tienes esos granos tan... asquerosos

—¡Jajaja! Es verdad tenías un montón —recordó Jess

—Gracias por vuestros cumplidos señoritas, y por hacerme recordar esas cosas. Pero por suerte la pubertad pasó a la historia.

—No te preocupes por eso – lo consoló Jess, todos teníamos nuestras cosas, Ann por ejemplo llevaba unos aparatos inmensos. Al sonreír iluminaba media calle.

—¿Cómo puedes ser tan... puta?

—¿Y tú como puedes decir tantos tacos en una misma frase? Pero que sepas que me encanta cuando me halagas así. Yo también te quiero. ¿Pero ahora me dirás que no tengo razón?

—¿Y tú qué? ¿Con ese tic que asustabas a todos los niños?

—¿Qué tic? ¿De qué coño hablas ahora?

—Ahora eres tú la que utilizas el coño para defenderte... Ese que tenías, que se te movía todo el cuerpo cuando alguien te hablaba.

Ann empezó a hacer gestos extraños como imitándola. Parecía más el baile de Michael Jackson en Thriller que un tic.

—¡Eso no era un tic!

—¿A no? ¿Y qué cojones era eso?

—Era un aviso para advertir a los demás que estaba en peligro.

—¡Si claro!, de muerte, no te jode... ¡Anda ya! Era un tic, y era para morirse de risa. —Ann volvió a imitarla burlándose.

—Me alegra que sigáis tan divertidas como siempre —intervino John divertido por la situación.

—Es nuestro pan de cada día —repuso Jess—. Pero mejor esto que cuando se pone en plan madre.

Eso no lo soporto—. Le dio un empujón a su amiga y Esta se lo devolvió

—¿Plan madre? Solo te doy consejos. Agradecida deberías estar.

—Claro que sí, mamá. No sé qué haría sin ti.

—Desde luego. —Ann dejó la conversación antes de que empezara a ir en serio. Se querían, pero si seguían por ese camino acabarían enfadadas de verdad aunque el enfado les durara unas horas. Jess se llevó a John a un lado de la sala para charlar un rato, tenían mucho que contarse y Jess ya estaba aburrida de hablar con los que habían asistido a la fiesta. Siempre era lo mismo y en ese momento le apetecía algo nuevo. Además Jess no era muchas fiestas.

John le contó cómo había ido su vida desde que se había ido a Seattle. Empezó en un nuevo instituto y le costó hacer nuevos amigos, pero al final consiguió los mejores amigos que cualquier persona desearía. De tales amistades conoció a su primera novia. Laisa, una chica formal de pueblo, rubia y de ojos azules. Una chica opuesta a John. Pero Jess se alegró por él. Le contó que la relación no duró mucho, ya que ella era muy independiente y de otro estatus que él y John no pudo soportar esa separación que se hacía cada vez más evidente. Se encontraba en otra liga diferente a la de ella, y prefirió dejarla antes de que fuera demasiado tarde.

Estudió publicidad y empezó a trabajar para una empresa conocida en la ciudad, empezó desde abajo pero gracias a su esfuerzo y perseverancia consiguió crecer dentro de ella hasta convertirse en director del departamento de Marketing. Con el resultado de su enorme trabajo, lo habían destinado a Nueva York para levantar una segunda marca en la ciudad. Se estaba preparando para ello y solo había que escuchar como hablaba para saber lo culto e inteligente que era.

Pronto llegó la hora de los regalos y el pastel. Cuando sus amigas la raptaron para tal actividad, Jess no pudo evitar suplicar a su nuevo y viejo amigo mediante una mirada de socorro que la ayudara a pasar ese bochorno. Para ella lo era. No le gustaba hablar en público, y menos aun cuando todo el mundo estaba pendiente de lo que hacía. era la protagonista de la fiesta, así que ese era el papel que le tocaba soportar. Este la sonrió dejándola ir para que cumpliera con su papel de cumpleañera.

Parecía una fiesta infantil, colocaron una silla en el centro y todos los amigos la rodearon para ver que le habían regalado. Empezó con el primero. Un pijama. Ideal. Un regalo absurdo ya que Jess dormía en camiseta, y cuando más vieja era mucho mejor, eso si no le entraban los picores y acababa sacándose todo quedándose desnuda en braguitas. Encima el pijama era rosa y con corazontitos.

Horrible para sus ojos. Dio las gracias por el detalle y lo dejó a un lado pensando en que parte del armario iba a posarlo nada más llegar a casa. El segundo regalo estuvo mejor, unas entradas para ver un musical unos días después de la fiesta. Habían dos, así que tendría que pensar con quien ir. Después de abrir cada regalo, cada uno de ellos revelaba de quien había sido para que Jess pudiera dar las gracias personalmente. Fue de uno en uno hasta abrir el regalo de sus mejores amigas. Estaba en un sobre de color verde pistacho con el nombre "Jessica ¡Te queremos!" en la parte delantera. Las miró y procedió a leer lo que había escrito en su interior.

¡Feliz cumpleaños Jessica!

Tus amigas te desean toda la felicidad del mundo, muchos éxitos y un gran amor que te acompañeen tus noches solitarias.

Queremos compartir contigo grandes momentos y crecer junto a ti en todos los sentidos, acompañarte en cada viaje y apoyarte en todo siempre que lo necesites.

Estamos muy orgullosas de ti.

Y nunca dejes de ser Tú.

¡Te queremos!

P.D: nuestro primer regalo es diversión, ¡a disfrutarlo!

Debajo de la nota había un billete de avión y un folio de reserva en uno de los mejores hoteles en la playa Cabo San Lucas.

Jess, que tuvo que mirar dos veces lo que había en el sobre, no pudo contener la emoción y se levantó de un salto para abrazarlas en grupo a punto de romper a llorar. El mejor regalo que le habían hecho en años. Las besuqueó y abrazó ya en lágrimas una a una dando las gracias por tal aventura por vivir. Estaba emocionadísima y en ese instante le entraron unas ganas locas de que llegara el día para realizar el viaje junto a sus queridas aunque a veces pesadas amigas.

Sin poder parar de sonreír, siguió abriendo los regalos que le quedaban con mucho más entusiasmo.

El último de todos, que nadie sabía de quién era, lo abrió con cautela. Era uno de los más grandes.

Cuando lo abrió miró a sus amigos confusa, y ellos la miraron a ella del mismo modo. Una caja vacía con un escrito en el interior.

Mi corazón es como una caja vacía

Llénela con la luz de tu sonrisa.

—¿Y esto? ¿Quién ha sido? —nadie supo que decir excepto John que se atrevió a decir algo.

—Yo no he traído ningún regalo, pero dudo mucho que ninguno supere a este...

—¿Lo dices en serio? ¡Es una caja vacía! —exclamó Ann.

—Es un mensaje de pocas palabras y con mucho contenido.

—Si tú lo dices...

Dejaron la caja y la conversación a un lado para seguir con la fiesta. Jess estuvo pensando en el mensaje de la caja un buen rato, pero con tanta bebida, ruido, música y risas no pudo seguir averiguando.

Bailaron hasta no aguantarse de pie, para Jess que no le gustaban las fiestas fue una gran noche. No podía más y solo deseaba volver a casa y meterse en la cama. Estaba destrozada. Pero sus amigos no habían tenido bastante y no dejaban de animarla para seguir con la fiesta en algún local de la ciudad. Se disculpó con todos y muy agradecida por el cariño recibido se despidió de nuevo uno a uno.

—Gracias por venir Samantha, me ha alegrado mucho verte. Espero que cuando vayas a tener el bebé me avises.

—Por supuesto Jessica, lo haré. Cuidate.

—Tú también.

Samantha era una amiga de la universidad. A sus 30 años también recién cumplidos, estaba esperando su primer bebé. Ella quería ser madre joven y tener un equipo de fútbol, con una casa en las afueras de la ciudad con jardín y columpios. De momento se tenía que conformar con el loft en el que vivía a dos meses de dar a luz.

—Gracias a vosotros también. Espero veros pronto —se despidió de una pareja amiga de la infancia.

—Cuando no estés tan ocupada para venir a vernos.

—No está tan ocupada —desveló Ann—. Solo que es muy vaga para coger el coche.

—¡No empecemos! —la empujó para poder seguir despidiéndose con tranquilidad —Os llamaré pronto, lo prometo—. Se despidió con un abrazo de sus amigos y cuando acabó con todos se dirigió hacia la puerta para acabar de despedirse de sus mejores amigas.

—¿Que vas a hacer ahora?

—Irme directamente a la cama

—¡Pero si es tu cumpleaños! Deberías quedarte tú aquí y no nosotras. Parece más nuestra fiesta que la tuya.

—Os lo agradezco muchísimo de corazón, de verdad —les hizo una carantoña—pero estoy molida.

No aguanto más y ansío mi cama como agua de mayo.

—Está bien. —Ann besó a la cumpleañera cansada— no me esperes despierta.

Le guiñó un ojo.

—No lo haré —se despidió de todas con la mano mientras salía.

—Mejor dicho, no me esperes ni mañana por la mañana, con un poco de suerte encontraré un lugar donde dormir esta noche.

—Está claro que lo encontrarás. ¡Mucha suerte! —le lanzó un beso y esta se lo devolvió. John que iba tras ella la acompañó en el taxi. Los dos vivían en el mismo barrio así que, qué mejor que compartirlo.

Ya en Brooklyn, el taxista hizo la primera parada en casa de Jessica. John al ver la poca distancia hasta su casa, pagó al taxista y bajó con ella.

—¿Vives muy lejos?

—Exactamente a unos 5 minutos de aquí.

—¿No prefieres ir con el taxi?

—No, así me da un poco el aire.

—Bueno pues, gracias por el viaje, y por venir a verme y esas cosas... ya nos veremos, ¿no?

—Claro. Cuando quieras —Jess se giró para subir las escaleras que la llevaban a la puerta de entrada—, estaba pensando —dijo al mismo tiempo en el que se paró—, si te apetece podemos quedar para comer mañana.

—Sí claro. Es sábado y no tengo nada que hacer aparte de no madrugar. Así nos ponemos más al día.

—¿A las 12 te va bien?

—Perfecto.

—Pues pasaré a buscarte entonces. —Hubo un silencio—. Descansa.

—Tú también John. Hasta mañana.

Jess entró en el portal y él se esperó a perderla de vista. Nada más entrar en casa se descalzó dejando los zapatos de tacón tirados por el suelo y se tiró en la cama como si fuera un ángel caído del cielo sin desvestirse ni nada. Se quedó traspuesta unos minutos, pero las ganas de ir al baño a orinar la hizo levantarse sí o sí. Recorrió el minúsculo piso a oscuras hasta llegar al baño, orinó y volvió a la cama, esta vez desnudándose en el camino. Se puso su camisa vieja de dormir y se volvió a dejar caer en la cama. Por haberse levantado, el sueño iba a costarle mucho más conciliarlo. Empezó a pensar sin quererlo y su cabeza de pronto despertó. Un montón de imágenes y conversaciones le venían en mente, una tras otra, de colores vivos e imágenes claras...

—No puede ser... ¡no puede ser!! —de un bufido se volvió a levantar a regañadientes y fue hasta la mesa del ordenador. Volvió a bufar con intensidad, enfadada y lo abrió. Estaba cansada, agotada y tenía mucho sueño. Pero la inspiración para su próxima novela había despertado de la nada y eso significaba levantarse y ponerse a escribir por muy cansada que estuviese o la inspiración expiraría durante la noche y lo que ahora imaginaba al día siguiente podía ser una simple imagen borrosa.

Empezó a escribir, pero a escribir de verdad. Una línea tras otra, sin parar, a toda máquina.

Necesitaba café, estaba en su mejor momento y no podía dejarlo estar ahora, debía aprovechar ese instante. Se levantó y preparó un buen café cargado, por si eso iba a durar toda la noche. No se lo podía creer, pero las palabras fluían solas. Quizás había sido por la fiesta, ver a tanta gente le había despertado los sentidos. Siguió y siguió hasta casi el amanecer. Cuando se quiso dar cuenta, su novela de tan solo 15

páginas se había convertido en 200. Nunca había hecho tanto en tan poco tiempo. Casi estaba a la mitad, y empezaba a imaginarse un final para ella. Un final digno para Júlia. La mujer sedienta de amor y perversión.

“Ella hizo todo lo posible por contener las lágrimas, pero al fin lo había conseguido. Después de experimentar el sexo en auge ahora le tocaba experimentar el camino del amor. Charles le habíapedido la mano de la forma más romántica que ella había podido imaginar jamás. Se arrodilló ante ella y mostró el anillo que los uniría para siempre. Entre sollozos de emoción, Júlia aceptó laproposición de su ahora ya prometido. Después de que él le introdujera el anillo, ella se abalanzósobre sus brazos y se fundieron en un dulce y tierno beso. Pero la fiera que llevaba dentro no dejabade aullar como el lobo aúlla a la luna llena, y frente aquella chimenea en la casita del bosque, con unanillo de oro blanco y diamantes en el dedo, Júlia empezó a desnudar a su prometido hasta fundirsejunto a él como nunca antes lo había hecho. Dejándose querer sin prejuicios, saboreando cada rincónde su piel como si fuera la primera vez, como si fuera el único en el mundo, como si ya su futuromarido la amase como nunca nadie ha amado a una mujer...”

Tocaron las ocho de la mañana. Y ahora sí, tremendamente agotada hasta ya no poder más, dejó de escribir y se metió en la cama esperando a que el despertador o su amiga Ann que como había visado esa noche no había vuelto, la despertara para acudir a su cita con John. Solo le quedaban 4 horas para reponerse y volver a estar perfecta. O casi perfecta.

Capítulo 5

Cuando el despertador sonó, Jess se sintió como si un tractor le hubiese pasado por encima. Solo había podido dormir 3 horas escasas y para ella fueron como 3 minutos. Con mucho esfuerzo se metió en la ducha y dejó caer el agua un buen rato. No sabía si eso la despejaba o si le haría el efecto contrario.

Al salir de la ducha y ver que iba a ser complicado salir con esos ánimos, encendió el equipo de música para espabilarse mientras se terminaba de arreglar. Miró su móvil por si Ann le había enviado algún mensaje, pero nada. Estaba claro que esa noche había ligado a no ser que Denise, la canguro oficial, la retuviera en su casa por haber bebido demasiado. Sonrió al imaginar eso.

Como todavía hacía calor, se vistió con unos tejanos cortos y una camiseta negra de tirantes, se alisó el pelo para después recogerlo en una coleta de caballo. Le apetecía ir cómoda y así era lo más acertado.

Mientras se terminaba de maquillar un poco para disimular las ojeras, John picó al timbre. Jess ya animada y contenta bajó en su busca.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —cerró la puerta y le dio dos besos en las mejillas.

—¿Que tal has dormido?

—¡Buf! Mejor no te lo cuento.

—¿Por qué? ¿Mala noche? —John se acercó a una moto aparcada y sacó dos cascos, uno se lo ofreció a ella.

—¿Vamos a ir en eso? —la señaló con gesto asustado

—¿Te parece mal?

—No lo sé... me dan un poco miedo.

—¿Miedo? ¿Me lo dices en serio? No tienes por qué tenerlo

—¿Y si nos caemos?

—También podemos ir andando y atropellarnos un autobús a la vuelta de la esquina.

—Te has despertado muy chistoso por lo que veo —lo miró irritada y le hizo un gesto vulgar con el dedo.

—Anda, sube —se carcajeó, él se sentó en la moto y esperó a que Jess hiciera lo mismo, pero ella no estaba muy por la labor, se acercó a la moto con cautela como si fuera un perro a punto de morderla.

Él, muy amable le quitó el casco de las manos y se lo colocó cuidadosamente, atándolo y ajustándolo a su cuello y cabeza. —Así está bien —le afirmó y le dio un manotazo al casco y la cabeza de Jess rebotó contra él.

—¿He de poder respirar? —bramó.

—¿No puedes respirar? —le dijo él con su casco puesto.

—Creo que no

Removió el casco colocándose bien.

—Tranquila que no vas a morir por esto. Sube —le ordenó, pero Jess se quedó parada.

—¿También quieres que te suba yo?

—No, no. Ya voy, es que no sé...

—Solo tienes que pasar la pierna por aquí —indicó— y sentarte. No es tan difícil, Ni hay que hacer un máster para saberlo.

—¿Ves cómo te has levantado chistoso? Ya sé que no hay que hacer un máster para subirse a esta dichosa moto, listillo, Pero perdona si no he montado nunca en una cosa como esta.

—¿Cosa?

—Moto.

—Si todo esto es por montarte en ella, no quiero saber lo que harás para bajarte.

—Idiota —masculló.

—Cógete bien. No vaya a ser que te caigas y tenga que dar parte al seguro.

—¿Y por donde me...? ¡Ahhhhh! —empezó a gritar. Antes de que Jess acabara de refunfuñar, John arrancó la moto y la puso en marcha. Era el único modo de hacerla callar. Corrieron a toda

velocidad por las calles de Brooklyn hasta salir de allí. Cruzaron el puente de Manhattan y condujeron durante un buen rato hasta llegar al destino elegido por John. Ohio. Durante el trayecto John no dejó de oír a su compañera de viaje refunfuñar todo el rato. No le hizo ni caso. En una ocasión creyó oírle decir que parara para ir al servicio, él ni se inmutó. Como si no estuviera. Jess si quería podía llegar a ser realmente pesada y cascarrabias.

—¿No me oías? —estaba mal humorada una vez bajaron de la moto.

—¿Oírte? ¿Qué es eso? ¡No ha habido ni un puñetero segundo en el que permanecieras callada!

—se quitó el casco mientras ella que ya había bajado de la moto a regañadientes controlaba su genio dándole golpes al casco.

—Te noto un poco enfadada...

—Enfadada no sería la palabra adecuada para expresarlo.

—¿Cuál sería?

—¿Me estás vacilando? —se acercó a él que seguía sentado con el casco bajo el brazo observándola y sonriente. —¿Se puede saber qué hacemos aquí? —quiso saber.

—Hemos venido a dar una vuelta.

—¿Una vuelta? ¿En el culo del mundo?

—No seas tan exagerada.

—¿Me estás hablando en serio?

—¿Y tú? ¿Te has tomado un café esta mañana? Ayer no eras así de borde conmigo, exceptuando los primeros minutos en los que pensabas que era un asesino en serie.

—Debes ser tú que me pone de mala leche —exclamó

—Pues relájate, que hemos venido a pasarlo bien. Ya quemarás adrenalina luego —se bajó de la moto y ella lo miró atónita con cara de póker.

—¿Cómo dices?

—¿Que pasa ahora? —quiso saber

—Repíteme lo que acabas de decir —le ordenó seria

—He dicho que te relajes, estás un pelín exaltada

—No, eso no, lo otro.

—¿Que otro? —empezó a acelerarse él.

—Lo de la adrenalina. —John alzó una ceja. No sabía por dónde le iba a salir ahora...

—¿Lo de quemar adrenalina?

—Sí.

John sonrió al verla venir.

—Pues eso.

—¿Cómo? O sea... ¿Que me has traído hasta aquí para echarme un polvo?

—Quién... —dejó el casco colgado del manillar y se acercó a ella bruscamente—, ¿quién ha hablado aquí de polvos? —la conversación estaba empezando a ser bastante estúpida.

—¿Ah no? ¿Y qué has querido decir con lo de la adrenalina? ¿Eh?

—Estás loca, ¿sabes? No sé qué te pasa hoy conmigo. Lo único que he querido decir es que vamos a jugar a un partido de baloncesto y te pido por favor que quemes toda esa energía que has estado guardando para mí.

Quedaron en silencio unos instantes.

—¿Baloncesto? ¿Quién? ¿Yo? —chuleó con varias preguntas seguidas.

—No, mi madre. Tú ¡Pues claro! —chuleó él también—. No quiero echarte un polvo, si es eso lo que te preocupa.

—No me preocupa —se relajó— pero... ¿Qué quieres decir que no quieres? ¿A caso no te parezco atractiva?

—Yo no he dicho eso. Estás muy pesada hoy chica, —la miró sin pestañear— Hoy no hemos venido

a eso —sonrió.

En verdad se lo estaba pasando genial a coste de ella.

—¿Hoy? O sea que...

—¿Quieres dejar ya de suponer tanto y de hacerme tantas preguntas? —la cogió por el brazo y la arrastró camino a la pista de baloncesto donde los estaban ya esperando— ¡Cállate! Disfruta y ¡vuélvete a callar! Solo llevamos 5 minutos aquí y ya me estoy planteando llamarte a un taxi.

—Capúllo... —susurró.

Anduvieron unos minutos más hasta que llegaron a la pista. Estaba en medio de un parque repleto de niños jugando en los columpios. En la pista que estaba al aire libre se encontraba llena, también de chicos y chicas calentando para un supuesto partido. Hacía tanto calor y tanto sol que algunos habían preferido tumbarse en el suelo de cemento para aprovechar el buen tiempo cogiendo un poco de color.

John presentó a Jessica a sus nuevos compañeros. 3 chicas sin contarla a ella y 6 chicos. 2 rubias de estatura y complexión normales, algo atléticas y muy jóvenes, de entre unos 25 a 28 años. La otra chica una morena más robusta y corpulenta, de unos 35 años más o menos, de aspecto más callejero que las demás. Los chicos que al parecer eran buenos amigos de John por las formas de saludarse y tratarse, tenían un aspecto diferente, a demás de callejeros como la chica morena, se podría decir que aparentaban un estatus distinto a ellas, uno superior respecto a sus trabajos y formas de vida. Jess en seguida conectó con ellos, estaba en su salsa. Eran extrovertidos, risueños, y unos grandes fanfarrones pero les podía ver el gran corazón que tenían. En cambio ellas no eran así, se las podía catalogar de hurañas, estúpidas, maliciosas y celosas, más y en concreto una de las rubias, Alice, las demás le seguían el juego como si estuvieran en el patio del instituto. Las más tontas detrás de la chica popular. Jess rápidamente captó el motivo de su estupidez, se notaba a dos leguas que le gustaba John. Su mirada provocadora y la sonrisa de pánfila la delataban. Después de las presentaciones y los calentamientos previos al famoso partido en el que John le recordó a Jess que debía quemar adrenalina, empezaron a jugar. Los dos nuevos y viejos amigos jugaron en equipos contrarios. Eso no le gustó a Alice, ya que en ocasiones se pudo ver el buen rollo que empezaba a surgir entre ellos. Jess se llevó algún que otro balonazo por parte de la chica huraña con la excusa de que había sido sin querer. Era evidente que no era así, después de que le lanzara sonrisas maléficas cuando los demás no la veían. Jess que lo estaba pasando bien, ya no solo por el partido, si no por enrabiarse a la barbie, se contoneaba y flirteaba con exageración para joderla aún más.

Desde el primer momento no se habían caído bien, y el juego de baloncesto estaba pasando a ser un juego de poderosas a ver quién de las dos podía más.

Ganaron ellos, y para celebrarlo abrieron unas latas de cerveza frías que llevaban en una nevera portátil. Jess que seguía en su juego provocador, se abalanzó contra John y se acurrucó lo más que pudo a él sin dejar de sonreír y mirar a su contrincante de reojo.

—¿Bien? —preguntó él.

—Muy bien, ya he descargado adrenalina —sonrió

—Se nota.

—¿Qué quiere decir que se nota?

—Se nota porque estás más mimosa. Antes estabas para darte una buena patada en el trasero.

—Capúllo —le dio un manotazo en el estómago

—¿Por qué siempre soy capullo?

—Siempre no, de pequeño eras gilipollas, con el tiempo eso ha cambiado —volvió a sonreír.

—Muy halagador por tu parte —suspiró—. ¿Quieres que nos vayamos o prefieres quedarte?

—¿Irnos? ¿Dónde?

—No sé, donde tú quieras.

—Me da igual, tú me has traído aquí. Lo dejo a tu elección.

John se levantó del suelo y empezó a despedirse de sus amigos con un choque de manos y dos besos para ellas, Y Jess hizo lo mismo agradeciendo el rato divertido que le habían hecho pasar. Prometió volver algún día, algo que a la barbie no le hizo mucha gracia. La pequeña muñeca se levantó para despedirse y se abrazó a él acariciándolo y sonriendo como si a Jess eso le importara. En cambio ella para sus adentros solo pensaba en lo patética que estaba siendo.

Me lo llevo pequeña, zorra asquerosa.

—¿Por qué no te quedas? —le preguntó con tono de súplica—. Hacía mucho que no te veíamos, y ya no contestas a mis mensajes... tenemos mucho que contarnos, como hacíamos antes...

—Gracias, Alice —le contestó mientras se apartaba de ella e iba a hasta Jessica—. En otro momento. Tenemos cosas que hacer —cogió a su vieja amiga de la mano y se marcharon de la pista dejándolos allí plasmados, incluyendo a la barbie malhumorada que se quedó con la boca abierta de la impotencia—. Vamos, iremos a comer algo. ¿Qué te apetece?

—No lo sé, me da lo mismo, escoge tú.

—Perfecto.

—¿Volvemos a la moto?

—No. Tengo un plan mejor, a ver qué te parece.

—¿Cuál? —quiso saber intrigada

—Vamos a comprar unos sándwiches en *Burns & Co* y plantaremos el mantel a lo *Pretty Woman* en el parque de la esquina.

—¿Lo dices en serio?

—¿Te parece mal? —se giró para mirarla y esperar su respuesta.

—No... —lo pensó—, solo que me has cogido desprevenida. Al decir que vamos a comer, pensaba

más bien en un restaurante.

—Si prefieres un restaurante conozco uno muy bueno cerca de aquí.

—No, no. Está genial el plan. Así tomamos también un poco el sol, y nos ponemos al día de todo.

—¡Perfecto! —volvió a tirarla del brazo, esta vez con más empuje. Compraron los bocadillos en el restaurante de comida rápida más famosa del pueblo, las bebidas y algo para picar por si tenían más hambre. Buscaron el mejor sitio del parque para plantarse sin mantel. No llevaban, pero eso no fue ningún impedimento para comer en el césped. John se descalzó y ella lo imitó. Estaban hambrientos y los bocadillos más los extras que habían traído empezaron a desaparecer poco a poco.

—¿Sabes una cosa?

—Qué.

—Me siento... rara

—¿Rara? ¿Por qué?

—No lo sé, supongo que por la situación.

—¿Qué situación? ¿Comer aquí? ¿O estar conmigo?

—Eso no lo tengo muy claro todavía. El hecho de reencontrarnos cuando la verdad de pequeños no éramos lo que se dice amigos, y el otro día en mi cumpleaños, el día de hoy... no sé. Todo quizás.

—Pero, ¿Rara en qué sentido? ¿Para bien o para mal?

—Para bien, por supuesto. Me siento cómoda contigo. Solo que no me imaginaba esto.

Se quedaron mirando unos segundos, ella al fin sonrió.

—Me gusta como sonríes —confesó él.

—Y a mí como sonríes tú.

—Pues a mí como sonreímos los dos.

—Pues a mí... me gusta como comes.

—¿Y cómo lo hago si se puede saber?

—¡Y yo que sé! Por decir alguna cosa... jajaja.

—¿Estás compitiendo conmigo como también lo hacías con Alice?

Jess abrió la boca, él la miró y sus ojos empezaron a brillar.

—Yo no estaba compitiendo —dijo con un hilo de voz.

—¿Estás segura? —vaciló y dio un último mordisco al bocadillo mientras intentaba esconder una leve sonrisa pícara.—me ha parecido ver que os estabais rebotando.

—¿Qué dices! —le lanzó su medio bocadillo como protesta—. Eres un... —se contuvo pero

John se adelantó

—¿Un Capúllo?

—¡Exacto! Yo no estaba compitiendo, la que creía estar jugando era ella. Yo solo seguía el juego para hacerla enrabiar.

—Ya veo que no te ha caído bien

—¿Bromeas? —Jess se soltó el pelo para volver a cogérselo. Esos gestos denotaban nerviosismo.

—Es una estúpida arrogante, mal educada, imbécil, creída, más creída aun, malvada —apretó sus manos furiosa.

—¡Vale, vale! Ya me ha quedado claro. Relájate o tendremos que volver a la cancha. No te preocupes, a nadie le cae bien Alice y viceversa.

—A nadie menos a ti —le espetó

—¿Por qué lo dices?

—No me tomes por estúpida, se nota que te gusta esa chica. Estamos en medio de un parque, en Ohio, en el césped, descalzos, y después de tantos años, hemos jugado a un partido de baloncesto.

Créeme, puedes decírmelo.

—Hahaha! —se rió— pues estás muy equivocada señorita.

—¿Estás seguro Jhony? —intentó imitar la voz y los gestos de la barbie.

Él se volvió a reír.

—Por supuesto que estoy seguro. Sí que debo reconocer que me enrollé con ella el pasado año, pero no fue más que un par de noches tontas y de bajón por mi parte.

—¿En serio? ¿En serio te has enrollado con esa pánfila?

—Sí —hizo un mohín vergonzoso— reconozco que fue un tremendo error.

—Te acompañé en el sentimiento.

—Gracias, un gran gesto por tu parte. Pero no te creas que fue tan mal. Es realmente buena en la cama.

—¿Vas a contarme los detalles?

—¿Quieres oírlos?

—No —dijo seca y rotunda con cara de pocos amigos—. Es evidente que no “Jhony” —remarcó.

—Como quieras...pero te pierdes una gran historia.

—¡Puagh! Estoy segura de ello...

—Hablando de historias. Cuéntame las tuyas...

Jess se recolocó en el césped apoyando sin permiso alguno y como si fueran los mejores amigos del mundo su cabeza en las piernas de él en modo almohada posando el cuerpo dirección al sol, por su parte John ni se inmutó por el atrevimiento de la joven.

—¿Que quieres que te cuente?

—Lo que tú quieras contarme.

—Pues, trabajo en una pastelería, escribo cuando puedo, vivo con Ann, tengo 30 años, cada día estoy más loca, me cuesta llegar a fin de mes, me encanta la música, me apetece viajar, ver mundo... Soy un desastre en el campo amoroso, hace meses que digo de ponerme a dieta pero nunca lo hago. Muchas veces me levanto de mal humor. Soy cabezota y optimista al mismo tiempo —alzó su mirada hasta encontrarse con la suya—. Este es un pequeño resumen de mi vida.

—No está mal.

—Gracias —se hizo el silencio.

—¿Pero por qué dices que no tienes suerte en el amor?

—Porqué es así. ¿Y por qué el cielo es azul?

—El cielo no es azul —la rectificó y ella lo miró arqueando una ceja—. El color del cielo es el resultado de la radiación difusa, una interacción de la luz solar con la atmósfera.

—¿Me estás vacilando?

—No. Es que es así

—¿Estamos en clase de astronomía y no me he dado cuenta?
—¡Lo estamos! —exclamó riendo—. Solo he matizado lo que has dicho...
—Es un dicho, una frase hecha, no hacía falta matizarla.
—Por si no lo sabías.
—Gracias, hoy dormiré más tranquila sabiendo esto, señor universitario.
—Eso espero —golpeó suavemente su cabecita en modo de aprobación—. Pero dime, no me has contestado aun. —¿Por qué no tienes suerte en el amor?
—El día que lo averigüe serás el primero en saberlo. ¿Y tú? ¿Tienes suerte en el amor?
—Tampoco.
—¿Y eso?
—No he encontrado mi alma gemela todavía. —Jessica se levantó para ponerse a su altura.
—No existe el alma gemela.
—¿Como que no?
—Pues eso, que no existe, es algo que alguien se ha inventado para que te pases la vida buscando tu otra mitad, pero en realidad no hay nada.
—Claro que lo hay. Solo tienes que saber buscar y tener la suerte de encontrarlo.
—A ver, para ti ¿qué es el alma gemela? —quiso saber.
—¿Para mí? Una persona acorde a uno mismo, alguien con quién puedas compartir tu vida y sonreírle día a día.
—Eso es muy difícil de encontrar.
—Difícil no quiere decir imposible —volvió a contestar—. ¿Tú qué clase de hombres buscas?
—¿Yo?
Lo pensó unos instantes, era una pregunta que no se había hecho nunca
—Creo que lo único que pido es que me quiera, que me trate bien, y sea ante todo mi amigo. Pienso que eso es un factor muy importante para que vaya bien una relación. La confianza de poder contarle todo y ser entendida.
—¿Y físicamente?
—No me fijo mucho en el físico. Valoro muchas cosas más que eso. ¿Y tú? ¿Qué clase de mujer buscas? ¿Una Alice?
—Alice sólo fue una diversión. No me gustan esta clase de mujeres. Prefiero más alguien como tú.
—¿Y cómo soy yo? —empezó a tener curiosidad de saber por lo que le acababa de decir.
—Tienes algo especial —empezó a decir—, pero no sé muy bien que puede ser, de pequeña ya eras especial, y ahora creo que lo eres más todavía. No lo sé, no me preguntes exactamente que es por qué no sabría qué contestarte. Tan sólo hace unas horas que nos hemos reencontrado y no puedo basarme solo en la infancia —prosiguió—. Pero déjame algo de tiempo para conocerte más profundamente y me lo vuelves a preguntar dentro de un tiempo —concluyó.
—Me parece bien. Estoy contenta de que vinieras a verme, creo que vamos a llevarnos muy bien.
—Hay química.
—Tampoco nos pasemos ¿Eh? —sonrió de manera angelical—. ¿Sabes en que he estado pensando desde que te vi?
—¡Sorpréndeme!
—Te pareces a un actor —añadió Jessica mientras lo observaba detenidamente.
—¿Qué actor? —preguntó sorprendido.
—Te pareces mucho al actor Liam Hemsworth, con la barbita así de dos días —tocó su barbilla—.
Y la sonrisa... como en la película la última canción, pero con barba— sonrió al ver la cara que ponía su amigo.
—¿Ese chico es guapo por lo menos?
—¡Claro que lo es! —exclamó—. ¿No sabes quién es verdad?
—No. Ahora no caigo.

—¿Entonces eso es que nunca te lo habían dicho?

—La verdad es que no. Sí que me habían dicho que era igualito a Brad Pitt, pero...

—¡Y un cuerno! —saltó ella—. Para nada, quien te lo haya dicho no sabe de quién habla. Liam es mucho más guapo para mí.

—Gracias por el cumplido. —John se recolocó y se puso más cómodo. Las piernas empezaban a dormirse—. ¿Sabes a quién te pareces tú?

—¿A quién?

—Anne Hathaway.

—Sí claro...

—Te lo juro.

—¿En qué si se puede saber?

—En el pelo, los ojos grandes y castaños, la boca grande y la sonrisa, el tono de piel, la forma de tu cara... En muchas cosas. Te das un aire a ella.

—¡Woow! pues me parece una mujer muy elegante y guapa.

—Lo es.

Los dos amigos, se quedaron un buen rato más tumbados en el parque, cambiando de posición a medida que se dormían partes de su cuerpo que ni siquiera sabían que existían hasta casi la caída del sol.

El tiempo pasó tan deprisa que no se dieron cuenta ni de la hora que era. Cuando miraron el reloj sorprendidos, entre los dos decidieron quedarse a dormir por allí para no volver a casa a esas horas.

Jessica llamó a su compañera y amiga Ann para contarle donde estaba y que no se preocupara. Después de salir del parque, fueron a cenar no muy lejos de allí. Una pizzería de lo más coqueta en una de las calles principales fue el destino escogido por los dos. Cenaron como si fuera a haber una guerra inminente, pidieron de todo y más. Pasta, Pizza, cervezas, patatas... La mesa estaba llena y aunque tenían hambre y el tiempo se les pasaba volando juntos, sobró bastante comida. Después de una riquísima cena, salieron a dar una vuelta a plena luz de la luna. Se sentían tan cómodos que no tenían prisa por acabar el día, y siguieron hablando y hablando para conocerse mejor de lo que ya se conocían. Pasada la media noche, acudieron a un hotel cercano. En principio John solicitó dos habitaciones, pero Jess cambió la reserva por una sola. No porque pensara en hacer nada esa noche, si no porque de ese modo podrían seguir hablando, y ella no se sentiría tan sola en un sitio desconocido.

Jess le explicó lo que le había pasado con su hombre misterioso, reconoció que en el fondo le gustaba, pero que había algo raro en él que no sabía descifrar. También le contó los problemas que tenía para acabar o mejor dicho seguir con su novela. Debía entregar unos capítulos antes de una fecha límite y no había forma de seguirla, no estaba inspirada.

Hablaron sobre el viaje que las amigas de Jess le habían regalado, estaba emocionada por ello pero no tenía muy claro cuando iba a ser ese viaje. Ni siquiera miró la fecha del billete de avión. Hablaron de tantas y tantas cosas, de cuando eran pequeños, las putadas que Ann y Jess le hacían al pobre John, y lo paciente que él había sido con ellas, de las aventuras callejeras en las tardes de verano, cuando se inventaban historias y las vivían como si fueran ciertas, o de cuando un año, en la fiesta de cumpleaños de John, ellas que habían sido invitadas entre otros niños de la calle, organizaron un plantón para que nadie fuera. No lo hicieron con mala intención, y aquella tarde se rieron hasta no poder más, pero ella lo que no sabía era como habían hecho sentirle a él, y esa misma noche lo supo. Le dio tanta pena y se sintió tan mal por ello, que no dejó ni un segundo de disculparse por eso y por todo lo que le hubiesen podido hacer en el pasado. John, ni siquiera le dio importancia ahora que ya todo había pasado, aceptó que eran cosas de críos y que ya no se lo tenía en cuenta.

En la conversación salió el hermano de John. Jess casi no lo recordaba. Recuerda que era un chico también reservado y mayor que él, pero que nunca salía a jugar y siempre estaba dentro de casa. John le explicó que él había tenido más suerte en la vida y que empresarialmente había triunfado. Vivía en Nueva York, y su fortuna ascendía a los 5 millones de dólares. Jess se quedó

con la boca abierta.

A John tampoco le iba tan mal, no era millonario como su hermano, pero no se podía quejar. La relación entre ellos era casi nula. Cordial más bien en las ocasiones pertinentes y familiares.

Su trabajo era lo que más le gustaba. Dedicaba muchas horas a ello y le apasionaba lo que hacía. Una de las razones por la cual decidió aceptar la oferta de llevar las oficinas en la gran ciudad fue el poder volver a sus raíces. Su madre, algo que Jess no descubrió hasta ese momento había fallecido hacía poco a causa de un cáncer y él tenía la necesidad de salir de donde estaba. Ella lo lamentó muchísimo y en la conversación se percató de lo triste que estaba en el fondo. Seguía siendo reservado como cuando eran pequeños, pero ese día dejaba entre ver una pequeña ranura de cómo podía ser en realidad.

A altas horas de la noche, en medio de la conversación, cada uno en su cama, uno de los dos se quedó dormido primero y el otro le siguió al instante. Los dos cayeron en un profundo sueño, y no fue hasta media mañana que un sonido ensordecedor que provenía del piso de abajo les despertara.

Ronronearon un rato en la cama, recordando el día anterior. Los dos estaban resplandecientes y mostraban grandes sonrisas. Seguían estando cómodos, más incluso ahora que la noche pasada.

Después de vestirse, ya que habían dormido en ropa interior, los dos bajaron a buscar algún sitio donde comer algo. Esta vez solo fue un café para despejar la preciosa mañana que lucía aquel día.

Después de ello, volvieron a subirse en la moto y partieron de camino a casa. El viaje fue tranquilo. Jess sin mediar palabra se agarró a su cintura y dejó apoyada su cabeza con el casco en su espalda mientras observaba el paisaje de vuelta.

Ya en la puerta, se despidieron con un abrazo tan fuerte, que los dos sintieron la necesidad de volverse a ver. Habían conectado, y ellos lo sabían.

Ya en casa, Jessica le contó a Ann a medias lunas lo que había hecho mientras había estado fuera. Su amiga que seguía sorprendida por la aparición de su antiguo vecino, no entendía por qué había decidido irse y pasar la noche fuera con él y menos aun después de su cumpleaños. Para más sorpresas, Ann le entregó un paquete a Jess de remitente desconocido.

—¿Cuándo lo han traído? —quiso saber intrigada.

—Ayer a media tarde.

—¿De quién es?

—No lo sé. Ábrelo y lo averiguaremos. —Abrieron el paquete con suma delicadeza y con intriga, como en las películas de terror cuando el protagonista que va a ser asesinado ha de abrir un paquete del propio asesino. Dentro de la caja, una nota y otra caja aún más pequeña con el nombre *Tiffany&Co* grabada en ella. Un colgante precioso de oro blanco con zafiros azules. Minimalista, embriagador, y caro de la hostia. —¡Estoy flipando! —se aventuró a decir Ann con la boca abierta.

—Anda que yo...

—Lee la nota.

—¡Voy! ¡No me des prisas! —abrió el sobre y empezó a leer la breve nota para que también lo oyera su amiga que estaba más atenta que nunca.

Me encantaría volver a cenar en tu compañía, esta vez sin malos entendidos. Pasarán mañana a recogerte a las 8 en punto.

—Ya sé de quién es —le dijo a su amiga mientras guardaba el colgante en la caja de origen.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡James! —exclamó envuelta de felicidad.

—¿Y cómo sabes que es él? —quiso saber Ann

—A ver Annie, ¿Quién me llevó a cenar y salió mal? ¿Quién me dijo que era millonario? ¿James no?

—su amiga asintió—. Pues ya está, no puede haber otro, además la nota lo dice bien claro.

—¿Entonces... el que te envió la caja vacía por tu cumpleaños también era él?

—¿Por qué piensas eso?

—La caja —señaló—, es idéntica, y porque además, que yo sepa no tienes ningún pretendiente más
¿no?

—No —dijo rotunda— Pero de enviar una caja vacía a enviar un collar de *Tiffany's* hay unos 2000 dólares de diferencia.

—Que sea millonario no quiere decir que todo lo que haga sea con dinero, digo yo.

—Tú lo has dicho, es millonario, y esta clase de gente no sabe hacer nada sin dinero.

—Yo no estaría tan segura, igualmente puedes preguntárselo luego.

—No voy a ir.

Parecía convencida.

—¡Claro que vas a ir! —añadió su amiga obligándola—. Tienes que ir.

—Dame una sola razón por la que tendría que ir a esa cena.

—Por qué te gusta. Y te gustó el beso que os distéis y ¡porqué te lo digo yo! Y espabila que ya casi es la hora.

—¡Acabo de llegar! Estoy muerta, ¡y quiero escribir!

—Ya lo harás mañana.

—Mañana trabajo —le recordó con cara de pánfila.

—Y pasado también, y el otro... ¡qué más da! Aprovecha ahora. Ponte guapa y disfruta de la cena que después tienes mucho que contarme. Además, la excusa de escribir no me vale. Has estado días sin escribir una puta línea, ahora no te viene de esperar unas horas.

Tenía razón.

A regañadientes Jessica fue a ducharse sin poder lavarse el pelo. No le daba tiempo para el típico ritual de peluquería. Se vistió con su mejor vestido y antes de acabar de maquillarse un poco para tapar las ojeras que le llegaban a la cintura, la avisaron de que James la estaba esperando en el portal.

Nada más salir vio un coche aparcado en la acera. El chófer le abrió la puerta del Mercedes negro metalizado con los cristales tintados y ella se subió en la parte trasera esperando a que la llevaran a saber dónde.

El viaje duró una media hora aproximadamente. Llegaron a la puerta de uno de los hoteles más caros de Nueva York, el hotel *Four Seasons*. Nada más salir del coche, el elegante James Cooper estaba esperándola. No pudo evitar ruborizarse al verle ahí plantado esbozando una blanca y grandiosa sonrisa por su aparición. Extendió su mano para que ella la cogiera y la besó con un suave y tierno beso en los labios. Sin mediar palabra, ninguno de los dos, le posó su brazo en el suyo y entraron por la puerta principal del hotel. En la recepción, un elegante y educado camarero les ofreció una copa de champagne para empezar la velada. Acto seguido una hermosa mujer trabajadora del hotel los acompañó al restaurante y los acompañó hasta la mesa.

¿Pero quién diablos se piensa este que soy yo? Empezó a pensar Jessica al ver donde estaba metida.

¿Aquí trae a todas sus putitas? ¿No le quedó claro la otra vez que no me gusta que fanfarroneen con el dinero? Si piensa que así puede llevarme al huerto lo tiene claro, un collar de zafiros, un hotel y cena de lujo... ¡En un hotel! ¡Otra vez!

—Me alegro mucho de verte —dijo James mostrando la misma sonrisa de antes bajo un susurro. Jessica bajó de sus pensamientos inmediatamente.

—No quiero ser estúpida ni mal educada —empezó a decir Jess—. Pero ya te dije que a mí esto de los lujos no me gusta. Me hacen sentir incómoda.

—Lo último que quiero es hacerte sentir incómoda.

—Pues no vas por muy buen camino —le advirtió.

—Lo siento. Solo quería volver a verte.

Hubo una pausa bastante larga. James no dejó de mirarla ni un segundo, pero ella que de verdad se sentía incómoda no dejó de mirar hacia todos lados.

—Estás preciosa —la volvió a interrumpir de sus pensamientos.

—Gracias, James —agradeció sinceramente—. Mira, sé que lo has hecho con buena intención, eso no lo pongo en duda, pero aparte de hacerme sentir incómoda, y no precisamente por ti —aclaró—. Si no por esto —señaló revoloteando la mano mostrándole cada rincón del restaurante— no quiero lujos. No intentes comprarme. No estoy acostumbrada a ellos, y no por qué me pagues una cena que cuesta más que dos meses de alquiler de mi piso vas a conseguirme, si es eso lo que pretendes. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Y lo siento si te he dado esa sensación. —Volvió a decir— si quieres nos podemos ir.

—No quiero hacerte el feo ni hacerte sentir mal.

—No lo harás —aseguró. —Me apetece estar mucho contigo de cualquier forma, el donde no tiene importancia. Solo que yo me muevo por estas alturas y es donde estoy como pez en el agua. Pero sin ningún problema, nos marchamos. Lo único que quiero es que estés bien y a gusto conmigo.

—¡Joder!

Bufó

—Mira, vamos a hacer una cosa. Hoy nos quedamos aquí ya que lo has organizado así, pero la próxima vez te llevo yo a cenar. ¿Te parece?

—Me parece perfecto —aceptó el hombre misterioso.

Capítulo 6

La velada no fue tan mal como ella había esperado. A mitad de la cena, los dos se empezaron a soltar y la conversación pasó de ser tensa a amena. Jess que dejó claro que no le gustaban los lujos y lo recalcó varias veces durante la velada dejó que su personalidad saliera aun encontrándose en un restaurante caro.

—¿Desean alguna cosa más los señores? —preguntó el camarero que se encargaba de esa misma mesa.

—¿Te apetece algo más? Preguntó James a Jessica dándole total libertad para pedir lo que más le apeteciera.

—No gracias. Bueno... sí, ¿Podría traerme una coca cola? —al decir eso inmediatamente miró a James, él sonrió como llevaba haciendo toda la noche.

—Por supuesto señorita. Ahora mismo.

—Gracias. —contestó Jess y siguió comiendo la ensalada de verduras y frutas exóticas que había pedido. —Dime una cosa James. ¿Fuiste tú quién me envió a mi fiesta de cumpleaños una caja vacía?

—Sí.

—¿Y el motivo? —Jess abrió la boca para comerse un trozo de piña pero se le cayó al suelo. Antes de que pudiera agacharse para recogerlo, un camarero salió de la nada y se adelantó a ella para recoger el trozo. —Gracias —solo supo decir— y el camarero volvió a desaparecer.

Volviendo al tema

—¿Por qué la caja?

—El mensaje era bien simple Jessica. Sé que no te conozco pero eso es lo que más deseo hacer.

Y

mi regalo era una forma de hacértelo saber. Simplemente.

—He de reconocer que me extrañó y que en ningún momento pensé en ti, pero ahora que lo sé, te lo agradezco, sobre todo porque fue un regalo sin coste alguno.

—De eso doy fe. Estaba vacía —carcajeó

—Lo vi —ella lo acompañó en la carcajada.

—Me hubiese gustado verte la cara en aquel momento.

—Puedo asegurarte que era la misma que tengo ahora.

Jess para romper más el hielo y dejándose llevar dejó salir a la payasa que llevaba dentro e imitó una cara de pasmarote para que él pudiera verla. Los dos rompieron a reír, y aunque James paró de hacerlo en seco, ella no pudo evitar seguir sin poder parar por lo que acababa de hacer. En cambio él solo podía observarla sin parpadear.

—¿Por qué me miras así?

—Me gusta tanto mirarte...—el susurro cada vez era más ilegible—. Me gusta tanto tu sonrisa, que podría estar mirándola eternamente.

Jess se quedó paralizada ante esas palabras. Nadie nunca le había dicho semejante cosa sobre su sonrisa ni sobre ella. No supo que decir. Pensó qué podía contestar, pero ni aun siendo escritora con la imaginación que normalmente tenía, menos en esos momentos de su vida, supo encontrar una respuesta a tal halago.

Menudo bloqueo.

—Estoy seguro que enamorarse de ti puede ser tan fácil como respirar.

—La palabra amor son palabras mayores —consiguió decir al mismo tiempo que tragaba saliva.

Cogió el vaso con coca-cola que le habían servido sin darse cuenta y dio un trago largo y fresco intentando coger aire.

Lo necesitaba.

—Hay que estar muy seguro antes de pronunciarlas —consiguió decir.

—Nunca he estado tan seguro de algo como lo estoy ahora Jessica.

—Hay veces en las que uno se confunde. Y es normal...

—Yo nunca me confundo. Sé lo quiero y lo que no quiero a cada momento. Soy un hombre de negocios.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que sé cuándo hay que decir las cosas. Y cuando están seguras para decirlas. Si no ¿De qué iba yo a tener tanto dinero?

Ya volvió a salir el tema del dinero. Jessica detestaba eso.

—¿Un golpe de suerte quizás? —dijo disimulando su malestar.

—No existe la suerte.

—No lo sé si existe. Por desgracia yo no suelo tenerla, así que no te puedo decir más-

—Te lo digo yo que no existe.

—Si tú lo dices... será verdad.

Quiso cambiar rápidamente de conversación ya que volvía a tornarse un poco tensa, pero James no estaba por la labor.

—Puede que te parezca mal lo que te voy a decir, pero créeme que no lo tenía planeado así — abalanzó su cuerpo contra la mesa para poder acercarse más a ella—. Si pudiera pedir un deseo, pediría pasar toda esta noche contigo.

—Vale, ¿me estás diciendo que de mí sería fácil enamorarse para luego soltarme que quieres pasar la noche conmigo? ¡Muy astuto James! —se enfadó de nuevo haciendo el gesto de levantarse como la vez anterior, pero él la agarró del brazo y la volvió a sentar de un tirón.

—No seas cabezota. No me has entendido. Y ya veo que nuestra relación se basa en malos entendidos.

—¿Qué relación? No te confundas James, no tenemos ninguna relación.

—En el momento en que dos personas entablan una conversación sea por el motivo que sea ya tienen una relación. La palabra relación no significa ser pareja, hay muchas variantes sobre esta palabra.

A Jess esa matización le recordó a la que le hizo su viejo y nuevo amigo John justamente unas horas antes, con la diferencia de que en el día de ayer se la tomó en broma y esta la había irritado aún más de lo que ya estaba.

—Para que te enteres, señor de los negocios, para mí, relación es la de pareja, si tengo cualquier conversación con cualquier tipo de persona o personaje como tú, lo llamo conversación. Y para que sepas también, a mí con esos jueguecitos de niño rico y palabrería no me van a servir para que me echés un polvo y luego me torees a tu antojo como debes hacer con tus amiguitas. Creo... —y acabó por concluir—. Que te confundes de persona a la hora de tratarme de este modo.

—Tu opinión me parece bien, perfecta si me dejas agregar. Pero por mucho que lo intentes negar, y por mucho que quieras hacerme ver como un ogro, sigo diciendo que me estoy enamorando de ti, y que desearía pasar la noche contigo para poder besarte y acariciarte todo el tiempo que me sea posible, sin ninguna intención de nada más.

—Todos tenéis alguna intención, no existe hombre que se conforme con una caricia en la palma de la mano.

—Te equivocas, como te equivocas en otras muchas ocasiones, yo no soy así. Yo no. Y debo decirte, que para mí, soltar esta palabrería como tú dices es de las cosas más difíciles que he hecho últimamente.

Porqué yo no soy hombre de enamorarme, y menos de decirlo. Porqué si yo quiero, puedo sacar un puñado de billetes y follarme a la mujer que quiera. Pero a ti no, —continuó— no quiero follarte. Quiero sentirte que es algo muy distinto. Y es una pena que me catalogues de algo que no soy, sin conocerme, solo porque me hayas visto con chófer en un Mercedes, o te haya traído a cenar a un restaurante caro.

Caro no, carísimo. Pero no me importa el dinero. Nunca me ha importado. Y por estar un rato contigo soy capaz de tomarme un café en la pastelería más escondida de Brooklin haciendo ver que estoy leyendo un puñetero periódico al que ni siquiera le echo el ojo en ningún momento.

Esas palabras la dejaron blanca como el marfil y dura como una piedra en la cómoda y rígida silla acolchada.

—No puedes estar enamorándote de mí, ni siquiera me conoces.

—No me ha hecho falta conocerte. Me he enamorado y ya está. —Su voz se había tornado más brusca y un pelín furiosa. —¿De verdad crees que haría todo esto por un simple polvo?

—No lo sé. No puedo pensar por ti.

—Te aseguro yo que no. Y si a ti te molesta que te traiga a sitios lujosos, a mi molesta que pienses eso de mí.

—Lo siento si te ha molestado. Pero esa es la sensación que tengo cuando de repente me sueltas eso.

Tienes que entenderlo.

—Lo entiendo. Pero entiéndeme tú a mí.

Jess intentó suavizar las cosas

—Hagamos una cosa, dejemos a un lado esta conversación para no seguir recriminándonos y acabemos de estropear la velada. No sería justo para ninguno de los dos, y disfrutemos de la noche, sigámonos conociendo y ya veremos qué pasa.

—Me parece bien. Pero contéstame a una sola cosa —James cogió la mano de Jess—. ¿Sientes algo por mí?

—Esa es una pregunta complicada...

—¿Lo sientes o no? Es así de sencillo, porque lo que sí que no voy a hacer es arrastrarme para que luego me des la patada. —James retiró su mano de la de Jessica y se dejó caer en la silla. Era la primera vez que lo veía comportarse como un niño pequeño al que su madre no le daba lo que pedía.

—En ningún momento he dicho que no me gustes. ¡Claro que me gustas! ¡Mucho! Si no, no estaría ahora aquí. Pero hay algo en ti que no me acaba de hacer... y tampoco te conozco.

—No te preocupes. Con saber que te gusto me es suficiente. —James sonrió pero esta vez de distinta forma que las demás veces, como si no estuviera contento del todo —¿Nos vamos? —ni siquiera esperó a pedir la cuenta, se levantó sacando la cartera de su americana y dejó un puñado de billetes en la mesa.

—¿A dónde vamos?

—Te llevo a tu casa.

—Pero... ¿y la cuenta?

—No te preocupes por eso, con esto habrá más que suficiente. —Al ver todo el dinero tirado en la mesa, Jessica pensó en las virtudes de tener tanto dinero y poder dejar en la mesa de un restaurante una cantidad de esas características incluso sabiendo que con lo que iba a sobrar de ahí podía pagarse un viaje a Punta Cana o dos meses de alquiler. Ella también se levantó y lo siguió hasta la salida del restaurante, cuando llegaron a la recepción Jess actuó de forma imprevisible y se dejó llevar por el momento. Cogió el brazo de James que caminaba a unos centímetros por delante, lo giró hacia ella tirándolo a su vez y sin que él se lo esperara lo besó apasionadamente. Dejó que sus dedos se entrelazaran entre su fino y oscuro cabello y de golpe sintió la necesidad de probar el tacto de su cuerpo contra el suyo. El beso duró unos segundos, lo suficiente para que James, al apartarse de ella unos milímetros quedará tan o más sorprendido que ella por lo que acababa de hacer. Sus ojos se tornaron un negro oscuro acompañados de un brillo profundo y cegador. Su respiración acelerada y sus manos temblorosas hacían de aquel hombre misterioso una persona vulnerable con una máscara para esconder su propio ser.

—¿Y esto? —jadeó aun sin poder creerlo.

—Me apetecía —le confesó en un susurro—. Puede que te parezca raro lo que voy a decir

—James abrió los ojos a la espera—. Pero, no sé porqué de repente, me apetece mucho pasar esta noche contigo

—ella sonrió y él siguió mirándola profundamente.

—¿Estás segura? No quiero que te sientas... obligada.

—Ahora mismo no me siento así, todo lo contrario. Me siento libre para decirte lo que quiero. Si me sintiera obligada descuida que te lo diría.

—Me lo creo —sonrió él también después de escucharla—. ¿Quieres que subamos a una habitación?

—¿No tenías ninguna reservada?

James que iba a besarla otra vez, apartó bruscamente su cara de la de Jessica.

—¿Todavía no me crees? —se apresuró a decir.

—Sí te creo. Perdona. —James pasó su dedo índice por sus labios mojados y manchados de carmín

—. Subamos a una habitación.

—No es por lujos, pero, ¿te apetece que pidamos la suite con vistas a la ciudad? Sé que no te gusta, pero es la que tiene mejor vistas.

—Sólo por esta noche me parece bien.

—Estupendo —volvió a sonreír sutilmente y fue a la recepcionista a pedir la llave de la suite.

En el ascensor, no dejaron de mirarse, y Jessica recordó la escena de su libro con un hombre parecido a James, trajeado y algo misterioso. Sonrió para ella misma recordando también la misma escena de sexo imparabile y explosivo que provocaba Júlia con su sed sexual. Ese recuerdo le provocó al mismo tiempo una sed parecida que la hizo empotrar a su hombre en aquel instante contra la fría y metálica pared del ascensor.

Se dejaron llevar lo justo. Esa escena había sido un pre calentamiento a lo que podía suceder dentro de la habitación.

Una vez dentro, los dos se abalanzaron el uno al otro para seguir besándose. Él que parecía un hombre de polvos rápidos convirtió esa noche en una noche mágica, cálida y sensual para los dos, dejando que cada momento hablara por sí solo mientras ellos disfrutaban del calor que desprendían.

—¿No crees que hace calor para encender la chimenea?

—Es artificial. No da calor si no quieres, pero nos da el lujo de poder contemplar el reflejo de la luz mientras observamos estas maravillosas vistas. —James colocó por encima de Jessica que permanecía desnuda bajo la sábana, mientras que él hacía lo mismo con otra. Se sentaron en la terraza y se acurrucaron para mantener el calor corporal que seguían desprendiendo.

—No es por aguar la fiesta, pero yo mañana trabajo.

—Si quieres puedo llevarte ahora a casa, o quedarnos a dormir y llevarte al trabajo por la mañana.

—Nos quedamos, pero mejor me llevas a casa para darme una ducha antes —le suplica con morritos James no puede evitar morderse el labio con la mirada fija a su boca.

—Claro, pero aquí tienes ducha, jacuzzi y bañera por si no quieres madrugar para ir a casa.

—¿En serio?

—Sí.

—No estaría mal un baño de espuma. Pero así también puedo cambiarme de ropa y coger el uniforme de trabajo.

—De acuerdo. Nada más que añadir, señorita.

La inesperada pareja que habían consumado el amor o el principio de un amor como James había deseado, se quedaron un buen rato en silencio contemplando la ciudad desnuda envuelta de un sinfín de luces a sus pies. Jessica que no sabía que acabaría así, pensó en cómo había ido el transcurso de la noche y se sorprendía a sí misma sin podérselo creer.

No soy chica fácil. Pero ahora mismo soy chica feliz.

—Estaba pensado que el baño con espuma no estaría mal.

—¿Te apetece?

—Creo que sí.

—Espera. —Se levantó y fue hasta el baño dejándola en la terraza. Al cabo de unos minutos volvió a aparecer y se la llevó hasta la bañera. Al entrar pudo ver como lo había preparado todo. Había llenado el jacuzzi que permanecía encendido burbujeando la espuma y el agua caliente, había colocado unas cuantas velas encontradas por los estantes por los rincones del lujoso lavabo y había encendido incienso para darle un toque de olor más romántico y sereno. Con mucho cuidado retiró la sábana de su cuerpo y la dejó caer al suelo contemplando el contorno de su espalda. Cogió su mano y la ayudó a entrar

—Si me necesitas solo tienes que llamarme —dijo mientras se iba cerrando la puerta a su paso.

—¡Espera! —le gritó y él volvió a entrar—. ¿No vas a quedarte conmigo?

—Tienes que disfrutar del baño.

—Pero podemos disfrutarlo juntos, hay espacio de sobras para los dos.

James lo pensó unos instantes, pero no pudo contener las ganas de compartir el agua con ella. Entró colocándose frente a Jessica y entrelazaron las piernas para poder estar más cerca el uno del otro. Ella que nunca había estado en un jacuzzi y menos de esas dimensiones se posó en la cabecera y dejó que las burbujas le rodearan todo el cuerpo. Él ni siquiera podía parar de sonreír tímidamente ni tampoco de mirarla. Por un momento Jessica pensó que podía ser verdad que él se estuviera enamorando de ella por el modo en que la miraba y la estaba tratando. No tenía muy claro cómo era la persona que tenía delante pero sospechaba que dentro de él había un trasfondo dulce y encantador. Jessica no entendía por qué los hombres ocultaban su personalidad bajo una máscara oscura que les hacía aparentar lo que posiblemente no eran. Y después de todo lo sucedido desde que se conocieron que no era mucho, por primera vez no sentía arrepentimiento alguno sobre lo que había decidido hacer esa misma noche con dicha persona que en ese momento tenía delante.

Acabaron completamente arrugados, el agua pasó de caliente a helada y la espuma acabó desapareciendo de la bañera.

—Estoy tan arrugada que si saliera ahora a la calle me tomarían por vieja —musitó Jess mirándose en el espejo.

—No digas tonterías, aún así estás preciosa —contestó él que la había oído perfectamente mientras salía también de la bañera todo arrugado.

—Eso lo dices para quedar bien. No sería muy caballeroso darme la razón y decir que estoy vieja.

—Desde luego que no. Pero pongas como te pongas, siempre estarás preciosa.

—Gracias, es un halago que pienses así.

—Es la realidad —sonrió y ella le devolvió la misma dulce sonrisa.

Una vez secos y con menos arrugas, volvieron a la terraza donde se quedaron un rato más contemplando las vistas. James no era un hombre de muchas palabras, pero Jessica sí.

—¿Qué pasaría si tiro un bolígrafo desde esta altura?

—¿Y por qué un bolígrafo?

—No sé. Es lo primero que se me ha ocurrido —dijo mirando a su alrededor y abajo por si se le ocurría alguna otra cosa que lanzar—. ¿Una piedra quizás?

—¿Qué te ha dado ahora por lanzar cosas?

—No lo sé. Es por hacer algo, supongo... —se encogió de hombros

—¿Estás aburrida? Si estás aburrida, sé que podríamos hacer más divertido que esto.

—¿Como qué? —Jess se sentó en la silla de la terraza cruzándose de piernas. Era una costumbre muy mala para su espalda, y por suerte o por desgracia para James, el albornoz de ella no dejaba ver más allá de sus piernas—. ¿Puedo preguntarte algo?

—¿Como qué? —dijo también él

—¿Por qué esta noche eres más amable conmigo?

—¿Amable?

—Sí, te noto distinto, eres más dulce, hablas diferente, no sé... además tu cara cambia cuando no llevas ese traje.

—Siempre tienes un no sé pegado a esa lengua viperina.

—¡Fíjate! ¡Incluso más chistoso! —carcajeó falsamente—. En serio, dime...

—No es fácil de explicar.

—Puedes intentarlo —esperó a que James respondiera pero se limitó a mirar a un lado respirando hondo al mismo tiempo.

No insistió.

—Me voy a dormir —dijo y al levantarse de la silla y pasar por su lado, posó su mano encima del hombro de James como muestra de cariño—. Buenas noches.

—¿Te has enfadado? —quiso saber, pero ella le contestó negativamente con la cabeza.

Esperó a que estuviera en la cama antes de levantarse él también y acostarse a su lado sin apenas tocarla. No quedaba mucha noche, y rápidamente se hizo de día. El despertador del móvil los despertó y Jessica tuvo que vérselas para levantarse, pero debía hacerlo si no quería llegar tarde a trabajar.

Llegó puntual. James ante todo era un hombre correcto y cumplidor. Primero la llevó a su casa para que pudiera ducharse y cambiarse de ropa mientras él la esperaba abajo en el coche y después la llevó hasta la puerta del trabajo, despidiéndose hasta la próxima vez que decidieran verse.

James esperaba que fuera pronto. Jessica también.

Se despidieron con un dulce y breve beso antes de que ella se diera cuenta como la mirada de James cambiaba de nuevo. Su actitud y su forma de estar con ella ya no era como la pasada noche.

Ni siquiera quiso preguntar.

Después de trabajar fue directamente a casa. Tenía que entregar los capítulos y ya empezaba a ser demasiado tarde.

Blanca, su editora era una mujer dura de roer. De unos 47 años, elegante de los pies a la cabeza e inteligente como ella sola. Le encantaba recorrer mundo buscando nuevos talentos literarios, y aunque creía haber encontrado uno en Jessica, sabía que todavía no había sacado a relucir la joya que la iba a hacer triunfar. Rubia de bote. Delgadísima y hasta los topes de joyas y maquillaje. La media que podía gastarse en una semana en cremas, maquillajes o pillings era de unos 800 o 1000 dólares. Mujer en contra del bótox y la cirugía. Creía que una mujer debía mostrar su rostro tal y como el cuerpo envejecía sin arreglos artificiales, pero que no era nada malo cuidarse un poco hidratando la piel.

Vestía muy elegante y hablaba del mismo modo. Una mujer encantadora y arisca al mismo tiempo.

Sólo había que conocerla y tratarla para saber cómo era, y ella te trataría a ti del mismo modo que tú la trataras a ella.

Jessica la quería mucho, y lo que menos quería en ese momento era defraudarla después de todo lo que hacía por ella.

Encendió el ordenador y dejó a su lado izquierdo una Taza llena de café, unos chicles y un paquete de cigarrillos. De costumbre no fumaba, alguna vez en alguna boda o fiesta, pero estaba tan desesperada que no sabía si los iba a necesitar en algún momento. Empezó por donde lo había dejado. Leyó y releyó varias veces lo que tenía escrito para poder engancharse a la historia de nuevo. Lo costó un poco ya que su inspiración seguía sin acompañarla. Volvió a leer y cuando parecía que todo volvía a estar algo fresco, acarició el teclado suspirando profundamente y empezó a escribir.

“El día de la boda había llegado, Júlia que permanecía reluciente esperando la canción que la entregaría a los brazos de su amado para atarlos el resto de sus vidas, estaba nerviosa y al borde de un ataque de nervios. Sus amigas y damas de honor, las dos vestidas de violeta con trajes distintos para no parecer gemelas y recogidos espectaculares al igual que la ceremonia que estaba a punto de celebrarse, soplaban la cara de Júlia para aliviarle el bochorno y el calor de los rayos solares que caían justo encima de su ya casi corrido rímel, refrescándola al mismo tiempo. Esta vez su rímel corrido no era a causa de escenas sexuales de lujuria en un ascensor con un desconocido, si no con el hombre de sus sueños, el hombre que iba a hacerla feliz para siempre.

Cuando la marcha nupcial empezó a sonar, las damas de honor se colocaron detrás de su pasapara dar partida al camino a la victoria. A ritmo de melodía angelical se fue acercando hasta suprometido que la estaba esperando con una sonrisa espectacular en el rostro. Alzó su mano y él la recibió elegantemente hasta acompañarla a su altura susurrándole lo hermosa que estaba esamñana. Los dos sonrieron y acto seguido dieron paso a la celebración frente a los más de 200

invitados.

Charles era un hombre culto, atractivo y maduro. Tan maduro que al lado de Júlia podía hacerse pasar perfectamente por su padre, pero eso a ella no le importaba en absoluto, porque había encontrado al hombre de sus sueños, el que la cuidaba y quería por encima de todo, el que la protegía y culminaba de deseos y peticiones fueran las que fueran, el hombre que a pesar de saber el tipo de vida que tenía Júlia, la admiraba como persona y mujer. Para ella no había nada más hermoso que su ahora marido y estaba eternamente agradecida por haberle encontrado en el momento que más lo necesitaba.

La ceremonia finalizó horas después de su comienzo como cualquier boda con decenas de invitados sedientos de música y fiesta, los invitados cansados de tanto bailar, comer y reír, se fueron despidiendo de los novios uno a uno Agradeciendo tan hermosa ceremonia.

Júlia ya no podía más, los zapatos la estaban matando y el vestido pesaba como una tonelada de piedras gruesas en un saco de cemento. Lo que más deseaba hacer a esas horas de la noche era quitárselo y dormir horas y horas sin que nada la interrumpiera.

Nada más entrar en la habitación del hotel, la pareja se desnudó quedándose en ropa interior en una cama gigante y de sábanas blancas. Tomaron una copa de champagne y aunque podría parecer raro en esa noche especial donde se habían dado el “Sí quiero”, no hubo sexo de ningún tipo.

Por la mañana el sonido de la puerta golpeando al otro lado del pasillo les despertó. El desayuno iba incluido a la reserva con servicio personalizado. Zumo de naranja, café con tostadas y fruta variada almorzaron en la preciosa terraza con vistas a un mar azul eléctrico. Era hora de ponerse en marcha. El avión que los iba a llevar de viaje de novios a unas islas paradisíacas salía en tan solo 4

horas... “

No aguantó mucho más, los ojos se le cerraban y estaba agotada. Su imaginación seguía perdida en algún lugar de su cerebro rebelde pero para ese momento Jessica había conseguido acabar los 10 primeros capítulos para su “ruda” editora Blanca Esteve. Tal y como finalizó los capítulos, los envió vía email y directamente se tumbó en la cama esperando dormir y no despertarse en días con la misma sensación que tenía su protagonista Júlia pero la pesadez estaba en su cabeza.

Por desgracia, el despertador sonó 3 horas después de su decaimiento pre-zombi. Casi sin abrir los ojos fue directamente a la ducha y a tomarse media taza más de café para poder aguantar todo el día despierta sin quedarse dormida por los rincones.

—¡Buenos días desaparecida! ¡Dichosos los ojos que te ven! —dijo Ann sorprendida de verla después de unos días.

—Buenos días, no grites por favor...

—¿Resaca? —dijo tomando un trago de café

—Más o menos —puso sus manos en la cabeza y apretó fuertemente—. Literaria. añadió. Se postró en la mesa con un brazo sujetándose la cabeza por si caía y con la otra mano aguantaba la taza de café—.

¿Vas a trabajar?

—Como todos los días y supongo que tú también.

No lo tenía muy claro después de ver el aspecto que tenía su amiga.

—Por supuesto. Saldré en 5 minutos.

Después de decir eso, finalmente se dejó caer en la mesa aprovechando esos 5 minutos que acabaron por ser 37 exactamente. Se despertó histérica mirando el reloj de su muñeca y salió escopeteada por la puerta sin darse cuenta de que se había dejado las llaves en la mesa. Maldiciéndose por llegar tarde al trabajo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se disculpó nada más entrar dejando las cosas por ahí tiradas y poniéndose el delantal con rapidez. —Ya te contaré —solo supo decir arqueando los ojos.

Esa mañana se convirtió en eterna. Nunca llegaba la hora de acabar y poder volver a casa, y Los pies le pesaban, las manos estaban adormecidas y los ojos casi los tenía hinchados del cansancio que tenía acumulado.

Llegó a su portal y se acordó de inmediato de que no llevaba las llaves. No podía haber escogido un día mejor para olvidárselas.

—¡Perfecto! Esa es Jessica... —musitó cabreada y le dio una patada a la puerta.

Llamó a Ann pero esta estaba fuera de cobertura. Como de costumbre cuando más se la necesitaba.

No se lo podía creer, con las ganas que tenía de meterse en la cama y precisamente ese día se dejaba las llaves dentro. Hubiese preferido dejarse la cabeza.

Resopló.

Antes de volver a marcar un número de teléfono pensó en a quién debía recurrir en ese momento, primero se le pasó por la cabeza a un cerrajero, pero esa idea se desvaneció de inmediato. Después la batalla estaba entre James y John. Dos hombres a los que por razones distintas deseaba ver aquel día fuera por el motivo que fuera aunque su cuerpo estaba a punto del holocausto.

Lo dudo unos minutos y marcó.

—Preciosa, me alegro de que me llames.

—Hola, no puedo extenderme mucho pero he tenido un pequeño problemilla con las llaves de mi casa y no puedo entrar.

—¿Las has perdido?

—No, es más sencillo que eso. Me las he dejado en casa, y yo estoy aquí fuera en mi portal, esperando a ver si se abre sola. Pero nada... —hizo un mohín, pero evidentemente nadie podía verlo—.

¿Puedes venir a recogerme?

—Claro, ¿estás en tu casa, no?

—Sí.

—Llego en 5 minutos.

Fueron 5 minutos casi exactos, Jessica que se había sentado en las escaleras de su portal esperando la llegada de su amigo, se levantó nada más ver el Mercedes de James. Se levantó y se dirigió a él pero antes de llegar al coche a lo lejos reconoció a alguien de inmediato. Alzó la vista y levantó su mano derecha para saludar, pero este no le devolvió el saludo si no que empezó a acercarse a ella.

Era John, ella no sabía qué hacía por esas calles en ese momento, pero se alegró de verle. El sonriente la besó en las mejillas recreándose en cada una con la mirada de James en él.

—¿Que haces tú por aquí? —quiso saber ella sorprendida.

—Estaba dando una vuelta y había pensado visitarte.

—¿Y tú? ¿A dónde vas? —preguntó como quién no quiere la cosa.

—Mira —se volteó hacia James y este también—, él es James, un buen amigo —le presentó, los dos se dieron la mano al saludarse pero sus miradas eran frías y desafiantes.

—Mucho gusto —saludó John mientras seguía apretando la mano de James.

—Igualmente —dijo él también con la cabeza un poco gacha. De pronto James pareció encogerse ante él como si estuviera intimidado ante su presencia.

Hubo un silencio.

—Bueno... —rompió el hielo Jessica—. ¿Tienes algún plan para hoy?

—¿A parte de voltear para venir a verte? No.

—Lo siento mucho. Me he dejado las llaves en casa y no podía entrar... Ann no está y bueno... Lo he llamado a él para que me ayudara. ¿Si quieres podemos quedar otro día?

—Claro —contestó John sin dejar de mirar desafiante a James mientras este seguía con la mirada baja.

Jessica los observó mientras hablaba y no entendía su actitud.

—No te preocupes, nos llamamos y nos ponemos al día en otro momento, ¿de acuerdo?

—Claro John, cuando quieras.

—Está claro que cuando quiera no. —Volvió a mirar a James que seguía con la mirada al suelo y se acercó a Jessica para volverla a besar en las mejillas—. Que lo paséis bien.

Y sin más, se marchó.

—Un poco raro todo ¿no?

—¿El qué? —intentó disimular James

—No lo sé, si te digo la verdad no lo sé, pero creo que me he sentido incómoda y no sé el motivo.

—Abrió la puerta del coche para subir—. ¿Y a ti? ¿qué coño te ha pasado?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—Por un momento me ha dado la sensación de que ya os conocías, y tu actitud me ha descuadrado.

—Para nada —dijo él rotundamente mientras subía también al coche. —Imaginación tuya. No quería interrumpiros, eso es todo.

—Ah... —quedó pensativa.

El coche arrancó y los dos permanecieron en silencio durante un buen rato. Cuando Jessica se dio cuenta de que se desviaban demasiado de la zona, quiso saber a dónde se dirigían. James que seguía serio y distante como si algo le preocupara, le hizo saber que se dirigían a casa de sus padres. Era un buen momento para conocer a los Cooper. Ella quedó perpleja, aun así se limitó a quedarse en silencio ya que la idea en el fondo no le desagradaba en absoluto. Tenía curiosidad de ver cómo eran sus padres.

Era una forma de conocerlo más profundamente.

Una vez llegaron a casa de los Cooper, Jess vio una gran casa blanca de unas 4 plantas más un garaje lo suficientemente grande como para aparcar 4 coches. Las ventanas eran de un color negro en aguas grisáceas que le daban un toque clásico y señorío. Se notaba que en esa casa reinaba el dinero. Un jardín verde que daba paso a la puerta de entrada y una pequeña terraza en un lado de la puerta como si fuera independiente a ella. En una de las ventanas se apreció una sombra que se movía en el interior, miró fijamente durante unos segundos hasta que pudo ver perfectamente la silueta de una señora con la mirada fija en el paisaje. Parecía estar ausente. Era una mujer normal, su piel era blanquecina y sus pómulos sobresaltaban al rostro. Parecía triste, y por la indumentaria que llevaba, al menos la parte que podía ver desde ahí, supo que era una empleada de la casa. Acto seguido giró su cabeza para contestar alguna pregunta que se le había hecho desde algún rincón del interior de la casa y volvió a perder su mirada en el paisaje. Después de un suspiro desapareció.

James la invitó a entrar por la puerta principal, ni siquiera tuvo que llamar ya que tenía sus propias llaves. Una vez entraron en el recibidor, hay que decir que era del mismo tamaño que el piso de Jess, la misma mujer que había visto unos segundos antes por la ventana apareció para recibirles.

—Buenas tardes señor Cooper —saludó ella de un modo muy cortés—permítanme que les acompañe al salón.

—Gracias María —saludó él del mismo modo cortés— pasó su mano por la cintura de Jess para que esta se adelantara y siguiera a la mujer.

—Ahora mismo vendrán los señores —dijo y se retiró por donde había venido sin decir nada más.

—Acomódate —le ordenó James y Jessica que estaba totalmente callada obedeció sin más. Se sentó en un sillón de flores de lo más antiguo y tremendamente incómodo. Era uno de esos sofás o al menos parecía que estaban ahí solo para decorar, era como si nunca nadie se hubiese sentado jamás. Estaba tan duro como una piedra. Se movió durante unos minutos hasta encontrar la posición más cómoda dentro de su incomodidad. James por el contrario permaneció de pie esperando hasta que aparecieron sus padres.

Cuando estos llegaron, él saludó a su madre con un beso dulce en la mejilla y a su padre con un pequeño apretón de manos. Presentó a Jessica como a una amiga especial, y ella que de pronto se puso nerviosa se levantó patosamente para saludarlos.

—Mucho gusto en conocerles —dijo sin más, pero la madre que parecía una de esas mujeres

estiradas y poco sociables con personas desconocidas o fuera de su entorno esbozó una leve y casi invisible sonrisa, pero no antes de repasarla de arriba abajo haciendo un gesto de desaprobación. Por el contrario el padre, que parecía de otra pasta la saludó con pequeño abrazo cariñoso, algo que ella agradeció recibir.

El padre de James era lo que se podía decir el típico padre amable y cercano que lo único que le importa era el bienestar de su familia, en cambio ella era estirada y arrogante, no había abierto la boca pero se podía palpar su forma de ser a doscientos metros sin necesidad de hacerlo. Ella, Caroline que así se llamaba, era de estatura baja, su color de pelo rubio platino recogido por un moño al estilo años 60

le daba un aire más reservado de lo que quizás podía llegar a ser. Igualmente Jessica no tenía ganas de averiguarlo en ese momento. Prefería quedarse al margen de cualquier posible disputa con esa señora que ni siquiera conocía. Sabía que si la mujer era como ella se imaginaba, con su también carácter, chocarían en todo momento. Peter Cooper era más alto, pero no mucho más, de pelo canoso y cuerpo esterilizado por la edad ya que podía tener unos 60 años más o menos.

Conversaron durante un buen rato mientras tomaban un café que les había servido María acompañado de unas pastitas, típico en familias con dinero como en las películas. Pero cada vez que Jessica la veía se preguntaba qué clase de vida debía tener esa mujer, si tendría hijos, marido, y sobre todo se preguntaba por qué parecía estar tan triste.

Mientras la señora Cooper hablaba y hablaba sobre lo buena madre que era y había sido siempre, Jessica observó con detenimiento todo el salón. Era amplio, luminoso y extremadamente aburrido. Las paredes de un tono dorado con lámparas colgando del techo de cristales tallados a mano, cuadros por doquier eran un horror para sus ojos, y no hablar de las figuras ridículas por todos los muebles de madera vieja y barnizada. Con todo el dinero que parecían tener, no entendía como no lo gastaban en modernizar esa casa. Por fuera era preciosa, pero una vez entrabas dentro la cosa cambiaba en consideración.

James que también se había cansado de escuchar los logros de su madre se levantó disculpándose para llevarse a su amiga a ver toda la casa. Primero le enseñó la planta baja donde estaban en ese momento, en ella había el salón donde habían tomado el café, el recibidor de la entrada, la cocina donde seguía María con la mirada perdida y un cuarto de baño. En la planta superior tenían dos baños más, 4

habitaciones no muy grandes, donde dos de ellas eran despachos, uno de la señora Cooper y el otro del señor Cooper, y en un rincón un pequeño descansillo donde reinaba una enorme figura de una madre con su bebé en los brazos. A Jessica le dio repelús nada más verla.

En la tercera planta 2 habitaciones más, dos señoras habitaciones principales, una donde dormía el matrimonio y después una especie de biblioteca repleta de libros. Para ella fue el único rincón de la casa que valía la pena haber visitado aquella tarde. Se imaginó un lugar así en su casa, y de pronto sintió una felicidad absoluta que se desvaneció en el momento en el que James le comunicó que era de hora de volver a Brooklin.

En el fondo agradeció salir de ahí de inmediato.

Capítulo 7

Unos días después de la inesperada visita a los padres de James, tocaba ultimar el viaje a México con las chicas. Ya faltaba muy poco para partir. Nada más y nada menos que una semana exactamente. Las chicas quedaron en una cafetería para organizarse y tener una especie de guía preparada para todos los días que durara el viaje. No querían perderse nada y los gustos eran muy variables respecto a lo que ver y lo que no.

Ese día no discutieron en absoluto, algo que era muy normal en ellas, pero sabían que el viaje debía ser una experiencia inolvidable para todas, así que pensaron que lo más sensato era coordinarse y llevarlo lo mejor posible sin discusión alguna.

Habían comprado un libro guía en una tiendecita muy cercana a la cafetería antes de quedar, donde regalaban un mapa lo bastante grande como para ver todos los lugares emblemáticos plasmados, sus calles y los mejores restaurantes de la zona. Ubicaron el hotel donde iban a estar hospedadas y de allí trazaron una ruta diaria. Algo que tenían claro todas, era que pasarían parte del viaje plantadas en una hamaca frente a la playa dejándose tostar al sol.

—¿Que os apetece ver a vosotras? —empezó Denise

—Pues yo creo que algo que deberíamos ver seguro es el arco de los cabos —contestó May—, dicen que es un lugar mágico...

—Yo estoy de acuerdo —añadió Jessica y a ella se unió Ann.

—Pues visto lo visto y por mayoría absoluta, el arco es imprescindible en la lista —señaló Denise en el mapa la ubicación del arco.

—Yo nunca he oído hablar de ese arco, pero también estoy de acuerdo —repuso Megan.

—Yo también —añadió Alice, era la única que quedaba por decir alguna cosa sobre el primer sitio a visitar.

—Perfecto —concluyó Denise—. ¿Qué más os apetece ver? Está claro que hay muchas cosas, pero

si podemos centrarnos en las más bonitas mejor. Yo había pensado en ir a ver las ballenas en la bahía de los cabos. Eso sí debe ser algo mágico. ¿No?

—Creo que eso se hace solo durante unos meses específicos. No estoy segura pero deberíamos mirarlo antes. Si no recuerdo mal, unos primos fueron y cuando volvieron y nos explicaron lo que hicieron durante el viaje nos comentaron que no pudieron verlo porque era fuera de época, y fue algo con lo que se quedaron con las ganas —explicó May.

—¿Y por qué no lo preguntas? También podrías preguntar qué cosas nos recomiendan ver, seguro que alguien que ya haya estado sabe que es lo mejor y que es lo peor, así no perdemos el tiempo —soltó Ann.

—No creo que en ningún país haya nada como para perder el tiempo —remarcó Denise— pero sí,

mejor que lo preguntes y así nos evitamos este tipo de cosas.

—Estaba yo pensando... —murmuró Jessica— que ya que es mi regalo de cumpleaños ¿Por qué no

nos dejamos de guías y una vez allí vemos que hacemos? A lo mejor me equivoco, pero veo muy absurdo planificar cada detalle desde aquí cuando después, una vez estemos en México haremos todo lo que nos apetezca en cada momento. Quiero decir... —matizó al ver las caras de sus amigas—. ¿Por qué escribir en un mapa que el segundo día iremos al museo si a lo mejor ese día nos apetece ir en barco? ¿Me explico?

—¿Y por qué no planear lo que queremos hacer y si después cambiamos de opinión la cambiamos?

No estamos obligadas a hacer todo lo que ahora planifiquemos. —musitó Denise.

—Pues ahora que lo pienso yo estoy de acuerdo con lo que dice Jessica —se unió a ella Ann—.

Creo que lo mejor será dejarnos llevar por el momento. ¡Dejémonos llevar como grandes aventureras!

—Como queráis — se limitó a decir Denise —Yo no lo veo así, pero si todas estáis de acuerdo no voy a discutir por esto...

—Es solo una opinión —añadió Jessica.

—Una opinión la cual respeto pero no comparto —concluyó su amiga que ya había dejado a un lado el mapa.

Poco después del café se dispusieron a ir a comer, pero Jessica que no se encontraba bien se disculpó ante sus amigas y se fue derecha a casa. Nada más llegar se puso el pijama y se acurrucó en el sofá. No tardó en dormirse, realmente se encontraba mal, tan mal como si de pronto alguien le hubiese dado una paliza mortal. Conocía su cuerpo, así que sabía que en breve acabaría en cama y con fiebre, pero era mejor pasarlo antes de viajar a México, no quería pasarse sus vacaciones tumbada en una cama a 40 de fiebre lamentándose de ello. Poco después de dormirse, se despertó sobresaltada y sudorosa.

Había tenido una pesadilla en la cual ella viajaba en un avión y este se estrellaba en medio del mar.

Menudo sueño a pocos días de coger un avión.

No le entusiasmaba volar, pero desde luego después de aquella horrorosa pesadilla el viaje se le iba a hacer algo más largo que de costumbre.

Como ya no pudo conciliar el sueño de nuevo y no daban nada bueno por la tele, se levantó con gran esfuerzo hasta llegar al ordenador. Lo encendió sin saber qué es lo que iba a escribir y se sentó esperando a que sus dedos actuaran por sí solos por arte de magia.

De pronto, empezó a teclear y las palabras brotaron como chorros de agua sin freno. Después de casi 5 horas sin parar de escribir y sin darse cuenta de cuánto tiempo había transcurrido desde que se había sentado en esa silla, fue a por café y unos chicles lo más deprisa que pudo para que su habilidad, que había vuelto de la nada no desapareciera nuevamente. Cada vez tenía más fiebre, pero la euforia que sentía al escribir restaba cualquier mal.

De pronto, y sin darse cuenta, estaba escribiendo las últimas líneas de su novela imposible. Desde que se había sentado frente al ordenador, habían pasado nada más y nada menos que 6 días y 17 horas.

Hacía casi una semana que cayó enferma con gripe, por lo que estuvo todos esos días sin ir a trabajar y sin salir de casa. Lo único que hacía era escribir y escribir. En la mesa, además del ordenador se podía ver un puñado de papel higiénico usado, su nariz chorreaba constantemente sin cesar y los pañuelos eran imprescindibles, varios paquetes de caramelos y chicles mentolados para apaciguar la tos de viejo que tenía, varias tazas de café sucias, un montón de anotaciones en papeles varios, libretas, libros de otros autores abiertos y una caja de dulces que le había traído su amiga Ann ese mismo día.

Casi no comía, ni dormía, solo escribía. Incluso a veces se tenía que obligar para ir al baño y lavarse la cara para despejarse. En una de las veces que fue, se miró al espejo. Estaba horrenda, su pelo encrespado y sin lavar desde hacía 3 días recogido por un moño mal hecho, la cara recién lavada y sin maquillar en días, y su nariz rojiza de tanto sonarse. Su vista estaba agotada y ella también, tanto que unas grandes y feúchas gafas tapaban las grandes y oscuras ojeras que caían bajo sus ojos, pero ya casi lo tenía. De la nada y después de mucho tiempo sin inspiración estaba a punto de escribir las últimas líneas que darían fin a la novela.

“Júlia dejó caer el pañuelo, acto seguido se dirigió a su fiel y amante esposo que la estaba esperando en lo alto del escenario. Había triunfado esa noche y ella lo sabía. El público empezó a aplaudir eufórico, sonriente y repletos de felicidad por la actuación que acababan de ver. Ella lo abrazó y entendió por fin que había encontrado al hombre de sus sueños. Finalmente su otro yo más oscuro se desvaneció sin dejar rastro.

Juntos bajaron del escenario acompañados de los imparables aplausos y recorrieron el pasillo hacia la salida. Ella lo miró a él, y su esposo que no dejaba de sonreír abrazó a Júlia que no pudo evitar besarle como si fuese la primera vez que lo hacía... “

FIN

Sin más, Jess dejó de escribir. Lo había conseguido. Había terminado su novela, y por un momento quedó en shock sin podérselo creer, pero rápidamente volvió en sí y envió la novela completa por email a su editora esperando una respuesta con rapidez. Necesitaba saber qué

opinaba.

No tardó ni un solo día, que Blanca, su editora le respondió el mail.

Asunto: ¡Enhorabuena!

Querida Jessica:

He leído tu novela al completo en un tiempo récord, no he podido dejar una sola línea hasta que no lo he terminado, dejando de hacer todo lo que tenía que hacer. Y después de leerlo, solo puedo decirte que hacía tiempo que no leía nada parecido.

Creo tener un próximo Best Celler en mis manos.

Enhorabuena por tu trabajo.

Sé que te vas de vacaciones, pero me pondré en contacto contigo en las próximas horas.

Un saludo,

Blanca.

Nada más leer ese mensaje de su editora, a Jessica le recorrió un gran escalofrío por todo el cuerpo pensando en cada palabra que acababa de leer. Ese era su mayor sueño, y aunque no creía conseguir tanto por su novela, estaba orgullosa y feliz de saber que a alguien con tanta experiencia en ese campo le hubiese gustado lo que ella había escrito.

Volvió a cerrar su ordenador, y nada más hacerlo sintió la necesidad de volver a encenderlo y empezar una nueva historia, esta vez una muy especial...

De la nada había llegado el gran día en el que las chicas debían coger un avión dirección a México.

9:23 de la mañana, casi 40 minutos de retraso, y todas estaban nerviosas por el gran viaje, aun así la emoción no las frenaba ni un segundo.

Una vez el avión se preparó en pista, las chicas se colocaron bien en sus asientos hasta que la azafata les diera permiso para levantarse.

Les esperaban 5 horas y media de viaje. El avión empezó a coger velocidad por la pista, y cuando llegó a su máxima, levantó el morro y empezaron a coger altura. Jessica que se acordaba de su pesadilla unas noches atrás y que se encontraba en la ventanilla observando cómo se alzaba el aparato, sintió un pánico momentáneo hasta que el avión se enderezó camino al paraíso.

Cuando ya llevaban unas horas, faltando menos para llegar, las chicas echaron una cabezada. Tenían ganas de llegar y disfrutar de las merecidas vacaciones y explotar la amistad al máximo con un puñado de experiencias por vivir.

Pero no todo iba a ser tan bonito como se esperaba.

Ya en el aeropuerto Mejicano, los equipajes habían desaparecido de la nada. Después de esperar casi una hora en la cinta de recogida y ver que sus maletas no aparecían por ningún sitio, decidieron hacer una reclamación. La pobre chica encargada de la compañía con la que habían volado no tenía ni idea de lo que había podido suceder con las maletas de las chicas. Hizo todo lo posible por solucionar el problema pero no les quedó más remedio que partir hasta el hotel sin nada que ponerse.

—¡Es increíble! ¿Qué se supone que debemos hacer ahora? —Alice estaba desesperada.

—No lo sé.

Los ánimos habían menguado de cien a cero.

—¿Tenéis todas los bolsos y las carteras a mano?

—Sí, —contestaron a Alice a la vez.

—¿Eso quiere decir que debemos usar la tarjeta? —quiso saber Ann que se había sentado en la cama de la habitación con la sensación de haber perdido el alma.

—Algo tendremos que hacer —dijo Jessica.

—¿Y si nos traen el equipaje hoy mismo? Habremos gastado sin necesidad —se quejó Denise.

—No nos agobiemos ni nos precipitemos, podemos comprarnos algo imprescindible para pasar estos días y ya veremos qué hacemos con el tema de las maletas. Hemos venido a pasarlo bien, y no a lamentarnos por esto. Ya sé que es una putada pero...

—Gran putada añadiría yo —interrumpió Alice.

—Cierto—repuso Megan—. Pero no por ello vamos a dejar de disfrutar del viaje que tanto

estábamos esperando ¿no?

—Tienes razón. —May se levantó de la silla donde estaba postrada escuchando a sus amigas y se dirigió a la puerta con una sonrisa de oreja a oreja esperando a que sus compañeras hicieran lo mismo

—. Hora de irse chicas. Tenemos mucho que ver. ¿Preparadas?

Una a una fue saliendo por la puerta hasta la salida del hotel. Por suerte llevaban lo más necesario.

La tarjeta de crédito. Dispuesta a ser utilizada en cualquier momento. Con el tema del equipaje perdido, la compañía había recogido los datos del hotel donde iban a estar hospedadas para localizarlas en el caso de encontrarlo.

Ellas esperaban que fuera lo antes posible.

Pasearon por la zona turística hasta encontrar una pequeña tienda donde comprar bikinis y complementos de playa. No fue hasta que las chicas se percataron del escandaloso hombre mexicano de grandes pectorales que estaban en un paraíso lleno de belleza masculina. No todos eran así evidentemente, pero a un par que le echaron el ojo las convenció de pensar que esos eran la excepción del resto. Ahí estaban los tíos buenos de los que solo unas pocas hablan después de visitar la capital.

—Ese puede ser un buen prota para tu próxima novela Jessica —dijo Ann que permanecía a su lado.

Todas las demás giraron sus cabezas como “Megan en la película el exorcista” para no perderse semejante vista.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Denise que normalmente era la más recatada. Si ella aullaba así por ese macho, que debían pensar las demás.

Mejor estaban calladas mientras seguían contemplando.

—Solo debe haber unos pocos, no creo que sea un sitio donde abunden los guaperas. Si no, fijaros en ese —señaló a un pobre chico nada agraciado que pasaba por delante de ellas.

—Qué mala leche tienes Ann. —dijo Denise.

—Ese pobre chico también es la excepción pero en horrendo.

Las chicas rieron aunque en el fondo no eran tan malvadas como estaban aparentando ser en ese momento.

Todo cambió cuando acudieron a la playa del hotel y se tumbaron en las hamacas que tanto habían soñado desde que supieron sobre el viaje.

No tenían crema para protegerse del sol, y picaba mucho, lo que si tenían era unos trajes de baño de lo más “cukis” como solía decir May, para lucir palmero en la playa. Pero eso no les supo ningún problema cuando un chico de raza negra y con unos dientes marfil se acercó a ellas para ofrecerles una bebida. Las chicas giraron sus cabezas para ver de qué chiringuito prevenía el chico ya que habían tres de ellos en pocos metros de diferencia, y cada una de ellas pidió una bebida con alcohol para empezar animando el día.

Cuando volvieron al hotel, tuvieron la sorpresa de encontrar en las habitaciones las maletas que supuestamente habían perdido. La chica que las había atendido en el aeropuerto había hecho todo lo que estaba en sus manos para localizar el equipaje con rapidez, ya que entendió perfectamente la situación de las chicas. Curiosamente y por error, las maletas las habían puesto en otra cinta de recogida. La otra chica de recepción les explicó que el aeropuerto las había mandado directamente al hotel después de localizarlas. Las chicas coincidieron en que antes de volver a casa intentarían buscar a la azafata para agradecer la atención por su parte.

Ya más calmadas y con una primera anécdota en el bolsillo, por la noche, después de acicalarse para salir a cenar, las chicas empezaron lo que realmente entendían ellas por vacaciones. Cenaron en el mismo hotel y permanecieron en él toda la noche. Era tan grande que incluso tenían discoteca propia y karaoke.

Un karaoke... ¡Lo que les faltaba!

Con unas cuantas copas de más y hartas de reír sin parar, escogieron una canción de Leann Rimes conocida “Can’t fight the moonlight” para debutar en el escenario como solo ellas sabían

hacer. Hartas también de ver la película el bar Coyote en las fiestas de pijama que solían hacer de vez en cuando, dejaron la vergüenza a un lado y lo dieron todo... menos la voz. Desafinaciones y gallos por toda la sala acompañado de más y más risas. Ni bailaron como en el Bar Coyote ni triunfaron como en la película Sexo en Nueva York. Pero aun así se lo pasaron genial y disfrutaron al máximo de la experiencia.

Antes de acabar la noche, Megan conoció a un chico también Neoyorkino que a primera vista le gustó muchísimo. Era simpático, o al menos eso le parecía bajo los efectos de la noche y el alcohol, guapo a más no poder y tremendamente atractivo. Él le explicó que era profesor en una escuela privada de la ciudad y que por la tardes se dedicaba a entrenar perros en el parque junto a su socio que también era profesor.

Megan automáticamente pensó en Denise, que seguía soltera y en busca de la rana verde que la enamorara para después convertirla en príncipe.

Se intercambiaron los teléfonos y se prometieron llamarse en cuanto los dos estuvieran en la ciudad.

Ella podía haber seguido conociéndole, pero el viaje estaba expresamente preparado para las chicas.

Así que dejó el amor a un lado esperando llegar a casa y recogerlo de nuevo.

Los días pasaron y casi ni se dieron cuenta de que solo faltaba un día para volver. Lo habían disfrutado al máximo, incluso más de lo que esperaban. Visitaron todo lo que quisieron, conocieron gente y sobre todo cogieron color bajo los rayos del sol.

Ya en la última noche en el hotel, las chicas decidieron pedir que les subieran la cena a la habitación. Las dos habitaciones que habían reservado eran iguales, con la diferencia que en la que se hospedaban Ann, Jessica y Denise, era la mejor vistas tenía al mar.

El hotel no era nada convencional, era un edificio lujoso de unas 5 plantas con 10 habitaciones por cada una, en la tercera planta donde se encontraban las chicas, la única donde las habitaciones eran más grandes que las demás, disponía de 3 camas individuales bastante grandes para ser de esa capacidad, un pequeño comedor con mesa, un lavabo y una terraza de unos 20 metros cuadrados totalmente equipada para pasar una gran velada en compañía. Las paredes eran blancas y en ellas había colgadas decenas de pequeñas luces que daban un toque cálido y romántico cuando ya había oscurecido. Las mesitas de noche eran de madera blanca con los pomos de colores, las cortinas semi transparentes con pequeñas flores dibujadas en círculos, y las puertas de cristal también con dibujos florales en negro que le daban un toque elegante y minimalista a la vez. En la terraza una mesa redonda con sillas de colores pastel y un pequeño sofá en una esquina bajo un toldo acogedor.

Cuando les subieron la cena y el vino, las chicas que habían preparado la terraza para pasar la última noche colocaron la cena en la mesa que la presidía. Se sirvieron el vino y brindaron por ellas mismas, por las vacaciones, por la amistad y por las aventuras que vendrían y compartirían juntas...

—Por nosotras, por que sigamos así durante muchos años, y por muchos más momentos como estos.

—May alzó su copa de vino mientras recitaba su brindis y las demás hicieron lo mismo chocando las copas al mismo tiempo.

—Me lo he pasado en grande —dijo Jessica que aun sostenía su copa en alto—. Gracias chicas por este maravilloso regalo. El mejor que me han hecho nunca, y por todos los momentos divertidos y no tan divertidos que me hacéis pasar día a día. Gracias —volvió a decir.

—Al final conseguirás que llore —advirtió Megan que se empezaba a frotar el ojo izquierdo como si ya estuviera soltando una lágrima.

—No es mi intención que llores —sonrió Jessica.

Hubo un silencio.

—La verdad, hay que decirlo, supongo que amigas como nosotras habrá por todo el mundo, pero ¿Creéis que también tienen momentos como los nuestros?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ann.

—No lo sé, —se explicó May— quizás es una tontería mía, pero no creo que haya nadie en el mundo que conecte tanto como nosotras.

—Por supuesto que la hay —contestó Ann—. Pero nosotras tenemos el privilegio de vivirlo y otros desearían tener amistades como las tenemos nosotras.

—Quizás sí, ya he dicho que era una tontería. Pero pensándolo bien, hemos vivido muchísimas cosas y nos hemos reído siempre que hemos podido.

—Mucho. Nos hemos reído mucho. —Alice se levantó de la mesa y se sirvió otra copa de vino a la vez que se apoyaba a la baranda—. ¿Os acordáis aquella vez en la que Megan y May cogieron la varicela y fuimos a visitarlas?

—Eso a mí no me hizo ninguna gracia —se quejó Megan.

—A mí tampoco —dijo May—. Lo pasamos realmente mal.

—Cierto.

—Ya, pero nosotras cuando os íbamos a ver siempre hacíamos apuestas de cuál de las dos acabaría llorando ese día. Me acuerdo que May se instaló en tu casa para que lo pasarais juntas y os pasabais todo el día rascando y quejándoos de los picores. Parecíais niñas pequeñas y con esos pijamas que os trajo tu madre estabais muy graciosas.

—¡Es verdad! —recordó Jessica entre carcajadas— ¡Trajo pijamas de Winnie de po y Spiderman!

Casi se ahoga al recordarlo y todas menos las mencionadas, al visualizarlas dentro de esos pijamas estallaron también en risas y carcajadas.

—¿Y las zapatillas? Iban a conjunto, ¿os acordáis?

—¡Sí! ¡Patético! Qué pena que nos les hiciéramos una foto cuando lloraban en el sofá con esas pintas, llenas de granos y talquistina y los pijamas. Hubiese sido un recuerdo para enmarcar.

—Nos alegramos que lo paséis tan bien a nuestra costa —se quejó May— pero me hubiese encantado veros a vosotras en la misma situación. Y he de añadir que esos pijamas nos mantenían bien calientes cuando nos daba por tiritar de la fiebre.

La explosión de risas al escuchar las palabras de May se oyeron por toda la planta del hotel. Incluso gente que pasaba justo por debajo alzó la vista a la terraza para ver qué pasaba.

—No nos estamos burlando de vosotras —quiso aclarar Ann— pero tenéis que reconocer que fue gracioso. Como cuando Jessica se cayó en la pista de hielo el año pasado y se dejó medio pantalón en el suelo.

—¡Joder! Medio pantalón y ¡parte del culo! Que se levantó con la nalga más roja que las mejillas de Heidi —añadió entre lloros y risas Alice.

—¡Es verdad! Madre mía la cara que puso cuando se levantó.

—Sí, y miró a todo su alrededor disimulando por si alguien la había visto y la vio toda la pista.

—Que cabronas sois... mi culo aún tiene frío desde entonces. No hay pijama de Spiderman que me lo caliente.

Ni siquiera controlaban la hora que era. Se lo estaban pasando tan bien que el tiempo parecía haberse congelado como el culo de Jessica. No pararon de reír recordando esos momentos y acabaron por terminarse hasta cinco botellas de vino y unos chupitos gentileza del hotel.

A solo 3 horas de partir al aeropuerto, las chicas agotas de la noche y los días se fueron a dormir para estar algo descansadas en el viaje de vuelta a casa. Las maletas ya estaban preparadas y los billetes a punto de ser canjeados.

En cuanto entraron por la puerta de casa, Jessica corrió a su ordenador para ver si su editora Blanca le había escrito algo en su ausencia. Tenía varios correos de ella y uno James.

Asunto: Vuelve de tus vacaciones ¡Ya!

Buenos días Jessica,

He vuelto a leer tu novela y está mejor que la primera vez que la leí. Es droga pura paracualquier lector que se atreva a leerla. Sigo impresionada con tu trabajo. Pensaba que no estabas inspirada para escribir...

Vuelve pronto, tenemos mucho de qué hablar.

Blanca.

...

Asunto: Urgente

Jessica,

En cuanto vuelvas llámame. Tenemos qué hablar. Se están haciendo algunos cambios en la editorial y tenemos que cerrar algunos temas.

Espero que estés disfrutando de tus vacaciones.

Blanca.

...

Asunto: Lo siento.

Tan solo han pasado unas horas desde que te has ido, pero ya te echo de menos. Espero que me llames a tu vuelta. Necesito hablar contigo, es importante.

James.

No siguió leyendo los emails que tenía en la bandeja de entrada. Se limitó a llamar a su editora con la urgencia que le pedía para saber que quería.

Al colgar, se quitó los pantalones y se tumbó en el sofá junto a Ann para zapear en la televisión.

Estaban agotadas. La noche anterior no habían dormido nada y la pesadez era notable a última hora de la tarde.

Al día siguiente tocaba trabajar y ninguna de las dos tenía ganas de volver a la rutina. Por un momento se miraron y rápidamente se entendieron.

Qué lejos quedaban ya esos días en las Playas de México. Bienvenidas a la vida real...

A la salida del trabajo, James estaba esperando a Jessica como le había dicho en uno de los emails que había recibido per que ella finalmente no leyó. Se alegró al verlo y lo besó intensivamente inspirando el dulce aroma que desprendía.

James había reservado la misma habitación del hotel donde pasaron su primera noche juntos. A Jessica no le hizo ni pizca de gracia, pero aceptó la invitación para no hacerle un feo.

Una vez allí y después de cenar en la habitación a la luz del fuego artificial, Jessica se propuso hablar seriamente con él.

—Creo que no te quedó muy claro que yo no quiero este tipo de citas.

—¿Te refieres al hotel? ¿o a lo que cuesta el hotel?

—A las dos cosas. No quiero que me lleves a un hotel para acostarte conmigo ni que despilfarres dinero de esta manera. Conmigo no —bufó—. No quiero que te sientas mal, pero tienes que tener muy claro si quieres conocerme que así no estoy dispuesta a dar ningún paso más.

—Me parece que eres la única mujer en el mundo que se queja porque le den todos los lujos que cualquier mujer querría tener.

—Yo no soy cualquier mujer, no te equivoques conmigo, a mi no me compres. Te lo he dicho siempre. A mi cómprame si quieres con hechos, no con billetes.

—De acuerdo. Lo prometo. Juro que a partir de ahora cambiaré mi forma de seducirte.

—No tienes que seducirme, ya lo hiciste por tu forma de ser, pero si no quieres perderme antes de tiempo no lo vuelvas a hacer.

—Claro que no. Y cambiando de tema, si no te importa...

—Para nada. Dime.

—¿Qué tal el viaje? ¿Lo habéis pasado bien?

—Mucho, hemos hecho de todo y no hemos hecho nada. Ha sido una mezcla de todo pero sobretodo ha sido una experiencia inolvidable.

—Me alegro que lo hayas pasado bien. México tiene su encanto.

—¿Has estado?

—Con dinero todo se compra ¿Recuerdas? —le guiñó un ojo.

—Cierto —sonrió aceptando la broma.

James que no podía resistirse más, se acercó a ella con sumo cuidado, le apartó un mechón de la cara, rozó sus dedos en sus labios y después de morderse los suyos la besó apasionadamente sin permitir que Jessica respirara. Tenía tantas ganas de verla, tocarla y besarla que ni él mismo se lo podía creer.

Estaba totalmente enamorado de ella y no entendía la razón que le había llevado hasta ese punto donde su razón y su cordura se deslizaban por una pendiente sin retorno.

La deseaba hasta tal punto que ni siquiera era capaz de pensar o sentir si no era con ella. Fuerte e intenso se tornó aquel beso que acabó por desnudarla suavemente al mismo tiempo con el ansia de sentir el contacto de su piel entre sus brazos y hacerla suya una noche más.

La levantó de la silla y poco a poco mientras seguía desnudándola la llevó hasta la cama tumbándola cuidadosamente hasta tenerla completamente desnuda ante él.

James que aun seguía de pie, se quitó la camisa y se bajó los pantalones dejándolos a un lado y empezó acariciando la suave y cálida piel de la mujer que seguía esperando ante sus ojos que la tomara en un sincero y puro deseo.

Ella podía sentir como su piel se erizaba de nuevo al contacto con su cuerpo perfecto, y como sus genitales se contraían a la vez que daban paso a su miembro erecto. Ella también lo deseaba y tenerlo junto a ella le hacía rozar la locura. Porque la volvía loca y enloquecía por él.

Por la mañana temprano, antes de sonar el despertador, James se despertó. Jessica que seguía desnuda en la cama del hotel junto a él, seguía plácidamente dormida. Acarició su espalda con la yema de los dedos hasta llegar al final y volvió a recorrerla nuevamente una y otra vez entrelazando sus dedos en la sedosa melena masajeando cada rincón de su cabeza. Abrió la palma de la mano repitiendo el mismo recorrido por su espalda hasta llegar a su interior donde introdujo los dedos en el asombroso refugio húmedo entre sus piernas. Jessica gimió, pero no se despertó. Seguía en un profundo sueño y James ansioso de poseerla de nuevo la empezó a besar por el cuello, brazos, hombros... finalmente abrió los ojos, giró su cuerpo para verle y sonrió.

—Buenos días princesa...

Capítulo 8

James se presentó a la hora prevista en el lugar previsto. Estaba diferente, vestía de un modo diferente. Aquel hombre había dejado parte de su vida lujosa atrás tal y como le había prometido a Jessica la noche anterior. Unos vaqueros ajustados, una camisa azul marino con el cuello abierto de un precio no superior a los 20 dólares, unas deportivas a juego y una chaqueta de cuero tipo motorista cubría parte de su cuerpo. Sus cabellos estaban más aireados que de costumbre, y su mirada parecía otra.

Bajó del coche que en ese momento conducía él, y se acercó a ella para invitarla a subir. Ella quedó atónita. No supo que decir por primera vez, Jessica creyó haberse vuelto a enamorar de una forma realmente mágica justo en ese momento.

Era otra persona, y ella podía palparlo sin lugar a dudas, de pronto le gustó más, y algo en su sonrisa y en su mirada cálida, la engancho de nuevo de un modo indescriptible.

—Sube —le ordenó él. Ella obedeció de inmediato. En eso no había cambiado, le gustaba dar órdenes.

—¿A dónde vamos? —quiso saber.

—Ayer durante la cena hablamos de muchas cosas y te prometí que sería yo mismo, y que durante tres días iba a ser todo tuyo de este modo, como soy yo en realidad, sin trajes, ni chófer ni dinero, y para ello —respiró profundamente antes de arrancar de nuevo el coche y proseguir—. No hay nada mejor que vivir esta aventura que nos espera en una casita en la playa.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí. ¿Estás preparada?

—¿Debo asustarme?

—No deberías —sonrió y acto seguido emprendió el viaje arrancando el motor.

Durante todo el rato que duró ese viaje no dejaron de hablar. Ella no hacía más que preguntarle cosas con la certeza de que James era totalmente sincero ya que así se lo había prometido. Ella estaba feliz y en ningún momento dejó de mirarle mientras él se soltaba y le hablaba sobre su vida, su auténtica vida.

El destino escogido por James para pasar esos tres días, había sido un pueblo costero en Carolina del norte. Una vez llegaron y bajaron del coche, Jessica no pudo evitar respirar todo lo profundamente que supo. La brisa y el olor a mar acarició todo su cuerpo dejándola extasiada de tanta belleza. A su espalda, una casita de madera reposada en la orilla del mar reinaba en una playa casi desierta. Su apariencia era antigua y le encantó. Las ventanas viejas y pintadas sobre la misma madera de un color azul eléctrico, las puertas del mismo modo pero con alguna capa más de color para marcar la diferencia, una casita con un precioso porche en blanco y unas sillas también de madera con vistas perfectamente encajadas al mar. Nada más entrar por la puerta, se encontraron con un salón amplio y de aspecto totalmente diferente a lo que parecía desde fuera. Por dentro todo era más moderno, los sofás, los muebles, una televisión de plasma de unas 50 pulgadas encima de una gran chimenea de piedra, un piano a un lado de la casa y bajo un gran ventanal que daba al lado sur del salón, una mesa presidencial donde perfectamente cabían 20 personas o más sentadas, un sillón rojo chillón con reposa pies y con una pequeña lámpara incorporada donde Jessica se imaginó ahí sentada leyendo un buen libro en una noche de verano, con todas las luces apagadas menos esa lámpara y las puertas que daban al porche y las ventanas abiertas de par en par escuchando de fondo el sonido de las olas romper en plena noche y con el reflejo de la luna en las aguas oscuras. En ese momento que lo imaginó no pudo ser más feliz.

Saliendo del salón unas pequeñas escaleras llevaban al piso de arriba, y a pocos metros de esas escaleras la puerta que daba a la cocina. Subieron las escaleras y sólo había dos cosas más, el baño, Algo pequeño para su gusto, pero adornado rústicamente rompiendo las reglas con el resto de la casa y un gran dormitorio con una cama gigante y más vistas a la playa. Se tumbó en ella pensando que tres días iban a ser pocos días para disfrutar de aquel lugar.

James dejó las maletas que llevaba cargando durante todo el recorrido a un lado de la habitación y se tumbó junto a ella inmerso también en una nube.

—¿Crees que estarás cómoda aquí? Te prometo que aunque veas muchas cosas no me ha costado

mucho dinero.

—¡Por supuesto! —exclamó ella—, esto es precioso... de verdad. Me encantaría poder tener una casa así para evadirme de todo.

—¿De qué quieres evadirte? —quiso saber.

—No lo sé. Es un decir... pero por ejemplo aquí podría escribir muchas cosas. De hecho creo que se me viene a la mente algunas historias buenas —sonrió sin dejar de mirar el techo.

—¿Cómo cuál? —preguntó también él sin dejar de mirar el techo.

—Alguna historia bonita y romántica...

—¿Te causa romanticismo esta casa?

—¿A ti no?

—Quizás...

—Es perfecta para una bonita historia de amor. ¿No crees?

—Supongo que sí... —los dos se quedaron en silencio por un rato no muy largo —¿Que te apetece hacer? —giró su cuerpo para poder verla mejor esperando una respuesta—. Si quieres podemos salir, o si estás bien así podemos quedarnos aquí mirando el techo hasta que nos cansemos...

—Me gusta mirar el techo, y me gusta no pensar en nada o en todo.

—¿Y en qué piensas ahora mismo?

—Me pregunto cómo sería vivir así. Sin hacer absolutamente nada, quedándote horas y horas mirando este techo...

—Si no fuera porque lo sé, pensaría que vas fumada —se carcajeó al imaginárselo. Ella en cambio no le vio la gracia y siguió a lo suyo.

Respiró profundamente varias veces seguidas, de hecho no dejó de hacerlo desde que salió del coche. Era como si quisiera aspirar toda esa paz que ese lugar le hacía sentir. Era un lugar mágico y diferente a lo que ella estaba acostumbrada.

Al cabo de un rato, cuando ya se cansó de mirar al mismo sitio una y otra vez contando las motitas de pintura que había, se levantó como si hubiese despertado de un sueño, totalmente enérgica y dispuesta a hacer algo.

Sacó su ropa de la maleta y la colocó en el armario que había frente a la cama. Se descalzó y se cambió con un atuendo mucho más cómodo y playero. Un pareo de flores y unas chanclas fue todo lo que se puso. Chispeo los dedos haciéndole ver a James que era hora de levantarse y salió por la puerta en dirección a la cocina. Él la siguió sin mediar palabra. Una vez en ella empezó a hacerle gestos como si con ello el pobre chico tuviera que saber que debía hacer. Pero no las tenía todas consigo, así que esperó a que ella hablara.

—¿Supongo que cenaremos algo, no?

—Supongo que sí, ¿y todo esto que has hecho era para referirte a esto? ¿Que teníamos que cenar?

—Por supuesto.

—¿Y debía entenderte? ¿Así sin más?

—Sí, deberías.

Sonrió.

—¿Seguro que no te has fumado algo —preguntó de nuevo medio en serio medio en broma—. Te noto algo rara hoy —rió.

—No seas capullo. Estoy perfectamente —contestó mientras se dirigía al frigorífico y abría la puerta para sacar el zumo de tomate. Lo posó en la pequeña encimera y con una sola mano lo abrió para darle un gran sorbo como si no hubiera un mañana.

Estaba sedienta.

James solo podía mirarla. Reía entre dientes viendo el nuevo comportamiento de su amiga.

—¿Tú me has prometido que ibas a ser tú mismo no? —él asintió—. Pues yo también. Voy a comportarme como si estuviera en casa —concluyó y volvió a dar otro gran trago de zumo de tomate.

—Creo que ahora el que está asustado soy yo —confesó

—Pues no deberías —guiñó un ojo como quién no quiere la cosa. Acto seguido volvió a dejar lo que quedaba de zumo en la nevera y se dirigió a él en paso firme — ¿Cenamos o qué?

Su pose hablaba por sí sola. Una mano en la cintura y la otra, con medio cuerpo en la encimera con gesto impaciente.

—Claro, claro. ¿Qué quieres cenar?

—Cualquier cosa, me da igual.

—¿Miramos a ver que nos han dejado?

—Ya lo miro yo y tú cocinas.

—Lo decides así y ya está, ¿no?

—Claro —dijo rotundamente.

Abrió la despensa y empezó a sacar todo lo que veía para cenar esa noche sin mirar exactamente que era mientras que, James leía cada una de las etiquetas esperando poder hacer algo decente para la cena. Al mismo tiempo, Jessica se soltó la melena y empezó a cantar como si nadie pudiera oírla. Él al escucharla, no pudo evitar salir a buscar un equipo de música para hacer más amena y divertida la velada. Encontró un equipo con algunos Cd's, uno en especial que a él le gustaba, nada más y nada menos que de Phil Collins. Introdujo el CD en el lector, accionó el Play y subió el volumen hasta tal punto que se empezó a escuchar en la cocina como si el equipo estuviera ahí dentro. *Another Day in Paradise*, primer tema a sonar. Para su sorpresa, en cuanto entró en la cocina, encontró a Jessica cantando esa canción como si la viviera intensamente. James que no dejó ni un segundo de observarla, notó un cosquilleo profundo de mariposas correteando por su estómago. Estaba enamorándose profundamente de ella y ni siquiera se había dado cuenta de hasta qué punto la amaba hasta que la vio en ese momento cantar y contonearse al ritmo de la música...

—Me fascina ver que sabes esta canción.

—Por supuesto que la sé. Me encanta. Estas y todas sus canciones —añadió.

—Y por curiosidad... ¿Qué tipo de música te gusta?

—¿A mí? —alzó una ceja—. Toda. Si la música es buena y la letra es insuperable, para mí es lo principal a la hora de catalogarla como gran canción.

—¿Algún género en concreto?

—No. Todo en general, según el momento quizás. ¿Y a ti?

—Opino lo mismo que tú. La canción, el grupo o el cantante tiene que llenarme para que me guste.

Pero aun así tengo un repertorio bastante variado y completo.

—Dime alguno.

Jessica que no dejaba de moverse el son de la música y que seguía inmersa en abrir una botella de vino que se le resistía se interesó por conocer profundamente a su recién amado.

—No sé, puedo decirte muchos... Nirvana, Alphaville, The killers, Queen, The Beatles... La lista puede ser interminable.

—Uh! ¿En serio te gustan todos estos? Porque ¡a mí también!

—¿Sí? —ella asintió—. Pues ya podemos decir que tenemos algo en común.

Vaciló.

—Tenemos tres días para profundizar en estos temas musicales —advirtió ella.

—Exacto. Y si lo dices con esa cara de pena, incluso podemos alargar nuestra estancia aquí unos días más.

—¿Cara de pena?

—Es la que has puesto —vaciló—. Y he de decir que me ha encantado.

—Yo no he puesto cara de pena —recreó—, pero aun así, me parece bien eso de alargar un poco más nuestra estancia —sonrió y él la acompañó.

Al final acabaron cenando un popurrí de todo lo que habían encontrado. Para ser algo improvisado, la cena no estuvo nada mal. Encontraron otra botella de vino en un rincón de la despensa y se la tomaron hasta no dejar ni gota. Ni mucho menos, estaban borrachos, pero entre risas, música, vino y cena, encontraron el puntillo donde quedarse hasta altas horas de la noche

hablando de muchísimas cosas.

Como por ejemplo, de cómo veían su futuro 10 años después.

James se quedó mirándola durante un buen rato y ella que seguía entre risas, paró en seco para mirarle también. Él casi sin pensarlo se acercó a ella y sin previo aviso acercó sus labios contra los suyos. Un pequeño roce antes de culminar el beso que les llevaría a una noche de pasión y locura fue el detonante. Una noche de cariño y caricias, besos dulces, palabras bonitas, y muchísimas miradas... Ella repostada sobre la cama y él sintiéndola como nunca antes lo había hecho.

A la mañana siguiente un rayo de luz los despertó. Se sonrieron y se quedaron un rato más tumbados sin hacer nada. Solo querían estar juntos sin separarse. Seguían las caricias, los abrazos, las miradas cómplices los arrumacos... y de la noche a la mañana sentían que iban a ser inseparables. Se deseaban como nunca antes habían deseado a nadie. Se querían... aunque ninguno de ellos se atrevía a decírselo al otro por miedo a lo desconocido, por la velocidad en la que sucedía todo, y porque ninguno de los dos creía en el amor hasta que sus miradas fueron encontradas. Además, Jessica creía que el sentimiento no era mutuo del todo, y para evitar un posible rechazo prefirió callarse.

Desayunaron como reyes, él lo había preparado todo para ella y quería que se sintiera como una reina, sin preocupaciones y con la certeza de que era el principio de una bonita historia, pero el miedo en su mirada era evidente.

—¿Has dormido bien? —le preguntó él mientras le servía un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

—Muy bien, más que bien diría yo... no me he enterado de nada.

Sonrió.

—Anoche fue... especial, ¿no crees?

—Mágico...

—¿Sabes que me gustas?

—¿Y tú sabes que me gustas también?

—¿Que te apetece hacer hoy?

Cambió de tema.

—Lo que tú quieras. —Jessica mordió la manzana y mientras masticaba, se levantó de la silla para besarle. El beso fue nuevamente tierno, dulce con sabor a fruta fresca y breve, como muchos de los besos que solían darse—. Cualquiera cosa que se te ocurra hacer, me parece bien —contestó ella.

—¿Sabes que me apetece?

—¿Qué? —quiso saber.

—Quedarme aquí contigo sin nada más que hacer que estar contigo a tu lado —su voz se tornó sensual y tierna.

—Me parece una buena idea... —contestó ella con voz ronca en un susurro.

De ese modo lo hicieron. Por la mañana no hicieron nada más que permanecer en el porche con una pequeña mantita entre los pies mientras pasaban las horas a la velocidad del rayo. Sus conversaciones eran intensas, podían pasar de hablar del tiempo a cualquier otra cosa que se les ocurriese en ese momento. Además, cuando hablaban, era como si no hubiera nada más que ellos. Descubrieron que tenían muchas cosas en común, y eso les motivaba hasta tal punto que de vez en cuando se atrevían a imaginar cómo sería una vida en común, como si fueran una pareja estable. Incluso en algún momento hablaron de que pasaría si tuvieran hijos.

—¿Sabes que es lo que más rabia me da en esta vida?

—¿Qué?

—Cuando vas conduciendo —empezó a explicar Jessica—, y ves que otro coche te adelanta porque cree que vas demasiado lento y cuando pasa por tu lado te mira como si fueras idiota. Cuando me hacen eso, siempre presiono el claxon hasta que enmudece.

—Menuda tontería, ¿eso es lo que más rabia te da?

—Sí.

—Pues, ¿sabes que es lo que me da rabia a mí?

—No.

Giró la cabeza de lado a lado en sentido negativo.

—Cuando adelanto a una lenta del volante y al pasar por su lado presiona el claxon hasta enmudecerlo —sonrió al ver la cara de idiota que se le había quedado a Jessica.

—¡Serás idiota! —golpeó su brazo y James empezó a reír a carcajada—. Yo no le veo la gracia...

—Yo sí, y tiene mucha créeme.

—Venga, va. Ahora en serio, ¿que no te gusta a ti, o que es lo que más rabia te da?

—Déjame pensar... Me da mucha rabia cuando voy a comprar a un supermercado y la cajera mientras te está cobrando se pone a hablar con el cajero de atrás explicando idioteces que no vienen al caso y tú tienes que esperar a que termine de hablar.

—¿En serio?

—Claro.

—¿Y eso no es una idiotez? —hizo una mueca

—No sé si es mejor o peor, pero ¿y si yo tengo prisa? ¿Porqué tengo que estar esperando a que la cajera le cuente al otro cuando va a ver su novio?

—Si tienes tanta prisa no vayas a comprar al súper.

—¿Y por qué no?

—Porque no. Hay que ir relajado, no con estrés y estresando a los demás. Es fácil, si tienes prisa no vayas.

—No estoy de acuerdo.

—Me da igual si lo estás o no. Es lo que hay...

—¿Me vacilas?

—¿Crees que te estoy vacilando? —contestó ella.

—Sí, rotundamente.

—Pues entonces sí. Te estoy vacilando.

—Estaba seguro.

James se incorporó de la silla para coger un par de galletas de la mesita auxiliar del porche, ella le extendió la mano pidiendo una también.

—Y si lo hiciera ¿qué? —sonrió malvadamente y mordió la galleta que acababa de darle James.

—Estarías perdida.

Jessica le lanzó una mirada desafiante esperando a que James le acabara de decir que le pasaría al vacilarle, pero este en vez de eso, se abalanzó hacia ella y empezó a hacerle cosquillas por todo el cuerpo haciendo caer las galletas y la mesa auxiliar al suelo. Ella no soportaba las cosquillas, en cuanto alguien la hacía reír de ese modo perdía todas las fuerzas y era imposible resistirse o intentar defenderse.

Al final se rindió y dejó que James siguiera con el juego hasta que las risas se volvieron a convertir en besos, y de los besos nuevamente a la risa. No necesitaban más que estar como estaban. Era como un sueño donde solo ellos existían. Una pequeña burbuja de magia pura.

A media tarde y después de comer todo lo que habían vuelto a encontrar en la despensa, decidieron salir al pueblo más cercano. Se acercaron a un mercado donde se vendían muchísimas cosas de segunda mano, flores y otros objetos además de comida típica del lugar. Pararon en una parada de dulces por petición de Jessica. Era una golosa empedernida, y los dulces eran su gran debilidad. Después de casi vaciar la parada, pasaron hasta recorrer el mercado varias veces sin rumbo fijo. La complicidad entre ellos era evidente pero el amor que se sentían lo era aun más. James cogió su mano y ella lo miró antes de sonreírle.

En una parada de flores, la mujer que las vendía les ofreció un ramo, más bien se lo ofreció a James como diciendo: “Ahora es momento de dar un pequeño paso y regálale un bonito ramo de flores para demostrar tu amor.” Pero Jessica estiró de su brazo para llevárselo de ahí, y James que era más fuerte, la arrastró de nuevo hasta la parada y le dio a escoger el ramo que quería.

—No quiero flores —dijo ella acercándose a su oído en un susurro

—¿Por qué? Yo quiero regalarte flores.

—No quieres regalarme flores —le recriminó—. Esta señora te está obligando a hacerlo de algún modo subliminal.

—No seas tonta... Quiero regalarte flores sin más, por mucho que esta buena mujer me esté poniendo una pistola invisible en la sien para que las compre.

Sonrió después de hacer el chiste. Ella le devolvió la sonrisa aceptando el detalle y escogió unas rosas de color amarillo. La mujer las adornó y se las entregó a James para que fuera él mismo quien las entregara a su amada.

—Gracias —dijo ella acercando su nariz a las rosas para olerlas.

Olián de maravilla. Frescas.

—No hay de qué. —La besó en la frente—. ¿Qué te apetece hacer ahora?

—¿Tengo tiempo de pensarlo?

—Por supuesto, tienes todo el tiempo del mundo.

No tardó ni cinco segundos en responder.

—Creo... que me gustaría volver a la casa...

Él arqueó una ceja. No sabía de qué casa estaba hablando exactamente y le había pillado desprevenido.

—¿De verdad? ¿Pero de qué casa estamos hablando?

Le daba miedo preguntar.

—De la casa que compartimos durante estos días —dijo lanzándole una mirada cómplice—. Me apetece volver...

—Pues vámonos.

Una vez de vuelta a la casa, desplegaron un pequeño tenderete en la arena y se tumbaron a tomar el sol durante un buen rato hasta que sintieron que su cuerpo empezaba a quemarse. Volvieron dentro y James que se sentía más cómodo que nunca, encendió de nuevo el equipo de música y la llevó al centro del comedor donde apartó el sofá para bailar con ella.

—Yo no sé bailar... —le avisó.

—Todo el mundo sabe bailar, Jessica. Solo has de dejarte llevar.

Empezó dando pequeños pasos y leves vueltas a la vez para ver su reacción. Ella, haciendo caso de lo que él le había dicho, se dejó llevar y aceptó que la guiara.

James no podía dejar de mirarla, le gustaba tanto... y ella hacía lo mismo. Era tal, la pasión y la atracción que sentían el uno por el otro, que no pudieron evitar acabar en la cama demostrando el amor que se sentían aun sin haberlo dicho todavía.

No se dieron cuenta y había pasado otro día más. Por la mañana bien temprano se despertaron a causa de la luz solar que entraba por la ventana.

Después de haber pasado la mayor parte del tiempo en esa casa, James y Jessica se levantaron, desayunaron y se vistieron para volver a salir.

Ese día, iba a ser un día mágico para ellos. Pasearon por la playa, tomaron cerveza hasta no poder más y por último llegaron hasta una feria donde había cientos de atracciones. En taquilla compraron un pase de 10 tickets para subirse donde quisieran. La primera no podía ser menos que la noria.

Un día de romanticismo no sería lo mismo sin una noria. Ya a lo alto contemplaron las vistas viéndose tan pequeños, que parecían insignificantes ante el resto del mundo. Pero algo que James no había tenido en cuenta era la fobia de Jessica a las alturas. No le gustaban nada, en cuanto se veía unos metros considerables del suelo, tenía la sensación de que iba a caer al vacío. Pero él que era todo un caballero la arropó entre sus brazos para que se sintiera protegida y no tuviera miedo de estar ahí con él... Funcionó, Jessica se atrevió a mirar hacia abajo y a respirar el aire puro de la tarde.

Otra parada más y que no podía faltar era subirse a la montaña rusa. Era demasiado alta también pero lo bueno que tenía era que iban cogidos desde el cuello a media pierna. Nada más subir, el aparato arrancó y se deslizó poco a poco hasta que empezó a subir llegando a los 60 metros de altura, él la sujetó de la mano como pudo y esperaron hasta que la atracción empezó a bajar a una

velocidad de 100
kilómetros por hora.

En la primera vuelta Jessica no pudo evitar gritar hasta que su voz se apagó en el último grito, la adrenalina que corría por su cuerpo y por sus venas se estaba apoderando de ella, empezó a reír a carcajadas y a sollozar por el miedo que le causaba tanto movimiento sin control.

No es que no le gustaran las atracciones de este tipo, si no que sentía que no podía controlar la situación y eso le aterraba. Una vez finalizó el trayecto que duró apenas unos 5 minutos escasos, Jessica que había quedado despeinada completamente empezó a aplaudir y a reír del propio nerviosismo.

—Otra vez —dijo sin pensarlo con los ojos abiertos como platos hondos.

—¿Otra? ¡Pero si todavía no te has recuperado de esta! —exclamó James.

—Por eso, repítamos —Jessica se bajó de la atracción en cuanto le abrieron el cinturón de seguridad y corrió hasta volverse a poner en la cola. Él la siguió. Como no había mucha gente, les volvió a tocar subir al poco de ponerse en ella. Esta vez fue Jess quien subió eufórica picando de palmas para que la atracción arrancara de nuevo. Pocos segundos antes de volver a caer por la bajada, empezó a gritar soltando todo el aire que tenía en los pulmones. Levantó sus manos y se soltó por completo. James pasó todo el tiempo mirándola como pudo sorprendido por su reacción. Era como una niña pequeña.

—Eres increíble...

—¿Por qué?

Intentó recolocarse los pelos que tenía enganchados en la cara a causa del fuerte viento.

—Me he quedado atontado mirándote, me ha encantado verte así.

—¿Así cómo?

—Disfrutando del modo en que lo has hecho. Me alegro que lo hayas pasado tan bien.

—La verdad es que he descargado mucha tensión —carcajeó—. Me he quedado como nueva.

—Eres increíble... —repitió.

—Tú también eres increíble. Gracias por este día, por todos los días y por todo en general.

—No, gracias a ti, por hacerme sentir tan bien. Sinceramente me siento como en una nube, no sé que me está pasando pero no me reconozco. De verdad. Hacía tiempo que no me sentía así, y bueno... no acabo de creérmelo.

—¿Quieres que nos vayamos y hablemos tranquilamente fuera de aquí en un sitio más tranquilo?

—Podemos ir a donde tú quieras, estoy completamente a tu disposición.

No cruzaron ni una sola palabra más hasta que llegaron a un bar de carretera. Era como en las películas, parecía tétrico y acogedor al mismo tiempo.

Al entrar te costaba mirar alrededor por la falta de luz que había en el local. Todo era de madera en las paredes y decenas de lámparas que colgaban de ellas, al final del local estrecho una barra llena de botellas a los lados, un gran espejo encima de un mueble repleto también de vasos y bebidas de todo tipo y una mesa de billar. En otro lado una pequeña pista de baile con luces de colores en el techo. Al otro lado de la pista una máquina de música de los años 50, una de esas conocidas como Rockola, de esas que tienes que echar una moneda para escoger la canción que quieres escuchar de entre todas las que están disponibles.

Junto a la máquina, una mujer de estatura media, rubia con la melena por los hombros, falda tejana por encima de las rodillas, botas vaqueras y camiseta de colores pasteles estaba escogiendo una canción.

En la barra varias personas, dos tipos que entablaban una conversación un poco subida de tono, y una pareja muy acaramelada. Justo detrás de la mesa de billar se encontraban dos sillones también antiguos de cuero negro y unas mesas para poder sentarse y tomar algo mientras podías ver el resto del bar con un poco más de intimidad.

La mujer rubia que estaba en la máquina, escogió una canción llamada Crazy love de Aaron Neville.

En cuanto empezó a sonar Jessica creyó sentirse en la misma película que tantas y tantas veces había visto, Phenomenon de John Travolta. Misma canción y misma situación, ya que el bar era

muy parecido al bar que frecuentaba el protagonista.

Le encantaba imaginarse escenas conocidas.

Se sentaron en una de las mesas y pidieron a la camarera un par de jarras de cerveza. La ocasión lo valía. Iban a beber cervezas hasta reventar. La chica parecía reservada y tímida, algo raro si trabajaba cara al público, pero el ambiente de ese bar no podía darle más de sí.

—Me encanta este lugar —giró su cabeza contemplando cada rincón.

—¿De verdad? Al entrar me he preguntado si aquí estarías incómoda.

—Para nada, me encanta el aspecto de bar de carretera, el olor, y todo en general. Es como estar dentro de una película de esas que tantas veces habremos visto.

—Sí, es muy similar. —Miraron los dos a su alrededor otra vez— bueno, y ahora que ya estamos aquí y tenemos cerveza para soltarnos un buen rato, ¿Hablamos del tema?

—Claro.

No tenía muy claro de a qué tema se refería...

—Mira, no sé qué es lo que me está pasando. Algo en mí está cambiando, sobretodo estos últimos días. Me siento diferente y estoy muy a gusto contigo. No sabría cómo explicarlo pero me produces un sinfín de sensaciones que antes desconocía. Desde que nos conocimos...

—bebió un trago de cerveza, tenía la boca seca. Ella lo imitó—... Me gustas, esto está claro desde el principio, si no ¿de qué hacía todo lo que hacía? Pero creo que hemos pasado del simple hecho de gustarme a enamorarme de ti como un loco, de tal modo que no sabría como explicártelo, y no sé qué hacer...

—Ni yo que decir ahora...

—Si no sabes que decir es porque supongo que no sientes lo mismo...

Suspiró.

Suspiraron.

—Me halaga esto que me estás diciendo, y créeme si te digo que yo me siento igual que tú. Algo está cambiando en mí, y aunque me parecías una persona arrogante y distante desde el primer momento siempre has tenido algo que me ha llamado la atención, y estos días contigo han sido...únicos. No nos ha hecho falta grandes cosas ni grandes momentos porque los momentos los hemos hecho nosotros mismos con estar solos y sin nada a nuestro alrededor. No te mentiría si te dijera que yo también estoy completamente enamorada de ti...

—No sabes cómo me gusta oírte decir esto —colocó su mano sobre la de ella—. Porque creía que era yo quién iba más allá de lo que quizás podía ser. Y pensar que tengo la oportunidad de conquistarte y hacerte mía, me reconforta.

—Ya me tienes conquistada —afirmó en un susurro acariciando su mano—. Me tienes desde el primer café y desde el primer día. Eso no lo dudes.

—Me pasaría horas y horas besándote...

—Y yo me pasaría horas y horas dejándome besar...

Capítulo 9

Los días mágicos habían pasado. Era hora de volver a la realidad, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a bajar de esa nube a la que habían subido en esos días que habían pasado juntos apartados del mundo.

Los primeros días después, se veían a todas horas, se llamaban a todo momento y cada vez que podían se enviaban mensajes para recordarse que pensaban en ellos constantemente. Todo era idílico, mágico y especial. No existía nada más que ellos mismos. Jessica solo deseaba salir de trabajar para encontrarse con él, y James lo mismo. Por un tiempo dejaron de lado todo lo demás y se centraron en ellos. Se había encendido la llama y no querían dejar pasar la oportunidad de amarse a cada momento.

Las amigas de Jess no comprendieron como había dejado de lado todo aquello que la rodeaba por un hombre que desde un principio repudiaba, pero a medida que pasaban los días, la veían tan feliz en los escasos momentos que podían verla, que dejaron que viviera su aventura como ella quería sin tenerlo en cuenta, pues se dieron cuenta de lo enamorada que estaba de James. Fue tanto el amor que surgió de repente entre ellos que incluso Jessica lo llevó a conocer a su familia presentándolo como el amor de su vida. Todo iba muy deprisa, corrían demasiado, pero ninguno de los dos quería poner freno a esa historia de amor. Planearon un futuro juntos, hablaron de hijos seriamente en un futuro no muy lejano, una boda y algunos cambios radicales en sus vidas.

En una de las mañanas de sábado que habían quedado para comer, James la llevó a una joyería para que Jessica escogiera su anillo de compromiso. No se lo podía creer. Empezó a temblar y a llorar al mismo tiempo de la emoción. Las dependientas no dejaban de sonreír al verla tan emocionada por ese momento en el que James le dijo;

—*“Aquí empieza nuestro camino a un futuro prometedor, y aquí es donde debemos sellar ese compromiso que nos llevará a la eterna felicidad.”*

Extendió su brazo para que ella escogiera el que quisiera.

Ni siquiera sabía cuál escoger. Todos le gustaban, todos le parecían especiales y todos le quedaban bien. Finalmente se decidió por uno, el anillo que todo lo sellaría a partir de ese momento. Señaló el anillo de oro blanco y diamantes pequeños que estaba en un lado de la vitrina cerrada con llave. La dependienta lo sacó y se lo entregó a James. Introdujo el anillo en su dedo anular de la mano izquierda y la besó antes de que ella pudiera contemplarlo. Era hermoso, igual que su ahora prometido. No sabía cómo había podido llegar hasta este punto cuando tan solo habían pasado unos meses desde la primera vez que entabló una pequeña conversación con él en la cafetería, y de pronto se encontraba con un anillo de compromiso entre los dedos.

—Me siento muy especial... —dijo ella con un hilo de voz secándose las lágrimas de la cara.

—Eres muy especial. Eres el amor de mi vida, y quiero compartirla contigo.

—Yo también quiero compartir la mía contigo, pero me parece todo tan...

—¿Mágico?

—No iba a decir exactamente eso pero... ¡Mágico! Es la palabra adecuada —exclamó aun con un

hilo de voz. Toda ella temblaba, no sabía qué hacer ni cómo reaccionar.

—Solo quiero que seas feliz. Y si lo eres a mi lado mucho mejor.

—Soy muy, pero que muy feliz. Y no me imagino una vida mejor que la que tú puedas ofrecerme.

Deseo con todas mis fuerzas que esto que nos está pasando no acabe nunca. Por qué los dos nos merecemos esta felicidad, ¿Verdad?

—Por supuesto, tú mucho más que yo amor. Quiero que seas tan feliz que no puedas soportarla.

Quiero que tengas todo lo que desees, y que me ames por encima de todas las cosas, porque yo te amo por encima de todo.

Ella quedó con la boca abierta al oírle decir esas palabras. Volvió a mirar su anillo y se abalanzó a él para besarle con todas sus fuerzas.

Esa misma noche quedaron para ir a cenar y acordaron verse ya en el restaurante a las 8 en punto para celebrar su nuevo compromiso. Jessica que siempre iba a contrarreloj, salió de casa más

tarde de lo previsto. Todo su ritual para peinarse y acicalarse se había alargado más de la cuenta. Como siempre.

No sabía cómo debía llevar el pelo o qué vestido ponerse para esa ocasión, y hasta que no se decidió aun sin estar del todo convencida no salió de casa.

Cuando llegó al restaurante, no vio a James por ninguna parte. Sí que era verdad que estaba lleno de gente e incluso había cola para cenar, pero por mucho que lo buscara no lo encontraba en ninguna mesa.

Al principio no le importó. Era cierto que ella ya había llegado casi media hora tarde y que era raro que él también se retrasara, pero esperó un poco más antes de llamarlo por si había sucedido algo. A la media hora de estar esperando, cuando ya tocaban las nueve y hacía una hora que habían quedado, empezó a ponerse nerviosa, pensó que algo había pasado y esperó en la cola de la recepción para preguntar por él.

Podía ser que estuviera en algún otro salón que tuviera el restaurante y que ella no se hubiese dado cuenta, pero con lo tarde que era James ya la habría llamado para ver donde estaba.

Antes de que le tocara su turno, un brazo la rodeó por la cintura y alguien la besó por el cuello susurrándole lo hermosa que estaba esa noche. Se había puesto un vestido color negro con escote y unos zapatos de tacón que realzaban su esbelta figura. Sin ni siquiera girarse reconoció de inmediato esa voz y ese olor. James estaba ahí, plantado, elegante como él solo, vestido con un traje negro grisáceo que le quedaba mejor que bien, una camisa blanca abierta por el cuello y sin corbata. Una sonrisa de oreja a oreja que enseñaban unos dientes blancos y perfectos.

—Pensaba que no estabas hace una hora que habíamos quedado —respiró hondo al verlo ahí.

—Estoy en una mesa con más privacidad. ¿Vamos?

Jessica no entendió porque no la había llamado al ver que era ella la que no llegaba.

Sin soltarla de la cintura, la llevó hasta otro punto del restaurante como si fuera su casa, pasando por todas las mesas y comensales que ahí se encontraban. Al fondo del salón pasaron una cortina de seda color oro y traspasaron hasta una pequeña sala. Nada más entrar en ella, Jessica empezó a llorar de la emoción.

—¡ENHORABUENA! —gritaron sus amigas al unísono y corrieron hacia ella para abrazarla.

—¿Qué es esto? —quiso saber y miró desafiante a su prometido.

—No podíamos celebrar nuestro compromiso sin tus amigas —contestó él con una sonrisa en la cara

—. Son parte de ti, y ahora de mí.

—¡Pensaba que te había pasado algo! Hace una hora que habíamos quedado...

—Has llegado media hora tarde —le recordó Ann.

—Tiene razón. Pero nos ha ido bien que llegaras tarde. Faltaban algunos detalles imprescindibles por recolocar. Si hubieses sido puntual habría sido un desastre —sonrió.

—Pero luego me has hecho esperar y me he preocupado James. Estaba a punto del infarto.

—¿Porqué?

—No soportaría que te pasara algo... —dijo agachando la cabeza un pelín avergonzada.

—Mi vida...

Se acercó a ella hasta notar su aliento, pasó sus dedos por el cuello y los introdujo en el pelo por la parte superior acercándola para besarla.

—Lo siento...

Ya había pasado, y aunque se había asustado, ahora estaba con de nuevo con él y con sus amigas. Jessica movió los labios solo para que James pudiera leerlos.

—Gracias.

—No hay de qué —contestó haciendo lo mismo.

Después de miles y miles de abrazos, achuchones y de revisar cada poro del anillo, por fin se sentaron en la mesa para cenar. Los gritos, las risas y demás reinaban en ese salón sin cesar. De primero un gran picapica para compartir, y de segundo cada uno de ellos, escogieron lo que más les apetecía en ese momento. Desde hamburguesas hechas con gamba, a libritos de lomo con paté y atún fresco.

El restaurante, uno de los más conocidos de la ciudad por sus experimentos culinarios ofrecía una gran variedad de alimentos extraños a escoger por el cliente siempre y cuando estuviese dentro de la carta.

La noche era perfecta, ella, su prometido y sus mejores amigas todos juntos compartiendo un momento tan especial. Jessica radiaba felicidad.

—Lo que nos gustaría saber —se adelantó Ann antes que ninguna ya que las demás no se habían atrevido a preguntar—. Es, ¿qué coño pasó en la playa para que volvierais así?

—Surgió el amor Ann, ¿no lo ves? —dijo Alice mientras dibujaba un corazón con los dedos en el aire.

—Eso ya lo sabemos, gracias Alice por la matización. Lo que no sabemos es cómo surgió.

—Bueno... supongo que como a todo el mundo ¿No? —contestó Jessica sin dar más detalle introduciéndose un trozo de pan en la boca.

—Como todo el mundo no Jess —protestó Megan—, a mí nunca me ha pasado nada igual. Además

vais a una velocidad sin sentido, y eso no sé si es bueno, la verdad...

—¿Para qué van a ir poco a poco si ya lo tienen claro? —contestó Ann defendiendo a su gran amiga y casi excompañera de piso—. ¿No has visto alguna vez parejas que llevan años de noviazgo y después al poco de casarse o irse a vivir juntos se separan?

—Si —contestaron las demás en voz alta o asintiendo con la cabeza.

—Pues ya está —prosiguió Ann—. Mejor así, si no les funciona borrón y cuenta nueva. Hasta que no convivan no sabrán si de verdad están hechos el uno para el otro, es mejor ahora que dentro de unos años o meses.

—¿Te acabas de dar cuenta de lo que acabas de decir? —dijo Alice sorprendida.

—¿Qué?

—Estás diciendo que tienen que convivir, lo que significa que tú vas a quedarte sola en el piso. Ann suspiró.

—No lo había pensado en ese daño colateral —dijo con un hilo de voz mirando a su amiga Jess que está también la miraba como si estuviera a punto de llorar.

—Ahora mismo acabo de darme cuenta yo también. “sorry” —se disculpó Jessica por no haberlo pensado antes—. Lo siento... —se volvió a disculpar y se abrazaron entre sollozos...

—No tienes por qué hacerlo, es lo normal, y lo comprendo. Aunque después de tanto tiempo te echaré de menos. ¿Lo sabes verdad?

—Lo sé —aseguró Jessica y era verdad. Las dos se echarían muchísimo de menos. Habían compartido mucho durante toda la vida y ahora parecía que era el momento de terminar una etapa para poder empezar otra.

—Supongo que yo puedo decir algo al respecto, ¿No? —se apresuró a decir James al verlas así— no os precipitéis, el que haya un compromiso no significa que nos vayamos a vivir juntos hoy mismo.

Todas se miraron,

—¿Cómo que no? —quiso saber ella de inmediato—. ¿No vamos a vivir juntos?

—Claro que sí. Pero ya que hemos corrido tanto, si quieres podemos esperar un poco para dar este paso.

Se encogió de hombros, y al ver la cara de su prometida y de sus amigas, continuó explicándose.

—Me refiero a que si así lo deseas, podemos esperar un poco más y ver como lo llevamos durante un tiempo, no estoy diciendo de esperar un año, pero si un par de meses más, o si lo prefieres hasta que nos casemos.

—No entiendo...

—No te lo tomes como algo malo.

—Sigo sin entender. ¿No quieres vivir conmigo?

—¡Por supuesto que quiero! —exclamó sin dudarle un segundo—. Pero lo que no quiero es esto, el que lo paséis mal vosotras, ni que os tengáis que despedir de esta forma como si no os volvierais a ver más. ¿Me entendéis?

—Yo sí te entiendo James —comentó Alice—. Te entiendo perfectamente, y seguro que ellas también aunque ahora están sensibles.

Y así era. De pronto les había dado un gran bajón ante esa situación. Pero por eso la fiesta no debía parar. Así que una vez terminaron de cenar, salieron a la calle en busca de algún local donde bailar.

Jessica fijó los ojos en su prometido, esa noche estaba realmente hermoso, pero algo le pasaba por la mente, ya que de pronto su rostro cambió después de atender una llamada de la cuál Jessica no tenía ni idea de quién había sido. Durante lo que duró la noche, o mejor dicho el resto de la noche, mantuvo la calma sin preguntarle sobre esa llamada. Algo que dejaría pendiente para la mañana siguiente.

Después de unos bailes y unos cuantos cubatas para celebrarlo, las chicas empezaron a retirarse poco a poco, unas antes que las otras. Los prometidos se despidieron en la puerta de la casa de ella con un dulce y apasionado beso, quedando en que se llamarían a la mañana siguiente para verse en cuanto se levantaran. Jessica tenía planes preparados con su prometido para ese fin de semana.

El despertador sonó, pero ella no podía ni levantarse, estaba resacosa y demasiado cansada como para madrugar, lo paró y siguió durmiendo hasta pasadas dos horas.

Once de la mañana. Al abrir los ojos, lo primero que hizo fue mirar su teléfono por si James la había llamado, ni rastro. Imaginó que estaría durmiendo al igual que ella. Se levantó a regañadientes y se metió en la ducha dejando caer el chorro de agua caliente durante un buen rato mientras intentaba despertarse del todo. Se tomó su tiempo en arreglarse y desayunar. Ann por el contrario seguía durmiendo como un bebé. Se acercó a observarla y rió al verla como estaba durmiendo. Las sábanas entre las piernas y el suelo y los cojines revoloteados por la cama. Al acercarse más, se fijó en su rostro dormido, estaba KO.

Un hilo de baba le caía por un lado de la boca hasta llegar a mojar el cojín. No pudo contener las carcajadas, y para no despertarla se marchó rápidamente.

Una vez estuvo arreglada, llamó a James repetidas veces pero su teléfono permanecía apagado.

Esperó durante un rato, y ese rato se convirtió en medio día, y de ahí hasta la anoche. Al no tener noticias de James, algo bastante raro, empezó a preocuparse otra vez, aunque siempre cabía la posibilidad de que su prometido le estuviera preparando alguna.

Junto a Ann, que pasó todo el día con ella después de cancelar su cita con un antiguo compañero de trabajo, decidieron llamar a todos los conocidos para saber si le había pasado algo. La noche anterior todos habían bebido mucho y no estaban en condiciones ni de conducir ni de hacer nada más que meterse en la cama y dormir la mona. Nadie sabía nada de James.

La tensión cada vez era mayor, las horas pasaban y Jessica seguía sin saber nada de él, su teléfono seguía apagado. Después de toda la noche intentándolo, y llamando a hospitales, conocidos y amigos, cogieron el coche y se dirigieron a casa de los padres de James. Jessica estuvo una vez pero se acordaba del camino perfectamente.

Llamaron dos veces. Una mujer joven y muy bien vestida les abrió la puerta. Jessica no la reconoció.

—Buenos días, venimos a ver a los señores Cooper. ¿Podemos pasar?

—¿Disculpa? —dijo la mujer.

—Venimos a ver a los padres de James —empezó a explicar Ann al mismo tiempo que fijaba la vista en el interior de la casa por el hueco de la puerta—. ¿Podría decirles que hemos venido para ver si saben dónde está su hijo?

—¿Un hijo? Lo siento —se disculpó la mujer— pero creo que se confunden, aquí no vive nadie con ese nombre.

Jarrón de agua helada cayó encima de Jessica y Ann que no entendían.

—¿Cómo que no? Si estuve yo aquí no hace mucho con mi prometido y sus padres. ¿Está María? Es la encargada del hogar.

—Lo siento —se volvió a disculpar— pero es que aquí no vive nadie con ese nombre, ni tampoco ninguna María. Es más, aquí no vive nadie desde hace casi dos años.

—¿Entonces me habré equivocado de casa? —miró a su alrededor y a lo largo de toda la calle buscando la casa pensando que se habría confundido, pero justo antes de marcharse, reconoció la caseta del perro y las figuras de la entrada—. ¡Señorita! —la llamó de nuevo antes de que cerrara la puerta—.

Es esta casa, lo sé, estoy segura.

—Como ya le he dicho...

—¿Podemos entrar a ver la casa por dentro? —preguntó Ann y sus ojos se removieron rápidamente mirando a su amiga y seguidamente a la mujer.

—Claro. —La mujer muy amable se apartó y les abrió de la puerta de par en par para que pudieran pasar—. Podéis ver lo que queráis, pero ya os digo que....

—Gracias.

Las amigas entraron y Jessica reconoció de inmediato cada rincón de la casa.

—Como os estaba diciendo, aquí no vive nadie con ese nombre, los dueños de la casa la pusieron en venta hace casi dos años después de la muerte de su hijo pequeño.

Jessica se sentó en el mismo sofá donde se sentó la vez que estuvo con James y sus padres y palideció.

—¿Estás bien? —se agachó Ann para sujetarla.

—Me estoy mareando —dijo en un susurro—. No entiendo nada.

—Yo tampoco. ¿Estás segura de que era esta casa? ¿No puede ser otra que esté por aquí cerca y sea muy parecida?

—No Ann, no... es esta. Estoy completamente segura —empezó a sollozar y se apoyó al cabecero

del sofá para no caerse.

Estuvieron en la casa hasta que Jessica pudo levantarse sin caerse. Volvieron al coche y permanecieron en él hasta decidir que debían hacer. Ninguna de las dos lo sabía. El problema en ese momento no era que no supieran nada de James, sino que además, su familia a la que había conocido anteriormente en esa casa, no existía.

Llegaron de nuevo a casa y no hicieron nada más que esperar. También podía ser que James fuera a casa de algún amigo y se quedara dormido, pero lo de su familia era tan raro que las demás suposiciones se desvanecían.

Esa noche fue una de las más largas para Jessica. Ni siquiera pudo dormir en toda la noche. Hacía dos días que no sabía nada de su prometido, y no dejaba de dar vueltas y más vueltas en la cama sin poder cerrar los ojos. A cada segundo miraba su teléfono o intentaba llamar una y otra vez sin éxito. Por si acaso, en más de una ocasión, dejaba algún mensaje por si lo escuchaba en algún momento.

A la mañana siguiente, cuando ya estaban a punto de llamar a la policía, apareció John. Se presentó en su casa con la excusa de que hacía muchos días que no sabía nada de ella, pero Jessica no estaba muy receptiva. Para su sorpresa también, John tenía un sobre en blanco con el nombre de Jessica escrito en bolígrafo y en letras mayúsculas en el centro del sobre.

—¿Qué es eso? —quiso saber y alargó su mano para coger el sobre.

—Lo he recogido del suelo de la escalera. Pone tu nombre —le entregó el sobre y ella rápidamente lo cogió y lo abrió.

—¿Qué es? —quiso saber Ann que apareció detrás de ella.

Jess leyó lo que decía.

“Siento hacerte daño, pero esto no puede continuar. Perdóname.

James”

Jessica dejó caer el folio al suelo y ella cayó también. John y Ann la socorrieron de inmediato. Él que tenía más fuerza, la llevó hasta la cama, le levantaron las piernas y le mojaron la cara con agua para que volviera en sí.

Se había desmayado.

Al abrir los ojos empezó a llorar sin control. John no entendía nada, pero aun así la abrazó y dejó que rompiera a llorar desahogándose.

Pasaron los días y Jessica sólo tenía la sensación de estar viviendo un sueño más, una pesadilla. Seguía sin entender nada, y lo único que sentía era traición y desesperación por entender que había pasado.

La mayor parte del tiempo lo pasó durmiendo. Cuando abría los ojos y veía que todo seguía igual, los volvía a cerrar sin querer saber nada de nadie ni del mundo. De esta forma dejaba de sentir el dolor tan profundo que sentía desde que leyó la nota de James.

John no se separó de su lado en ningún momento, de vez en cuando entraba en la habitación de Jessica para ver si estaba bien o si necesitaba alguna cosa, y Ann siempre intentaba que comiera algo, pero Jess se negaba a abrir la boca. Su estómago se había cerrado por completo. Las chicas venían a verla cada día, pero ella que no estaba en condiciones de recibir visitas y lo comprendían, se quedaban en el comedor con Ann y John haciendo acto de presencia por si las moscas.

Todo transcurrió como debía ser. Los primeros días fueron los más difíciles en los que Jess se negaba a todo rotundamente, hasta que una mañana se levantó y se dirigió al comedor donde seguían sus dos amigos a la espera de que volviera en sí en algún momento.

Ann estaba en la cocina preparándose un café, y John estaba durmiendo en el sofá a pierna suelta.

Ella no pudo evitar sonreír levemente al ver en qué estado se encontraba. Una pierna en lo alto del cabecero y la otra con el pie en el suelo, la cabeza a un lado tapada con el brazo derecho y el brazo izquierdo protegiendo, por así decirlo sus partes más íntimas.

Ella, por el contrario tenía un aspecto devastador. Sus ojos estaban hinchados, su pelo alborotado y sucio, la ropa que llevaba olía a sudor al igual que ella, y su rostro era pálido y demacrado. No quiso ni mirarse al espejo por miedo a ver en qué se había convertido.

Un desastre total.

Al andar hasta el sofá buscando un hueco donde sentarse hizo un ruido que despertó al caballero durmiente. Este se sobresaltó y se levantó como si acabara de estar una bomba. Ella volvió a sonreír.

Se sentó en el sofá sin dejar de hacerlo y como si no hubiera nadie más con ella.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —preguntó medio dormido y sobresaltado quitándose las legañas de los ojos, con la marca del reloj en media cara de haber estado presionando durante un buen rato.

—Estoy bien —contestó ella en un susurro— ya no podía dormir más —dijo mientras cogía una mantita azul y se cubría el cuerpo helado—. ¿Cuánto he dormido?

—Unos 4 días más o menos...

—¿Más o menos? —arqueó una ceja.

—Bueno, si contamos que creo que es de día... —miró por la ventana por si él también había dormido más de lo previsto sin darse cuenta—. Son casi 5 días. Pero si necesitas descansar más, no te preocupes, puedes descansar todo lo que necesites.

—No. Estoy bien, tengo algo de hambre.

—¡Ann!, ¡ANN! —gritó y ella salió de la cocina corriendo.

—¿Qué pasa? —quiso saber sobresaltada también—. ¿Por qué coño gritas así? —rápidamente se dio cuenta de la presencia de Jessica—. Cariño... ¿Estás bien?

—Sí... solo que tengo un poco de hambre... y frío.

Tembló bajo la manta.

—¿Quieres que te prepare algo? ¿Enciendo la calefacción? —Tocó su frente con la palma de la mano—. Estás algo destemplada. Te prepararé un vaso de leche con galletas. ¿Te apetece?

—Por favor —agradeció con también con la mirada,

¿Qué haría ella sin su gran amiga? La quería con locura.

—¿Y tú qué haces aquí? —se dirigió a él.

—Estoy esperando a que mejores.

—Ohh...gracias... por preocuparte. Es todo un detalle.

—No tienes por qué dárme las gracias digo —sonrió—. Lo hago porque quiero y porque eres

importante para mí.

—¿Importante para ti?

Ann apareció con el vaso de leche y las galletas que más le gustaban a Jessica interrumpiendo la conversación. Lo dejó en la mesita auxiliar para que no tuviera ni que levantarse y volvió a la cocina.

Bebió la leche de un tirón, y las galletas las fue comiendo mientras hablaba con John de lo que había sucedido. Todo era como un sueño que después se convertía en una gran pesadilla, y lo único que quería era despertar y que todo volviera a ser como antes.

—No lo entiendo —repitió una y otra vez haciendo muecas al mismo tiempo—. No entiendo esta situación y porque te ha hecho esto. Todo ha ido muy deprisa, quizás ese ha sido el problema, que no habéis sabido llevar la situación, y quizás esté agobiado.

—¿Qué está agobiado? ¿Y yo que soy? ¿Un juguete que tira a la basura cuando se cansa de jugar? Si está agobiado que no hubiese hecho todo lo que ha hecho.

—En eso te doy la razón —añadió Ann que volvía de la cocina y se sentó junto a ella—. Lo que pasa es que ese hijo de puta se ha acobardado y ahora no quiere dar la cara.

—No lo sabemos.

—¡Claro que lo sabemos! —exclamó enfurecida—. ¿No te has visto Jess? ¿Te cuento como has estado estos días? ¿Y cómo hemos estado todos nosotros?

Jessica miró a su amiga con el alma en pena.

—No.

—Entonces no me llesves la contraría. Si yo digo que es un hijo de puta, lo es y punto. Y si yo digo que es un cobarde, lo es. Y si digo que el día que lo vea le parto las piernas, es que le parto las piernas.

¿Te ha quedado claro?

Ann estaba exaltada y no era para menos. El hombre al que Jessica amaba le había traicionado y había desaparecido sin más, sin dar explicaciones. Y si a su amiga le hacían daño, a ella también. Y no iba a permitir que nadie la dañara más. Y si para ello tenía que dar la vuelta al mundo para encontrarlo y partirle las piernas, lo hacía. Y ya no hablar de averiguar lo que había pasado con la casa de los padres de James. Nadie sabía nada al respecto, pero eso no iba a quedar así.

Ann era mucha Ann.

Capítulo 10

Pasaron los días y Jessica volvió a la rutina, a su trabajo y a preparar sus próximas presentaciones de la novela que estaba a punto de publicarse. Volvió al trabajo donde por lo menos durante unas horas dejaba de pensar en James y en lo que había sucedido, menos cuando entraba alguien trajeado por la puerta y se le sobresaltaba el corazón.

Por las tardes cuando llegaba a casa siempre se encontraba con alguien, nunca la dejaban sola, pero a sus espaldas Ann, tal y como había prometido, investigaba la vida de James.

Por el momento no había obtenido ninguna respuesta, pero esa misma tarde tenía una visita con un detective que la ayudaría a resolverlo todo. Para que ella no estuviera sola, dejó que Alice se quedara en casa con ella, quién con su habladuría, entretuvo a Jessica hasta su vuelta.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Alice en voz baja en la cocina.

—Le he dado todos los datos que teníamos para que investigue a fondo y una foto que tenía Jessica en la habitación. En cuanto sepa algo me llamará. Te aseguro que esto no va a quedar así —advirtió.

—¿No crees que nos estamos pasando con todo esto?

—¿A qué te refieres?

—No sé... ¿Contratar un detective para esto? —se apoyó al mármol de la cocina para mirar por la ventana que daba al comedor e intentar ver si Jessica permanecía en el sofá viendo la tele—.

—¿Cuánto cuesta?

—Depende lo que tarde en averiguar o lo que tenga que hacer, pero mínimo 1000 dólares. Y no, no nos estamos pasando. Si no la hubiese dejado como lo ha hecho con una nota cutre, lo hubiese dejado pasar, porque la verdad, si es así de cobarde, desde luego no se la merece, pero el problema está en lo que pasó en su supuesta casa. Y algo me dice que esta historia está llena de mierda. Llámalo pálpito.

—Bueno... entonces esperaremos a ver que sale de todo esto.

—Te iré informando, no te preocupes.

Salieron de la cocina y se sentaron junto a ella en silencio. Parecía que se estaba quedando dormida.

Al poco rato sonó el timbre.

—¿Quién será ahora? —dijo Jessica refunfuñando y levantándose del sofá para abrir— ¿Si?

—Soy yo.

—¿Quién es Yo?

—Soy John, ¡Abre!

Abrió la puerta desde el interfono y John subió las escaleras de tres en tres.

—¿Tú por aquí? Qué raro... —se burló abriendo paso para que pasara.

—Vengo a ver cómo estás.

—Estoy bien, no hace falta que estés aquí todo el santo día.

—Menudo humor tenemos hoy ¿No?

—El que toca. Si no te gusta vuelve a salir por la puerta —contestó borde y se sentó de nuevo en el sofá tapándose con la mantita azul como si nadie hubiese venido.

—Ha sido verte a ti y cambiar de humor, chico... ¡No sé qué tendrás! —dijo Ann sin darle importancia.

John como si estuviera en su casa, apartó las piernas de Jessica, las levantó y se sentó dejándolas encima de su regazo. Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Puedo sentarme?

Ella no contestó. Su mirada seguía fija a la suya.

—Yo de ti me callaría y me quedaría quieto ahora que has conseguido sentarte si no quieres salir de aquí a patadas —le recomendó Alice con una sonrisa en la boca—. Si quieres puedes hablar con nosotras

—. Jess miró a su amiga con la misma cara que miraba a John y esta se calló de inmediato.

No sabían porqué Jess tenía esos cambios de humor tan bruscos pero lo entendían perfectamente y no se lo tenían en cuenta. Su comportamiento era normal después de todo lo que había pasado.

De la noche a la mañana su vida cambió completamente de bien para mal. Se había enamorado de ese hombre arrogante que en el fondo parecía ser todo lo contrario, y de la noche a la mañana también, la había abandonado con una nota fría después de una celebración de compromiso.

Lo mejor era dejar pasar el tiempo, pero era evidente que cada día le costaba más superarlo y su carácter se volvía agrio.

Los días siguieron pasando, y aunque para Jessica todo lo que había pasado con James era como un mal sueño, seguía recordándolo diariamente. A cada paso que daba, cada hombre parecido a él que veía, le recordaba esa historia en la que ella creía especial. Dejó de ver películas de amor, y cuando daban alguna por la televisión, despotricaba veneno diciendo lo estúpido que era inventarse una historia así.

Nada podía ser cierto ya que el amor a primera vista no existía para ella, y las historias que parecían especiales o que iban demasiado deprisa no podían ser verdad. Pero todo empezó a cambiar de nuevo.

En el trabajo funcionaba normal, cumplía con su horario como era su obligación, y por las tardes se dedicaba a su novela, más presentaciones, firmas de libros y actos diversos. Uno de los cambios más evidentes en la vida de Jessica fue el constante apoyo de John. Al principio ella era reacia a sus visitas pero poco a poco él la fue camelandando... le daba consejos, la acompañaba a todos los sitios y por las noches mantenían conversaciones profundas tanto por teléfono como en casa de ella cuando después de una cena se apalancaban en el sofá sin apreciar el tiempo. Con la aventura de James la amistad que empezaban a tener se deterioró hasta tal punto que en los últimos días Jessica lo empezaba a detestar.

Pero todo cambió, y no sabía si era por el hueco que James le había dejado después de su desaparición, que empezó a ver a su amigo de forma distinta. Parecía que tuvieran muchas cosas en común, reían y el tiempo juntos, se estaba convirtiendo en algo valioso.

Una de las mañanas en las que John se despertó en el sofá de Jessica, pasó algo que ni ellos mismos se imaginaban que pudiera pasar... O si...

Un desayuno y risas mañaneras acabaron en un dulce y apasionado beso del cuál, después de valorarlo como algo inevitable, quedaron con ganas de repetir. Tardaron algunos días en hablar del tema, pero una vez lo hicieron quedaron de acuerdo en que podían intentarlo.

Jessica antes de conocer a James no creía en el amor, después se enamoró perdidamente y fue traicionada. Ahora volvía a no creer, aun así decidió dar ese paso. Quizás porque en el fondo le gustaba o quizás porque lo que realmente le aterraba era la soledad. Y James la había dejado sola y con un enorme y profundo agujero en el corazón y en el alma.

La primera cita oficial entre ellos fue sencilla. Un café, como si fuesen unos desconocidos quedando una tarde en la cafetería del parque para hablar de ellos y conocerse un poco más de lo que ya se conocían. La segunda cita fue una cena, esta vez en un restaurante italiano con unas copas de postre. La siguiente ya fue algo distinta. Un paseo, una cena y una velada romántica a la luz de las velas que acabó porque así lo quisieron ellos, en una noche de hotel donde pasaron una noche de lujuria.

A la mañana siguiente de esa velada los dos rieron al ver donde habían llegado. Él sabía que Jessica seguía pensando en James, pero lo único que tenía en mente era conquistarla hasta hacerle olvidar ese hombre que tanto daño la había hecho.

—Ha sido una noche fantástica —dijo él mientras recogía toda su ropa del suelo para vestirse.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. Me lo he pasado muy bien yo también. Me has sorprendido gratamente.

—¿En qué sentido? —quiso saber.

—Bueno... no te imaginaba tan cariñoso y fogoso a la vez. Pero he de decir que he quedado encantada.

—¿Te gustaría repetir?

—No quiero ser de uso al antojo de tus necesidades. Creo haber notado estos días que esto puede llegar a convertirse en una relación seria con el tiempo, si no es así, dímelo, porque no quiero volver a sufrir —advirtió.

—No te preocupes. Yo voy en serio, y no eres mujer para un rato. Creo que te lo he demostrado todo este tiempo que lo has pasado tan mal.

—Tienes razón. Lo has hecho, y te lo agradezco. —Jess se acercó para darle un abrazo— gracias por todo. Eres un gran amigo.

—¿Solo me consideras un buen amigo? —se sorprendió—. ¿No significo nada más?

—Me has entendido perfectamente...

Y así empezó. Una nueva relación con quién menos imaginaba empezaba a florecer. Sabía que no le llenaría como lo había hecho James, pero por lo menos lo iba a intentar.

Todo volvió a cambiar cuando una mañana recibió una llamada de una chica llamada Alexandra, la cual trabajaba en la editorial donde Jessica tenía un contrato de publicación. Esta chica le informó de los cambios que había habido en las últimas semanas en las que Jessica había estado ausente.

—A partir de ahora yo seré la responsable, ha habido algunos cambios en la editorial y yo me encargaré de ti, de organizar tu agenda y demás.

—Perfecto. ¿Y qué planes tenéis para mí?

—Para empezar, me gustaría poder tomar un café contigo lo antes que puedas. De ese modo nos conoceremos personalmente y hablaremos más tranquilas. ¿Te parece?

—Claro. ¿Cuándo te va bien?

—Cuando tú quieras, yo estoy a tu disposición por órdenes de Blanca.

—¿Esta misma tarde te va bien? —soltó Jessica, de pronto se sintió impaciente. Además seguro que iba a estar entretenida y su cabeza dejaría de darle vueltas al asunto.

—Me parece bien, te espero en la cafetería Thomas café a las seis en punto. ¿La conoces?

—Sí, ahí estaré. Gracias por llamar.

Esa misma tarde tal y como había quedado con Alexandra, acudió en su cita a la hora prevista. Algo que no había preguntado en el momento de la llamada era como iba a reconocerla. Pero le fue fácil. Tenía su última novela en papel encima de la mesa junto con varias carpetas. Se puso nerviosa, respiró hondo y fue a saludarla.

—Hola —dijo sin más—. ¿Alexandra?

—Yo misma —se levantó de la silla para darle dos besos—. ¿Qué tal estás?

—Bien, algo nerviosa ahora mismo —admitió

—No tienes por qué. No muerdo... —sonrió.

—Lo sé, pero es que acabo de ver... —señaló con la mirada el libro que seguía en la mesa, Alexandra la siguió con la mirada.

—Ah... ¿Y qué te parece?

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto —le entregó el libro. Jessica lo cogió como si fuera un bebé recién nacido y estuviera a punto de romperse. Lo miró y lo volvió a mirar con delicadeza y emoción. Lo acarició, le dio la vuelta, lo abrió y hundió su nariz para sentir el olor de sus páginas. Inspiró fuertemente y se impregnó de él.

Eso la hizo feliz dentro de su amargura.

No podía dejar de mirarlo. La portada era llamativa, una mujer sentada en la barra de un bar con las luces medio apagadas. Una portada simple pero elegante, clásica pero ideal. Y el título que había escogido era perfecto para describirla.

“La voz de Júlia”

Sí, era perfecto. Ese título lo decía todo. Ella era la protagonista, Júlia. Esa mujer de armas tomar adicta al sexo que un día se enamoró del hombre de sus sueños sin importarle su pasado, ni las apariencias.

Alexandra y Jessica hicieron buenas migas, además de ser su nueva editora, empezaron un camino hacia la amistad. Más o menos tenían la misma edad.

Alexandra era un poquito más baja, pero era sencilla como ella, elegante al mismo tiempo. El tono de su piel blanca como el marfil y su larga y ondulada melena morena caía entre sus brazos. Era una muñequita preciosa a la que todo hombre que pasaba por su lado miraba sin cesar.

El primer paso que debía hacer Jessica era una presentación a los pocos días de su publicación. Estaba previsto que se hiciera en la recepción de un hotel donde acudirían periodistas, público y otros editores. Alexandra se encargaba de organizarlo todo para que saliera a la perfección. Ella también creía que su historia llegaría a ser algo grande, y es por ello que pondría todo su empeño para conseguirlo, además Blanca le había dado unas pautas para que hiciera todo como debía hacerse sin dejarse detalle.

Quedaron en verse un día antes para ultimar los preparativos al gran evento. Y así lo hicieron.

—Me alegra verte de nuevo, ¿Estás nerviosa para mañana?

—Un poco sí, no sé muy bien como reaccionaré.

—¿Pero ya has hecho otras presentaciones, verdad? —Alexandra mientras hablaba seguía trabajando duramente Jessica asintió—. Ya verás como todo saldrá bien.

—Eso espero —confesó—. No estoy pasando por un buen momento y mis ánimos están por los suelos. No quiero cagarla. Se lo debo a Blanca. Y a ti por todo lo que estás haciendo.

—Te lo debes a ti misma, Blanca ya me puso al corriente de tu situación y créeme que no debes preocuparte por nada. Estamos aquí para ayudarte. Ahora ensayaremos un poco lo que haremos.

—Llevó a Jessica hasta la mesa donde se sentaría en el momento de la presentación y la hizo sentarse mientras le explicaba qué debía decir en el momento adecuado—. A tu lado derecho estaré yo, y si te sientes mal, agobiada o confusa y no sabes que decir o que hacer solo tienes que decírmelo. Yo estoy aquí para ayudarte, recuérdalo —sonrió y le acarició el hombro para tranquilizar sus nervios—. Y en el lado izquierdo estará Beatriz Caballero.

Jessica abrió los ojos petrificada.

—¿Beatriz Caballero?

Beatriz caballero era una escritora reconocida con millones de fans, conocida por sus micro historias surrealistas. Era una mujer de 44 años, que después de pasarse la vida dedicada a los hijos y a su familia y con un trabajo que no le gustaba, decidió empezar la aventura de escribir. Algo que le apasionaba pero que lo mantenía oculto por miedo a posibles críticas negativas.

Un día se decidió a publicar y desde entonces no ha dejado de hacerlo. Tanto fue su éxito, que sus historias no superiores a 150 páginas te dejaban huella para el resto de los días, y siempre te dejaba con el ansia de seguir queriendo leer más y más cosas de ella. Era una diosa de las letras, y se podría decir que además de haber tenido suerte en este mundo, se lo había trabajado duramente para llegar donde había llegado.

—¿Cómo has conseguido que Beatriz esté en el día de mi presentación?. Y más aún ¿cómo es posible que ella quiera estar en mi presentación?

—Puedo conseguir lo que quiera, ese es mi trabajo —sonrió.

—Gracias por todo lo que estás haciendo, de verdad. Me siento maravillada — estaba conmovida y casi a punto de llorar.

—Me alegro que te guste, sinceramente yo también estoy emocionada con todo esto.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Jessica en un susurro y agachó la cabeza con miedo a lo que Alex pensara de ella ante esa pregunta—. ¿Qué pasaría si en medio de la presentación, me diera por vomitar o desmayarme?

Alexandra se la miró pensando en lo peor.

—¿Sueles vomitar o desmayarte en tus presentaciones? —sus ojos se abrieron de par en par.

—No suelo hacerlo nunca, pero cabe la posibilidad —murmuró y sonrió al ver la reacción de su nueva editora.

—Supongo que debes estar bromeando, igualmente, si así fuera, no te preocupes. Si te desmayas te recogeremos, y si por lo que sea vomitas ya lo intentaremos disimular de alguna manera.

Jessica carcajeó al ver la cara desencajada de Alex.

—Sí, estaba bromeando. Aun así me ha encantado ver cómo has palidecido.

Alex hizo una mueca.

—Dejémonos de bromas y vayamos al lío. Vamos a ver... —empezó a mirar a su alrededor—.

Tú

vas a sentarte aquí —señaló—. Yo aquí, Beatriz... Hasta aquí todo bien. Empezaremos con un

pequeño discurso donde daremos las gracias a todos los asistentes por haber venido, etc etc. Después te haremos una pequeña presentación para los que no te conozcan y mostraremos algunas imágenes en la pantalla, después hablaremos de tus libros anteriores. Para finalizar, hablaremos sobre esta novela que es a la que daremos algo más de importancia. No es que las demás sean inferiores, si no que esta tiene que tener un protagonismo especial. Después de todo esto —Alex se movía por la sala como si ya estuviera llena de gente señalándolo todo para asegurarse de que todo lo que decía era como debía ser—. Al final de todo ofreceremos algo de comer y bebidas. Mientras, tu misión será la de firmar los libros. La mayoría de gente como ya sabrás, cuando viene a una presentación suele comprar libros, y normalmente siempre es el último, pero en este caso para hacerlo más redondo, se expondrás todos, y cada uno que elija el que quiera. El que venga por primera vez porque no te conozca —siguió explicando—. Si le ha gustado lo que ha visto y le llama la atención, es muy probable que compre la última novela y alguno más. Así que ya sabes que hacer. Tu misión es conectar con la gente y asegurarte de que quieren saber más de ti. ¿De acuerdo?

—Todo me ha quedado claro. Ahora solo falta que les guste.

—¡Por supuesto que les va a gustar! Y en cuanto te lean, ya verás. A mí me encantó. Y piensa que yo para esto soy muy crítica.

—Gracias. Me siento muy halagada —aseveró emocionada por lo que acababa de escuchar.

—Debes creértelo sin más.

Todo estaba listo. Ya solo faltaba esperar al día siguiente. Para hacer más amena la espera y porque las dos habían conectado tan bien, se fueron a cenar juntas para seguir hablando y conectando.

Durante la cena no solo hablaron de la presentación y sus libros, sino que también salió el tema de James. Al ofrecerle tanta confianza, Jessica se abrió con Alex y esta que a pesar de su edad era demasiado madura y muy inteligente, la aconsejó lo mejor que supo.

—¿Has pensado en acudir a su trabajo? Si dices que es socio, seguramente debe estar por las oficinas en algún momento del día. ¿No?

—No lo había pensado... —Y era cierto. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza esa posibilidad—. Aunque creo que lo mejor será dejarlo aquí. Si él ha querido acabarlo así, yo no soy nadie para andar buscándole para pedir explicaciones.

—Eras su prometida. Por lo que alguien con derecho si eres.

—Ya... Pero si lo pienso bien, es mejor así. No quiero sufrir más.

—Te entiendo. Es tu decisión, yo puedo aconsejarte pero tú tienes que hacer caso a tú corazón.

—Al principio fue difícil, pero ahora ya lo tengo casi asimilado. Pensé que nuestra historia empezaba a ser especial y a lo mejor ese fue el problema.

—No debes culparte por nada. Él único que se ha portado mal aquí ha sido él —Alex acarició su mano cariñosamente—. Tú misma lo has dicho, borrón y cuenta nueva. Además hora estás empezando una relación, y debes centrarte en ella sin miedo a lo que pueda pasar, y también debes centrarte en ti y en la presentación de mañana —le volvió a sonreír.

Por la mañana bien temprano, Jessica fue a la peluquería. Era un día muy especial y quería estar guapa para el evento. Tardó casi tres horas en salir. A lo tonto se entretuvo demasiado hablando y eso la perjudicó a la hora de organizar su día para llegar a la hora exacta al hotel. Ann, Jessica y Alex comieron juntas. Para Ann ver feliz a Jess a su manera era lo único que le importaba, sobre todo después de lo que estaba pasando. Quiso compartir todo el día con ella y ayudarla en todo lo que estuviera en sus manos.

—Te veo tranquila. Eso es bueno —comentó Alex justo después de pedirse un chupito de hierbas.

Ella si estaba temblorosa a pesar de que no era su primera presentación como representante editora—.

Creo que va a salir muy bien, ya verás.

—Pues yo creo que será todo un éxito —intervino Ann que también estaba temblorosa y emocionada.

—La profesión se lleva por dentro —musitó Jess.

—¿Sabes cuanta gente vendrá? —Ann se dirigió a Alex.

—No lo sé muy bien, pero hemos contado que más de 150 personas.

—Wao! —gritó ella y Jess palideció—. Tranquila Jess, todos estamos contigo. Bebe un trago del chupito de Alex y ya verás que bien te sienta.

Cogió el vaso y se lo acercó a los morros.

—¡Si hombre! Tu emborráchamela... —le quitó el vaso de las manos y se lo bebió de un trago—.

Ella tiene que estar serena. Somos nosotras las que podemos tener un poco de vidilla —alzó el brazo para llamar la atención del camarero y este se acercó de inmediato—. Otro por favor.

—¡Que sean dos! —volvió a intervenir Ann alzando también la mano señalando con los dos dedos.

—Tres! —gritó Jessica.

—¿Has oído lo que he dicho? —recordó Alexandra.

—¿Y tú quieres que me desmaye o que vomite? Lo que mejor prefieras... —vaciló—. Lo dejo a tu elección.

—Está bien, pero uno y no más.

—Eso ya lo veremos —amenazó aún pálida.

Ya era la hora. Al final hizo caso a su nueva editora y solo se tomó un chupito de hierbas. No le hizo ningún efecto raro, pero la tranquilizó un poco. Como ella decía, la profesión se llevaba por dentro, y verdaderamente en su interior estaba gritando de histeria.

Empezó a llegar gente, y ella los observaba desde la parte trasera de una cortina que habían colocado justamente detrás de las mesas presidenciales. Detrás mismo de las cortinas se hallaba la pantalla gigante que estaría visible en cuanto las retiraran. Cada vez estaba más nerviosa, pero aún se puso más en cuanto vio entrar a su familia y vio que se colocaban en las primeras filas. En ese momento le entró el pánico escénico. Bufó cientos de veces, inspiró y aspiró el aire sin notar mejora. Movi6 sus manos como si las tuviera llenas de hormigas mordiéndolas, saltó, se estiró, y dio cien vueltas a sí misma. Se mordió los dedos, las uñas y lo que pudo hasta que finalmente llegó la hora de empezar.

Alexandra la llamó para que saliera y se sentara en su posición. La sala estaba repleta de gente. Ni siquiera miró quién había. Se sentó en su silla donde en la misma mesa había un cartel con su nombre, con la cabeza gacha para intentar pasar desapercibida. Pero todo el mundo la estaba mirando a ella.

Empezaron a verse flashes desde todos los rincones, se oía un murmullo y felicitaciones en susurros hasta que empezó a escucharse el silencio. Ella seguía sin levantar la cabeza, solo miraba a la mesa esperando a que todo pasara deprisa.

—Buenas tardes —empezó diciendo Alexandra—, y bienvenidos a la nueva y esperada presentación de la novela “La voz de Júlia” escrita por Jessica Wilson. (Ese era su seudónimo).

De pronto fue como si su voz desapareciera. Dejó de escuchar. De vez en cuando volvía en sí y de la nada volvía a desvanecerse. Estaba completamente ausente, pero no duró mucho. Había llegado su momento, la hora en la que tenía el turno de palabra y debía hablar sobre su libro.

Ni siquiera supo cómo lo había hecho, pero después de pasar tantos y tantos nervios, se había defendido a la perfección, o al menos eso fue lo que le hizo ver Alexandra con su guiño y su sonrisa de oreja a oreja cuando le volvió a ceder la palabra a su editora, y la prueba fue el recibimiento de aplausos y más felicitaciones a la hora de atender a sus invitados.

Pasó más de dos horas firmando libros y acabó con un esguince en la muñeca totalmente cansada.

Más bien Agotada. Pero tanto ella como Alexandra y sus invitados habían quedado totalmente satisfechos del resultado. En cuanto llegó a casa se tumbó en la cama y cayó en coma en un profundo sueño. No era un sueño corriente, era raro como los que solía tener ella cuando su estado anímico era bajo. Cuando se despertó ni siquiera recordaba lo que había soñado con

exactitud. Estaba todo difuminado, pero lo que si le quedó fue una sensación extraña. Algo iba a ocurrir inminentemente y no iba a ser muy bueno...

Pasó la mañana vagueando, no tenía muchas ganas de hacer nada. Hizo un intento de empezar a escribir algo pero no hubo éxito. Dejó la pantalla del ordenador en blanco y sin cerrar, por si se le ocurría algo más tarde. Para comer abrió una lata de comida preparada, y la vertió en un plato hondo.

Estaba tan desgana que en cuanto vio lo que se iba a comer retiró el plato como si le diera asco verlo.

Poco después de tumbarse en el sofá sonó el timbre. No hizo caso, pero ante la insistencia, se levantó a regañadientes. Fue tal la sorpresa que segundos después de abrir la puerta cayó desmayada.

—¿Jessica? —oyó una voz conocida de fondo—. ¿Estás bien? —¡Jessica contéstame! ¡Jessica!

—

volvió a gritar la voz.

—Estoy mareada...

Hizo un intento de levantarse pero su cuerpo volvió a derrumbarse sin fuerzas.

—Ven, intenta levantarte poco a poco —le decía la voz mientras la ayudaba a ponerse en pie.

Por fin pudo abrir los ojos. Pero su flojera era más que evidente. Se apoyó en esa persona y dejó que la sujetara con fuerza mientras la llevaba al sofá.

—¿Qué haces aquí? —dijo con un hilo de voz.

—Tenía que verte. Tenemos que hablar.

—Tu y yo no tenemos nada de lo que hablar —contestó finalmente sentada en el sofá y mirando fijamente al individuo dueña de esa voz—. No quiero saber nada de ti. Vete por favor.

—Espera un momento —suplicó—. Dame la oportunidad de explicarme.

—No quiero ninguna explicación. No quiero oírte. Me has matado en vida.

—No digas eso...

—Vete.

Su voz se tornó fría y cruel.

—No.

—¡He dicho que te vayas!

—No voy a irme sin hablar contigo. Lo digo en serio. Necesito hacerlo.

—¿Necesitas? ¿Y yo? ¿Te has preguntado qué es lo que yo necesito? ¿Te lo has preguntado alguna vez? No... no lo hiciste —se respondió ella misma.

—De verdad que hacerte daño no era mi intención, pero tuve que irme... no lo entenderías...

—¿Qué no lo entendería?

Bufó cabrada en medio de un sollozo.

—Ni siquiera te molestaste en averiguarlo —le recriminó.

—Lo sé, pero todo es tan complicado... y por eso quiero que me escuches. Quiero pedirte perdón y quiero que me comprendas aunque solo sea la mitad de lo que yo desearía.

—De verdad James, no quiero saber nada. No me interesa, así que por favor vete de mi casa ahora mismo.

—Por favor te lo pido, déjame que te explique y después me iré por donde he venido —suplicó incluso con las manos. Jessica lo miró fijamente y después de unos segundos en silencio, resopló sabiendo que esa mirada la estaba ablandando.

—Dime lo que me tengas que decir y lárgate.

—¿Me dejas que me sienta? —ella se apartó dejando un hueco en el sofá para que se sentara James y esperó a que empezara a hablar—. Sinceramente, no sé por dónde empezar...

—Si no lo sabes tú... —contestó chulesca.

—Lo que tengo que explicarte es difícil de contar, solo espero que lo entiendas.

—Dispara ya. Ya nada puede herirme más de lo que ya me has herido tú.

—Solo quiero que sepas que después de todo, tú para mi has sido lo más importante y no puedes ni llegar a imaginarte lo mucho que te he querido y que al día de hoy te sigo queriendo.

—¡No me vaciles ahora! —exclamó dando un brinco del sofá.
—No te estoy vacilando, es la verdad.
—¿Me quieres decir ya de una vez lo que tengas que decirme? ¡Me estás poniendo negra!
—gritó de rabia con las manos en la cabeza.
—Está bien...—respiró hondo y prosiguió—. Mi nombre real es Jason, mi familia y yo vivíamos cerca de tu familia, y cuando eras pequeña junto a Ann que jugabais con los demás niños en la calle, lo solíais hacer frente a mi casa. Es muy posible que no te acuerdes de mí puesto que yo no solía salir mucho, y cuando lo hacía intentaba pasar desapercibido. —Jessica no daba crédito a lo que estaba escuchando pero James, o Jason, como se llamara siguió explicándole, esta vez del tirón—. Supongo, y digo supongo por no decir evidente, que si te acuerdas de Jhon, el mismo con el que ahora sales o tienes una amistad estrecha. —Jess asintió sin abrir boca—. Pues bien, él es mi hermano pequeño —soltó la bomba y ella solo pudo abrir la boca y tragar saliva con dificultad.
—¿Cómo que es tu hermano?
—Jhon y yo somos hermanos.
Jessica volvió a sentarse en el sofá petrificada.
—No entiendo nada...
—¿No entiendes que sea mi hermano?
—¿Eres gilipollas? ¿Puedes acabar de contarle?
Jason intentó cogerla de la mano pero ella la retiró de inmediato.
—Mi hermano ha tenido mucha suerte en la vida, y por toda esa suerte que yo nunca tuve ni aún habiendo estudiado y trabajado mucho más que él, ha logrado tener una gran fortuna de la cual con todo lo que tiene, podría vivir sin trabajar para el resto de su vida. Un día, mi hermano vino a verme. Yo no estaba pasando una buena época y él lo sabía. Así que me propuso un pequeño trabajo a cambio de una gran cantidad de dinero.
—¿Qué cantidad si se puede saber? —dijo Jessica.
—¿No prefieres saber que me pidió a cambio de ese dinero? —se extrañó ante su pregunta.
—También, pero quiero saber primero de qué cantidad estamos hablando exactamente. Si estás diciendo que no tenías ni un duro y por lo que veo has aceptado ese “trabajo”, quiero poder entender el porqué.
—300.000 dólares —agachó la cabeza al decir esa cifra.
Ella abrió los ojos en forma de plato hondo y los hundió.
—Ahora dime cuál era ese trabajo —dijo en un susurro.
—Enamorarte —soltó sin más.
—¿Enamorarme? Sigo sin entender...
—Sí. Mi trabajo consistía en enamorarte de la forma en la que lo hice, con lujos, detalles, atención, arrogancia... y una vez lo estuvieras, abandonarte y dejarte sin dejar rastro. Lo que no sabíamos era que no te gustaban los lujos. Jhon se desesperó e ideó otro plan. Mientras lo hacía, mostrándome a mí mismo, sin quererlo conseguí el propósito.
Si en ese mismo momento le pincharan, no le sacarían ni gota de sangre.
—Y... ¿Todo eso para qué? Sigo sin entender, y entiendo menos aún qué gana él con eso.
¿Hundirme?
—Más o menos. Para él, esto solo ha sido una venganza. Algo que tenía planeado desde hacía muchos años.
—¿Pero, por qué?
—Porque de pequeños lo marginabais, y eso le ha quedado marcado —volvió a agachar la cabeza
como si él fuera el culpable de que su hermano se sintiera así—. Eso es lo que mi hermano me contó en su momento. Él sabía, o daba por hecho de que no te acordarías de mi puesto que yo me mantenía al margen, además su plan era que yo te enamorara como nadie nunca lo hubiese hecho antes para hundirte él mismo y estar ahí para recogerte, y después de todo volverte a un hundir.
—¿Y tú... has tenido la sangre fría de aceptar eso? ¿De herirme sabiendo los planes que él tenía

a cambio de un manojo de billetes?

No daba crédito.

—Lo siento.

—¿Qué lo sientes? —parpadeó—. ¿Te crees qué con un “lo siento” todo queda resuelto? ¿Te haces a la idea del daño que me has hecho? ¿Qué me habéis hecho? ¡Y todo por dinero!

—exclamó con un grito y se puso otra vez las manos en la cabeza—. Esto es increíble...

—susurró debajo de sus dedos.

—De verdad que lo siento, ya sé que no te sirve de nada, pero no sabes la cantidad de deudas que tenía, y el dinero me cegó y no pensé en las consecuencias ni...

—¿Qué no pensaste? —lo miró fijamente con las manos en las mejillas—. Esas cosas no tendrían que pasar por la cabeza de nadie. Me parece surrealista, asqueroso, patético... ¿Y Tú? Un imbécil de los pies a la cabeza, un gilipollas, un desgraciado de mierda que no sabe qué hacer con su vida y prefiere divertirse jodiendo la vida de los demás... Un...

—Me merezco que me insultes y me digas todo eso. Sé que me he comportado como un verdadero

imbécil y todo lo que tú quieras, pero lo único que quiero es que si puedes algún día me perdones por todo el mal que te he hecho. Sé que no te servirá de nada que te diga esto ahora, pero había de decírtelo.

Entiendo tu actitud perfectamente, no ha estado bien, he jugado sucio y todo por un puñado de billetes como tú dices, pero lo que también sé —hizo una breve pausa y apartó sus manos de su cara—. Es que mientras intentaba enamorarte, me estaba enamorando de verdad como nunca lo había estado antes por nadie.

—¿Y pretendes que me crea eso ahora? ¿Pretendes que diciéndome semejante gilipollez te perdone?

¿Es eso?

—No es eso, ¡claro que no! —exclamó—. Pero aunque no llegues nunca a perdonarme, me he visto en la obligación de decírtelo.

—¿Obligación? —repitió ella

—Llámalo como quieras. Debía hacerlo y ya está.

—No me ablandarás con esa palabrería te lo aseguro. Ni tampoco conseguirás nada de mi si es lo que pretendes.

—No estoy pretendiendo nada.

Jessica se levantó y dio unas cuantas vueltas por el piso mientras pensaba. Al mismo tiempo intentaba asimilar todo lo que el supuesto Jason le acaba de decir. Era evidente que por aquella historia, por llamarlo de alguna manera, había sufrido y mucho, pero también era evidente que no iba a quedarse la cosa así. Tenía que pensar en algo, y ese algo no podía tardar mucho.

Estaba confusa, dolida, frustrada e indefensa. Pero eso no iba a ser motivo para castigar al culpable como era merecido.

Sólo tenía que pensar...

Capítulo 11

—Lárgate de mi casa James. Jason...

—¿Por qué? Quiero ayudarte.

—Lárgate ahora. Ya me has dicho todo lo que tenías que decirme, ahora vete.

—Pero...

Jessica cogió del brazo a Jason y lo empujó hasta la puerta.

—Jessica, yo puedo ayudarte ¡No me eches así!

Ella abrió la puerta, lo acabó de empujar hacia a fuera y la cerró dando un portazo.

—¡Gilipollas! —gritó.

Arrastró los pies hasta el sofá, se dejó caer como si su cuerpo se desvaneciera otra vez y empezó a llorar sin poder respirar. Ahogó algún grito bajo el cojín que tenía a mano y siguió llorando desesperadamente sin poder parar.

En ese mismo instante, entraron por la puerta Ann, Denise y Alice. Venían de comprar unos C'ds para la fiesta navideña que se avecinaba. Nada más verla ahí tirada en el sofá rota en lágrimas, corrieron a socorrerla.

—¿Qué te pasa Jess? —la zarandó Ann que empezaba a preocuparse. Ella con la cabeza aún hundida en el cojín no dejaba de llorar—. ¡Jessica! —exclamó—. ¿Qué coño te pasa?

—¿Has averiguado algo? ¿Te has caído? ¡Dinos que te pasa! —Alice también se estaba alterando al verla así. Denise permanecía a un lado del sofá acariciándole las piernas.

Jessica que siguió llorando durante unos largos minutos, al fin alzó la cabeza rota de dolor para poder explicar lo que había pasado. Le costó mucho encontrar la primera palabra. Se había quedado casi sin habla, y los llantos no cesaban mientras intentaba explicarse. Sus amigas no daban crédito a lo que oían. Ann enfurecía cada vez más al tiempo que Jessica le revelaba todo lo ocurrido. En ese preciso momento no pudieron hacer nada más que abrazarla y dejar que siguiera llorando hasta que ya no le quedaran más lágrimas que soltar.

—No debes preocuparte, ¿Me oyes? —le levantó la barbilla para que pudiera verla bien—. Estamos aquí contigo. No estás sola. No vuelvas a decir eso nunca más.

Ann seguía enfurecida. La sangre ardiente le corría por las venas con ganas de venganza. Siempre se había sabido que Ann y Jessica eran las mejores amigas, y que Ann se comportaba en plan madre con ella para protegerla. Pero todo eso se debía al amor que ella sentía por su gran y mejor amiga. Nunca se supo, pero Ann, desde el primer minuto que la conoció se enamoró de ella perdidamente hasta ese mismo día que seguía loca por ella, pero sabía que nunca podría tener nada con Jessica, y después de mucho tiempo meditando en como decírselo a su amiga, llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era permanecer siempre a su lado como lo que realmente era. Su mejor amiga.

A Ann no solo le gustaban los hombres, también las mujeres. No tenía un prototipo ideal. Ella se enamoraba de la persona, no del sexo o el físico, sí no de quién le demostrara lealtad, amistad, cariño, de quién la hiciera reír, llorar o incluso enfadar. Y todo eso lo hacía ella. Jessica. Una mujer indefensa con la que había pasado sus mejores momentos, con la que había compartido infinitas cosas, noches de risa y locura. Con la que más orgullosa se sentía de cómo era y de donde había llegado por su trabajo, su constancia y sobre todo aunque ella no lo sabía, su valentía.

Su sed de venganza iba en aumento. No podía permanecer quieta viendo como Jessica se desmoronaba del todo. Pero tenía que disimular, no podía mostrar su lado más oscuro cuando lo único que tenía que hacer era seguir protegiéndola.

Ann se levantó del sofá y fue directamente al armario a coger ropa para que Jessica se vistiera.

—¡Vamos! Vístete —le ordenó.

—¿Por qué? No quiero vestirme.

—He dicho que te vistas.

—¿Pero qué quieres hacer? Déjala si no quiere moverse.

—¡Tú cállate Alice! Nadie te ha dado vela en este entierro.

Alice enfadada se levantó del sofá.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado ahora?

—¿No lo entiendes? No quiero que esté así y menos por un puñado de miserables. Ahora mismo salimos a la calle a que le dé el aire. No quiero verla en el sofá, ni tampoco como un zombie en la cama.

Dicho eso, le levantó la camiseta a regañadientes y le puso una camisa azul cielo preciosa que le hacía juego con los pómulos ahora enrojecidos, la tumbó en el sofá como a una niña pequeña y le cambió los pantalones. Le ató las bambas y le buscó la chaqueta. Como no iba a perder tiempo en peinarse, le hizo una cola lo mejor que pudo, le echó desodorante por todo el cuerpo y la empujó hasta la puerta para salir. Denise y Alice las siguieron.

Había llorado tanto en esa hora que tan solo había transcurrido que, al contacto con la luz del sol le provocó un dolor profundo en la retina. Su amiga, para que no se quejara le cedió sus gafas solares y la siguió empujando calle abajo.

Sin mediar palabra, llegaron hasta una pequeña cafetería con terraza y se sentaron en ella. Era una calle poco transcurrida, por lo que así tenían más privacidad.

—No puedo creerme que alguien tenga ese grado de maldad.

—¡Alice! Prohibido hablar del tema —soltó Ann—. No quiero oír el nombre de James, John o Jason el resto de mi vida, ni quiero que le habléis a ella del tema. Tiene que olvidar toda esta mierda y seguir a delante con su vida.

—¿No te has preguntado si a lo mejor a ella le va bien hablar del tema?

—No le va bien.

—¡Y tú que sabrás! Tú decides lo que se tiene que hacer y todas a callar. No es justo.

—Lo que no es justo es que hayan personas dispuestas a jugar con otras sin importarles una mierda como se sienten.

—¡Estamos de acuerdo con eso! Nadie ha dicho lo contrar...

—¡BASTA! —dio un golpe seco en la mesa—. Estoy aquí por si no os habéis dado cuenta. Tendríais que tener un poco más de respeto. Es a mí a quien han jodido, no a vosotras.

Ann giró su cabeza hacia Jessica.

—Y nosotras lo sufrimos contigo. ¿No te das cuenta?

—¿Pero tú que tienes que decir? No eres nadie para mandarme lo que tengo que hacer o decir. Soy lo suficiente mayor como para saber qué es lo que me conviene o no. En tu vida te has enamorado, no puedes saber que se siente, ni tampoco que se siente cuando te rompen en cachitos y te pisotean. Así que mejor que calles tú también. Gracias por la ayuda, pero estás mejor callada.

Ann se acercó a ella con sutileza.

—No tienes ni puta idea de nada...

Se marchó dejándolas en la terraza sin oportunidad de hablar. Para Ann era complicado en un momento así el hecho de separar la amistad con el amor que sentía por ella. Siempre la había ayudado, incluso a acicalarse cada vez que Jessica tenía una cita. Lo que nadie sabía era como se quedaba cuando se iba sabiendo que iba a compartir parte de su corazón con otra persona. Pero siempre tenía una sonrisa que mostrar aunque su alma quedara partida en varios trozos.

Volvió a casa. Gritó fuertemente intentando sacar ese dolor, pero no hubo forma una vez más.

A los pocos minutos apareció Jessica, más calmada y dispuesta a tener una conversación seria con ella.

—¿Qué te pasa? No entiendo tu actitud. Se supone que la que tiene que estar mal soy yo.

—Perdóname, no sé que me ha pasado hoy. Tengo un mal día y lo he pagado contigo. Lo siento.

Ann se sentó en el sofá y Jessica la imitó. Tapó su cara con las manos inspirando profundamente y rompió a llorar.

—¿Te ha pasado algo a ti? —Quiso saber Jessica.

—No te preocupes, de verdad. Seguramente ha de bajarme el periodo y estoy más sensible.

—¿Seguro que es eso? No te creo.

—De verdad que sí. Tranquila. ¿Quieres que hagamos algo? ¿Necesitas hablar? Aunque me veas así puedes contar conmigo.

Jessica lo pensó un momento.

—No me apetece hacer nada. Pero si quieres te propongo algo que hacer juntas.

—Dime.

—¿Una de pelis, palomitas y guarradas varias con helado?

—Claro —sonrió—. Y mantita —añadió.

—Por supuesto. Eso no puede faltar nunca. —Jessica acarició su hombro. Había pasado un día horrible y era ella quien debía apoyar a su amiga... —Tu ves preparando la manta y la peli que yo bajaré a comprar munición.

—Claro. Gracias.

—¿Gracias por qué? Gracias a ti Ann. Por estar siempre a mi lado.

Ann solo sonrió, y las dos amigas se fundieron en un profundo y sincero abrazo.

Mientras Jessica se encontraba comprando, Ann empezó a idear un plan de venganza. La cosa no iba aquedarse así. Y ya que no tenía ninguna oportunidad de tenerla por lo menos haría pagar el daño que estaba recibiendo.

—¿Paul? Soy Anny. Necesito que me hagas un gran favor. Podemos vernos mañana a primera hora?

—¿Dónde?

—Donde siempre. A las nueve en punto.

—Ok.

Colgó nada más oír a Jessica abrir la puerta. Iba cargada con una gran bolsa de chucherías.

—¿Qué has traído? —Ann empezó a sacar todo lo que había en la bolsa mientras Jessica se sacaba la chaqueta y se colocaba el pijama.

—He traído de todo, incluso me he pasado por el videoclub y he pillado unas películas que creo que pueden gustarnos.

Ya en pijama, con la mantita tapándose, las porquerías comestibles esparcidas por el sofá y las persianas bajadas hasta los topes, empezaron a ver una de las películas que Jessica había traído.

—Madre mía... donde iremos a parar. Esta clase de películas nos trastocan el cerebro Jess.

—Esta clase de películas están para pasar un buen rato, reír y no pensar en nada más.

—Te doy la razón. Pásame la bolsa de chuches —estiró el brazo cogiendo la bolsa donde por lo menos habían 2 kilos de gominolas.

—Algo pasa con Mary es todo un clásico de la comedia —dijo Jessica partiéndose el culo al ver la cara de su amiga.

—La hemos visto 5 veces por lo menos, se podría decir que me la sé de memoria.

—Seguro que no te la sabes toda. —le hizo un guiño.

—Te aseguro que sí, bonita...

Tres películas vieron esa tarde hasta la hora de cenar. Todavía después de haber comido un sinfín de porquería, sus estómagos habían dejado hueco para algo más. Al finalizar la tercera película, se levantaron del sofá echas un cristo para hacer la cena. Casi no tenían nada en la nevera. Lo que sí tenían era el nuevo disco de Muse. Y preparar una cena sin algo de música no era una cena.

Sin importarles una mierda lo fuerte que podía estar el volumen del equipo de música, Ann encendió el aparato y presionó el play.

—Escucha esta —dijo.

Y la canción “Psycho” empezó a sonar.

El sonido de la batería y de las guitarras agitaban cada rincón de las paredes del loft. La música era la mejor medicina para ellas, y cuando más alta estuviera más las curaba de todo.

Nadie las veía. Si los vecinos picaban, nadie los escucharía. Y si lo hacían también les daba igual.

Empezaron a bailar. Moviendo las caderas al ritmo de la música, imitando a un guitarrista eufórico en medio de un concierto con miles de espectadores. Jessica a la batería, Ann guitarrista y los botes de champú los nuevos micrófonos. Las melenas sueltas al viento, las mantas y los cojines del sofá saltando por los aires, y los altavoces retumbando sonido en el suelo.

“Dead inside” sonó después. Estaban cansadas de darlo todo frente a sus fans, pero no lo suficiente como para seguir en la cocina mientras preparaban la cena.

—¡Me encanta! —dijo Jessica que no podía dejar de bailar.

—A mi también. —sacó unos tomates de la nevera—. ¿Qué cenamos? ¿Algo ligero? Por la dieta digo...

—Sí, sí. Por la dieta —se descojonó.

Cuando estaban solas, en la mayoría de ocasiones eran compatibles 100x100. Casi nunca discutían y se compenetraban a la perfección. Cada una sabía lo que le gustaba a la otra y lo que necesitaba en cada momento. “ Si fuéramos pareja, seríamos la mejor pareja del mundo” pensó Ann que no podía dejar de mirarla disimuladamente mientras bailaba.

Cenaron viendo otra película más, pero el cansancio del día, los nervios y los disgustos acabaron rematando sus cuerpos dejándolos dormidos frente al televisor.

No fue hasta la mañana siguiente que el despertado de Ann las despertó. Ella había quedado con Paul a las nueve y debía llegar puntual. Acompañó a Jessica hasta su cama y la arropó dejándola descansar un poco más. Era muy temprano y no había necesidad de levantarse.

A las nueve menos cuarto Ann estaba en el parking del centro comercial de la ciudad tal y como había quedado con Paul. Unos minutos antes de la hora, este apareció en un Audi rojo y Ann que antes miró hacia todos los lados subió al coche que marchó rápidamente de ahí.

—¿Dónde vamos?

—A mi casa.

—Perfecto.

¿Quién era Paul? ¿Y qué quería Ann de él con tanta urgencia?

Paul era un compañero suyo del bufete con el que alguna vez se había acostado. No mantenían ningún tipo de relación seria ni mucho menos pero cada vez que ellos dos querían quedaban en casa de Paul y se acostaban. Ann también lo hacía con su secretaria. Pero eso era porque necesitaba no pensar en Jessica y era más bien como una salida de escape.

A parte de ser un buen abogado, también era un mafioso en contra de la ley. El chico lo tenía todo.

Era el mejor del bufete, ganaba los juicios que le adjudicaban y todos los jefes y otros bufetes se lo rifaban, ya que era el mayor cabrón que alguien podía echarse a la cara.

Era un guaperas de cuidado, era alto, esbelto, atlético y un morenazo irresistible con una habilidad en la cama difícil de superar.

Ya no hablemos de las virtudes que tenía entre las piernas. Era lo que más adoraba Ann.

Porque ella no era lo que todas creían, era una persona cuando estaba con sus amigas y familia y otra cuando estaba con sus otros amigos o en el trabajo. Tenía una cara para cada moneda, y la utilizaba según le convenía.

—¿Qué necesitas? —Dijo Paul.

Ann se quitó la chaqueta y se tumbó en el sofá con las piernas caídas apoyando los pies al suelo.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿De qué se trata? —Paul se sentó a su lado y empezó a acariciarle los muslos hasta llegar a su zona más íntima. Ella se levantó apartándole la mano.

—Ahora no me refiero a eso. Necesito otra clase de favor. Quiero que cojáis aun tipo y le deis una paliza.

—¿Quién es ese tipo?

—Uno, no necesitas saber más. Te daré lo que me pidas.

—Ya sabes lo que quiero —volvió a introducir su mano en la anchura del pantalón de Ann y esta cerró las piernas de inmediato.

—Eso lo tienes siempre que quieres.

—Lo quiero ahora —dijo.

Ann se levantó del sofá y empezó a desnudarse poco a poco para él haciendo un movimiento suave de caderas. Él se inclinó en el sofá y empezó a tocarse el miembro ya erecto sin dejar de mirarla. Ann sabía que cuanto más excitado estuviera más duro sería el polvo. Eso la encendía y

la ponía a cien.

Esta era otra parte oculta de la vida de Ann. Le encantaba el sexo, y cuanto más duro fuera más le gustaba. Pero con Jessica sabía que sería diferente, con ella sabría lo que es hacer el amor con sentimiento, amor, y caricias. Como en un cuento de hadas donde sólo podía existir el amor puro.

La sesión sexual no duró mucho, Paul se corrió en seguida y no dio todo de sí para complacerla como normalmente hacía, pero no le importó, ya que sus planes eran otros. Tenía sed de venganza y era hora de llevarla a cabo.

—Tienes que hacerlo mañana mismo —le dijo ella mientras se subía la cremallera del pantalón—. Y

hazlo bien, no quiero que muera pero tampoco que le dejes unos arañazos.

—¿En una silla de ruedas?

—En una cama. No quiero que vuelva a pisar el suelo en su vida.

—¿Sabes que me pone a cien cuando te vuelves tan... vengativa? —dijo mientras volvía a poner su mano en el paquete. Ella lo miró y sonrió.

—Tú no sabes hasta que punto puedo ser vengativa —contestó—. Solo quiero justicia.

—Los dos sabemos de qué trata la justicia. Y los dos sabemos que tenemos la suerte de impartirla como queramos. Somos los buenos, y los malos —sonrió con malicia—. Me encanta —añadió en un susurro.

—Te diré todo lo que necesitas saber esta noche.

Acto seguido salió por la puerta dando un portazo y dejando a Paul en el sofá.

Capítulo 12

Había llegado la navidad, todas las calles relucían de colores y luces por doquier. El ambiente era distinto, la gente sonreía bajo las bufandas que tapaban sus cuellos y boca, y a cada paso que dabas se escuchaban los villancicos y las campanas de los Santa Claus en cada esquina.

Jessica se había recuperado, todo había vuelto a la normalidad, menos en el hecho de que había dejado la pastelería en la que trabajaba y se dedicaba exclusivamente a escribir y promocionar sus novelas. Le iba bien, realmente bien. La vida le volvía a sonreír, y no solo por eso, si no porque había dejado a tras el pasado y estaba mirando a un futuro prometedor.

Sus amigas la mimaban más que nunca, sobre todo Ann que no la dejaba sola ni un momento. Estaba solo y para ella en lo que necesitara. Protegiéndola y mimándola como se merecía.

Jason... bueno de Jason no se sabía nada. Unos días después de su confesión, Jessica lo echó de su vida advirtiéndole que no quería saber nada más de él. Estaba cansada de sufrir por hombres y ahora solo quería dedicarse a ella. Él no tuvo más remedio que aceptar esa derrota y se marchó sin más sin dejar rastro nuevamente.

Jhon estaba en paradero desconocido. Ann después de su visita a Paul quién tenía la orden de darle una paliza casi mortal le envió los datos del semejante para que cumpliera con su cometido, pero este también desapareció. Pero ella no lo dejó estar sin más, mientras seguía actuando como la mejor amiga, por otra banda seguía buscándolo sin cesar. Movía cada rincón de la ciudad para encontrar una pista de donde podía estar, pero no había ni rastro de él. Se esfumó sin más.

Lo que ella no entendió era porqué había desaparecido si ni siquiera sabía cuál era su propósito. Pensaba que alguien le habría dado el chivatazo de sus intenciones.

En la casa de Ann y Jessica también se respiraba la navidad. Colgaron calcetines rojos por todos los rincones con largas luces que recorrían las ventanas pintadas de angelitos y estrellas de nieve artificial.

La mesa, que no era muy grande pero si lo suficiente para rellenarla de comida y rodearla de grandes compañías presidía el salón a la espera de ser devorada por los comensales.

Todos estaba listo, todo menos Jessica que seguía sin arreglarse.

—¡Date prisa! Están a punto de llegar Jess y mira cómo estás todavía —Ann encendió las velas de la mesa y preparó los últimos detalles.

—¡Ya voy! Sólo me faltan unas líneas...

Jessica dedicaba gran parte del día en escribir cualquier cosa que se le ocurría, incluso en Noche buena.

Sonó el timbre.

—¿Ves? Ya están aquí —Ann dejó el encendedor en la encimera de la cocina, se estiró la falda que llevaba acabándose de acicalar y se dirigió rápidamente a abrir la puerta.

Jessica entró en el cuarto y empezó a vestirse.

Llegaron todas a la vez, Denise iba la primera. Helada de frío, con unos gustes de lana del tamaño de un tanque. Alice justo detrás acompañada de una amiga solterona que se había quedado sola esa noche, Megan discutiendo a saber con quién por teléfono y May espolsándose la nieve que empezaba a caer.

—Bienvenidas al hogar más cálido y navideño de la ciudad —saludó Ann a las chicas nada más entrar.

—Eso espero chica, que sea cálido. ¡Menudo frío hace ahí fuera! —se quejó Denise.

—Ya será menos...

—¡Oh! Qué bonito lo habéis dejado. Me encanta —sonrió Alice al ver la mesa puesta con la decoración.

—Gracias, lo mío me ha costado. Voy a ver que hace Jessica.

—¿Dónde está?

—Vistiéndose —le aclaró—. Poneros cómodas, ahora mismo volvemos.

Alice le enseñó el apartamento a su amiga Laura. Era Española y estaba en la ciudad por motivos de trabajo desde hacía más de un año. Al encontrarse sola para esas fechas y tener una buena amistad con Alice, ella le ofreció pasar las navidades junto a sus amigas y familia. Era una chica

algo tímida y muy bonita. Sus rasgos eran perfectos y morenos. Unos ojos cautivadores saliendo de una hermosa cara, cubiertos de unas largas y negras pestañas. Su acento no era muy bueno pero se entendía bastante bien con todos ellos. Trabajaba como ayudante de una modista conocida en la ciudad y estaba en prácticas para conseguir un puesto importante en la compañía. Ann y Jessica salieron del dormitorio, y Alice les presentó a su nueva amiga que la acogieron como una más de la familia.

En la mesa, no podían faltar las carcajadas y las anécdotas de las chicas durante el tiempo que habían sido amigas. Nada más lejos, las que siempre había una de ellas que hacía el ridículo en alguna ocasión o las que habían quedado marcadas para siempre en sus vidas. Era una noche mágica, y todas sabían la suerte que tenían al haberse encontrado en algún momento de sus vidas. Se querían a rabiar, y eso se respiraba en cada rincón de ese apartamento.

A media cena, Ann recibió un mensaje. Su rostro cambió de inmediato. Se levantó de la silla y salió a la escalera para hacer una llamada.

—Dime.

—Lo hemos encontrado.

—¿Dónde está?

—En Vancouver. Está en casa de una mujer. No sabemos quién es.

—¿Cómo habéis dado con él? —Quiso saber.

—No subestimes mis habilidades, Ann.

—Nunca lo hago.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Es noche buena, ¿supongo que se quedará unos días por esa zona?

—¿Quieres que lo averigüemos? —dijo la voz del Paul a través del teléfono.

—Sí. Hazlo ya, y llámame en cuanto lo sepas. Estaré esperando.

Colgó el teléfono y entró de nuevo en casa.

—¿Todo bien? —le susurró Jessica que la veía algo palidecida.

—Todo perfecto. No te preocupes. Asuntos de trabajo.

Se quedó algo ausente pensando en que debía hacer. Miraba a su amiga que esa noche relucía una belleza descomunal sonriendo todo el tiempo y feliz, y se preguntaba qué era lo mejor que podía hacer.

La veía bien, pero sabía que en su interior sufría por el daño que le habían hecho y eso podía con ella.

Por como la amaba, pero también era consciente de lo que pensaba hacer. Pero por ella era capaz de eso y mucho más.

Poco después volvió a salir a la escalera y llamó de nuevo a Paul que ya había averiguado que hacía en Vancouver, con quién estaba y cuánto tiempo estaría en esa casa. Una vez Ann recibió toda esa información, planeó como ir a buscarle y darle su merecido. Ella iba a ir personalmente y llevaría a cabo con sus propias manos la venganza.

Jessica que notaba que algo le ocurría se la llevó al dormitorio para preguntarle que estaba pasando.

—He de irme unos días.

—¿Dónde? ¿Cuándo? Y ¿Por qué? ¡Es Navidad!

—Ya lo sé, pero el bufete quiere que vayamos a ver un cliente importante fuera de la ciudad. Me iré pasado mañana y estaré de vuelta antes de acabar el año.

—¿Y no puede ir alguien en tu lugar? Es una putada...

—Lo sé, pero también me interesa estar ahí.

—Está bien, pero me vas a dejar sola, que lo sepas... —hizo un mohín.

—No estás sola. Fíjate todo lo que tienes ahí fuera —rió y Jessica la acompañó.

—Sabes que te quiero, ¿Verdad Ann?

—Claro que lo sé, y yo a ti.

—Gracias por ser como eres conmigo. A veces me da la sensación de que somos una pareja de lesbianas —carcajeó.

A Ann se le iluminaron los ojos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Nos complementamos, nos queremos, nos ayudamos, nos reímos, lloramos, y lo hacemos todo juntas.

—Eso es porque vivimos en el mismo piso.

—El hombre que te robe el corazón, tendrá mucha suerte de tenerte. Créeme.

—Gracias —dijo ella en un mar de lágrimas. Pero sus pensamientos eran distintos, y esas palabras tan profundas le habían hecho reaccionar sabiendo que lo que iba a hacer era justamente lo que tenía que hacer—. Vamos fuera, estas ya deben estar nerviosas.

El día después de navidad, Ann cogió un vuelo hacia Vancouver, allí la estaba esperando Paul en la parada de taxis que los iba a llevar hasta la casa donde supuestamente se encontraba Jhon.

Cuando llegaron vieron que una mujer de unos 45 años salía de la casa para tirar la basura.

Esperaron a ver si volvía a entrar y por si veían a Jhon en algún momento, pero todo estaba tranquilo.

Media hora más tarde Jhon salió de la casa y se subió al coche azul marino que permanecía aparcado unos metros más abajo. Ellos que aun seguían en el taxi, le indicaron al taxista que lo siguiera.

Jhon conducía por la calles como si no supiera a donde iba realmente, pero finalmente se paró en una nave que parecía abandonada y entró no sin antes mirar a su alrededor.

—¿Dónde coño va este tío?

—No lo sé pero vayamos a ver.

Bajaron del taxi y le ordenaron que esperara a que volviera a salir. Se dirigieron a la puerta por la que había entrado Jhon unos minutos antes y al estar abierta entraron sigilosamente. No sabían dónde estaban ni quién podía haber ahí dentro además de él.

La nave estaba vacía y hacía un frío horrible. Al fondo se oían unas voces que provenían de una especie de despacho. Fueron hasta allí y vieron a Jhon sentado en una sillón frente a una mesa grande de madera rota y dos tipos más de pie junto a la mesa. Paul tropezó con algo en el suelo y el ruido que provocó hizo que uno de los hombres saliera para ver que había sido.

—Perfecto Paul —se enfadó Ann.

El hombre que al salir se percató de ellos, dio la voz de alarma a Jhon que también salió inmediatamente.

—¿Ann?

—¿Qué tal Jhon?

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido y algo nervioso.

—Estaba dando una vuelta y...

—No me vengas con tonterías. ¿Qué haces aquí?

Ann gesticuló unos instantes pero los dos hombres que acompañaban a Jhon la cogieron por los brazos y la arrastraron dentro del despacho. Paul que intentó evitarlo recibió un puñetazo que lo dejó inconsciente al instante. Ella forcejeó todo lo que pudo sin poder hacer nada al respecto. Eran demasiado fuertes para ella. La ataron en una silla con cinta adhesiva dejándola totalmente inmovilizada.

—Te lo preguntaré una vez más, Ann. ¿Qué haces aquí?

—Suéltame —dijo con un tono pasivo.

—No voy a soltarte, quiero saber por qué me estás siguiendo.

—¿De verdad quieres saberlo Jhon?

Él no dijo nada.

—Estoy aquí para darte tu merecido.

—¿Cómo me has encontrado?

—Ha sido fácil —sonrió sutilmente clavándole la mirada en la suya.

—Vamos a ver —Jhon que estaba apoyado en la mesa de madera, se levantó con agilidad y la rodeó mientras hablaba—. Has venido hasta Vancouver por alguna razón que desconozco pero que puedo hacerme una ligera idea de lo que puede ser, entras en una propiedad privada donde

no has sido invitada y encima ¿Me vacilas?

El sonido del puño en la cara de la chica retumbó por los cuatro costados haciéndole un corte superficial en los labios. Se limpió con la lengua y su mirada se tornó fría como el hielo.

—¿Sabes que no es de hombre pegar a una mujer? ¿Tu madre no te enseñó modales?

—A mi nadie viene a darme lecciones de humildad pequeña.

—Te arrepentirás de todo esto y lo sabes.

—¡Hahahaha! ¿Me lo dices en serio?

—Solo dime una cosa Jhon. ¿De verdad te jodimos tanto de pequeño que has sido capaz de llegar hasta aquí? ¿Tan poco orgullo tienes, que no has sido capaz de vivir con ello?

—Me sorprende que quieras hablar de ello. Pero sí, me jodisteis bien. Y Ahora os ha llegado vuestro turno.

—No me hagas reír —musitó—. ¿Sabes lo que te va a pasar?

—¡Sorpréndeme! —exclamó alzando los brazos.

Ella siguió sonriendo.

—Estás muerto Jhon.

La sonrisa se desfiguró de su cara.

—Aquí la única que va a morir eres tú, y después tu amiguito. Y cuando ya estés muerta y enterrada iré a por tu amiga Jessica que seguro se alegrará de verme.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —se retorció en la silla intentando quitarse las cintas sin éxito—.

Pero si crees que vas a ganar, estás muy equivocado. No sabes con quién estás jugando...

—La que no tiene muy claro con quién juega eres tú. Todo era tan fácil como seguir el plan desde el principio, pero tú has tenido que ir más allá.

—¿Por qué haces esto Jhon? ¿Tanto te importamos?

—¿Importarme? ¿Vosotras? En absoluto. Sois escoria para mí, pero me hicisteis daño.

—Éramos unos críos.

—Sí, pero gracias a vosotras me humillaron todos durante años. Me marginaron y me pegaban cada vez que querían, y yo no podía hacer nada al respecto más que aguantar y esperar mi momento.

—Nosotras no te maltratábamos. Quizás nos pasamos un poco, pero jamás te hicimos daño.

—Para mí es suficiente.

Por unos instantes pareció que Jhon volviera al pasado. Su mirada se perdió en algún lugar de la habitación.

—Sólo quería que ella sintiera lo que yo mismo sentí en mis propias carnes. Que viera lo que era sufrir por culpa de alguien y que no hubiese nada que lo remediara y apaciguara ese dolor. La sensación de sentirse humillado y despreciado. Lo tenía todo perfectamente planeado. Enamorarla a ella por un hombre idílico que supiera hacerlo y después abandonarla. Y quién mejor que mi pobre infeliz hermano.

Pero el muy idiota se acabó enamorando de ella.

Jhon siguió hablando con la mirada perdida mientras Ann seguía intentado deshacerse de la cinta.

—Y ahí estaba yo para apoyarla en esos momentos y conquistarla nuevamente demostrándole que no todos éramos iguales. Pero tuviste que entrar tú y jodérmelo todo como siempre.

Alzó su mirada y permaneció callado unos instantes.

Suspiró.

—Desátame Jhon.

—No voy a desatarte.

Los dos tipos entraron en el despacho con Paul aún inconsciente y lo ataron en otra de las sillas.

—Desátame Jhon —volvió a repetir.

—¡Deja de darme órdenes! —exclamó enfurecido.

—Desátame —volvió a decir—. O acabaré contigo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿De verdad crees eso? ¿De verdad crees que puedes acabar conmigo? No eres más que una

imbécil —le susurró al oído.

Sin decir nada más cogió el teléfono y llamó. Los dos tipos seguían de pie esperando órdenes. Al rato aparecieron otros dos hombres corpulentos con maletas. Las depositaron en la mesa y Jhon las abrió.

Ann que se encontraba en frente pudo ver lo que contenían esas maletas.

—¿Sabes qué es esto Ann? —ella no contestó pero el prosiguió—. Esto es lo que vale humillar a tu amiga Jessica.

—¿Cómo?

No pudo creer quien entraba por la puerta en ese mismo instante. Jason que también estaba en paradero desconocido había aparecido de la nada en busca de su dinero.

—¿Ann? —dijo nada más entrar y verla ahí atada en un silla. Miró a su hermano que sonreía sin cesar y la miró a ella atónito—. ¿Qué está pasando Jhon? —le preguntó a su hermano.

—Aquí nuestra amiga ha venido a hacernos una visita.

—No me lo puedo creer. ¿Tú? ¡Eres un farsante! Tenía que haberme imaginado que todo era un complot. Me das asco Jason... Jessica creyó que después de lo miserable que habías sido, habías entrado en razón. Pero ya veo que nos has vuelto a engañar.

—No te dejes embaucar por esta zorra, hermano. No la escuches y ven aquí.

Jason hizo caso de su hermano y fue hasta él donde estaban los maletines.

—Lo acordado y una propina por lo bien que te has portado —golpeó su espalda contento y eufórico, pero Jason no dejaba de observar a Ann que seguía encendida de ira—. La tía y yo te esperamos en año nuevo para comer.

Cogió el dinero de las maletas y las introdujo en una bolsa de deporte.

—Tú también caerás Jason —le amenazó Ann antes de que saliera por la puerta—. Te lo aseguro.

Jason miró a su alrededor confuso. Sus manos temblaban y era incapaz de articular palabra. Dejó a un lado la mochila y se acercó a ella para desatarla. Su hermano se abalanzó sobre él y lo tiró al suelo.

—¿Se puede saber que estás haciendo?

—¡No me toques! —se levantó cogiéndolo del cuello y lo empotró contra la pared. Los otros dos tipos se abalanzaron contra él y le pegaron un puñetazo en el estómago.

Jhon se recompuso mientras los otros dos seguían pegando a su hermano sin parar y recogió la mochila de deporte del suelo volviéndola a dejar encima de la mesa de madera. Ann siguió forcejeando con sus muñecas hasta que finalmente rompió la cinta que la tenía presa dejándola libre. Se levantó como una bala, cogió un bolígrafo de la mesa y se lo clavó a uno de los tipos que estaba pegando a Jason en la pierna. Este cayó al suelo y dejando libre una de las manos de Jason pudo contraatacar al otro hombre dejándolo también tendido en el suelo. Jhon cogió la mochila y se dispuso a salir del despacho, pero Ann empujó la mesa hacia él dejándolo atrapado casi sin poder respirar. Subió a la mesa hasta tenerlo a su altura y lo proporcionó un bofetón. Descolgó el teléfono y llamó a la policía. Paul que había permanecido mucho tiempo inconsciente volvió en sí. Sintiendo perdido y aturdido apretó sus muñecas con tal fuerza que se deshizo de su atadura. Corrió a socorrer a Ann llevándosela de aquel lugar pero ella quiso permanecer dentro. Tenía una cosa más que hacer.

—No te muevas —le dijo a Jason que se había quedado quieto en un rincón.

—Ann, no es lo que piensas.

—¡Cállate! —dijo.

—De verdad Ann, esto no es lo que piensas.

—No pienso nada. Lo he visto. Y tú también irás a la cárcel al igual que tu hermano. —Justo cuando ella se proponía taponarle la boca para que callara él la interrumpió.

—Jessica me dijo que recogiera el dinero.

Se paralizó.

—¿Cómo dices?

—Cuando le expliqué lo sucedido a Jessica, ella me propuso seguir con el plan y recoger el

dinero.

—No entiendo... ¿Por qué ella diría algo así?

—Me dijo que no volviera a llamarla, pero después me llamó ella diciéndome que siguiera con el plan de mi hermano para conseguir el dinero y que hiciera lo posible para que pensara que había ganado.

Al principio no lo vi muy claro pero después no me lo pensé dos veces.

—¿Ella sabe que estoy aquí?

—No. Sólo sabe que había quedado con él para la entrega.

—¿Y te perdonó?

—No exactamente, me dijo que una vez consiguiéramos el dinero no quería volver a verme.

—¿Pero....?

Las sirenas de la policía empezaron a oírse de lejos. Jason cogió la mochila con el dinero y se la colgó en el hombro esperando algún tipo de reacción por parte de Ann. Por un momento dudó si lo que decía era cierto, no sabía nada de las intenciones de su amiga y Jason que percibía su confusión le prometió contárselo todo en cuanto todo eso terminara. Ella le indicó que cogiera el taxi que supuestamente seguía esperándola fuera y la esperara en el aeropuerto. Pronto se reuniría con él.

Paul y ella esperaron la llegada de la policía que entró a punta de pistola haciéndoles levantar los brazos.

En seguida pasó todo. Ann y Paul explicaron a la policía la verdad sin incluir la historia de Jason y les hicieron ver que estaban retenidos en contra de su voluntad por una venganza ajena a ellos.

La policía no lo dudó y se los llevó directamente en los coches patrulla dejándoles a ellos libres.

En el aeropuerto, estaba esperando Jason tal y cómo Ann le había ordenado con la mochila todavía a cuestas. Ella sonrió sabiendo que al fin habían ganado y que podía confiar en su palabra. Pero no fue hasta que llegaron a casa que toda la verdad se supo.

Prólogo

Jessica estaba frente al ordenador escribiendo un artículo para una revista literaria. Al oír la puerta se giró inmediatamente y vio que era Ann. Había vuelto de su viaje de trabajo. Contenta, se levantó para darle un achuchón de bienvenida. Pero sus ojos se tornaron en cuanto vio que detrás de ella estaba Jason.

—Hola —sólo supo decir.

—Hola —contestó él sin más.

—Me lo he encontrado en la calle —mintió Ann y los dejó solos.

Jessica lo invitó a pasar. Jason se sentó en el sofá y ella permaneció de pie frente a ella. Ann entró en el baño.

—¿A qué has venido?

—Ya tengo el dinero —le enseñó la mochila.

—Me alegro por ti. Ahora ya podrás pagar tus deudas.

—Es tuyo —le contestó.

—Yo no quiero el dinero. Es para ti.

—¿Pero...? ¿Por qué? Me dijiste que...

—Sé lo que te dije, pero realmente no era para mí. Yo no tengo la sangre fría que tienes tú. Tenías problemas económicos, ¿no? Pues ahora ya puedes solucionarlos. Eso es todo.

—Yo tampoco quiero el dinero —tiró la mochila a un lado y se acercó a ella.

—¿Qué es lo que quieres?

—Te quiero a ti Jessica —le agarró la mano pero ella la soltó—. Quiero estar contigo, y no hay dinero en el mundo que me importe si no te tengo a ti.

—Yo... no puedo.

—Lo único que quiero ahora mismo es que vuelvas a quererme otra vez, y si para ello tengo que conquistarte de nuevo, lo haré. Y si para que me creas he de quemar todo el dinero, también lo haré.

Porque no hay nada, absolutamente nada, que me importe más que tú.

—No quiero sufrir más.

—Jamás. Escúchame —alzó su barbilla con los dedos—. Jamás volveré a herirte ni dejaré que nadie lo haga.

—Pero...

—Jessica. Quiéreme por segunda vez. Por favor...

—¿Me lo prometes? ¿Me prometes que nunca más me engañarás?

Él, cerrando el acuerdo que prometía cumplir, se acercó a ella sellándolo con un largo, cálido y profundo beso de amor sincero.

Ann que había estado escuchando en la puerta del lavabo salió para lanzarse a ellos y abrazarlos.

Para ella no era nada fácil, todo lo contrario. Pero sabía que nunca podría tener nada con Jessica, y después de la conversación que había tenido en el viaje de vuelta con Jason, supo que realmente él la podía hacer feliz. ¿Se había equivocado? Sí. Lo reconocía y eso lo destrozaba por dentro. Pero tenía toda una vida para compensarlo y Ann de verlo de cerca...